

Entre el campo y el pueblo

Una historia de la Escuela N.º 133



Federico Martocci
María José Billorou
(Coords.)



Entre el campo y el pueblo

Una historia de la Escuela N.º 133

Federico Martocci y María José Billorou
(Coords.)

María José Billorou, Melina E. Caraballo,
María Esther Folco, Ana R. Gisler,
Ivana Celeste Guardia, María Angélica Kette,
Aníbal Raúl Lehr, Anamaria Macedo,
Federico Martocci, Gabriela Marina Señas,
Silvia Stalldecker, Mirta Zink
(Autoras/es)

Entre el campo y el pueblo : una historia de la escuela N° 133 / María José Billorou ... [et al.]; Coordinación general de Federico Martocci ; María José Billorou. - 1a ed. - Santa Rosa : Editorial de la Universidad Nacional de La Pampa, 2025.

Libro digital, PDF - (Libros de Interés Socio Comunitario)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-863-548-8

1. Sociedad. 2. Escuelas. 3. La Pampa . I. Billorou, María José II. Martocci, Federico, coord. III. Billorou, María José, coord.

CDD 982

LIBRO DE INTERÉS SOCIO COMUNITARIO

Entre el campo y el pueblo. Una historia de la Escuela N.° 133

Federico Martocci y María José Billorou (Coords.)

Agosto de 2025, Santa Rosa, La Pampa

Imagen de tapa: Alumnos de la Escuela N.° 133. 1930. Archivo de la Escuela N.° 133.

Edición: Mg. Melina E. Caraballo - Dpto. de Edición - EdUNLPam

Diseño y maquetado: DCV Gabriela Hernández - Dpto. de Diseño - EdUNLPam

Impreso en Argentina
ISBN 978-950-863-548-8
Cumplido con lo que marca la ley 11723
EdUNLPam
Cnel. Gili 353 PB - CP L6300DUG
SANTA ROSA - La Pampa - Argentina

UNLPam - AUTORIDADES

Rector: Oscar Daniel Alpa

Vicerrectora: María Ema Martin

EdUNLPam - AUTORIDADES

Presidenta: Lucía Colombato

Director: Rodolfo David Rodríguez

Consejo Editor de EdUNLPam

Gustavo Walter Bertotto
María Marcela Domínguez
Fernando Colli
Edith Alvarellos / Julieta Soncini
Carla Etel Suarez / Daniel Omar Maizon
Natalia Monge / Agustina Manso
María Pia Bruno / Laura Noemí Azcona
Alicia María Vignatti / Oscar Alfredo Testa
María Gabriela Bertolotto / Marité Romina Zaldarriaga Giménez
María de los Angeles Bruni / Natalia Cazaux
María Soledad Mieza / Araceli Elisabet Hernández

Co-edita Municipalidad de General Manuel J. Campos

Intendente: Mario Aníbal Roth

Secretaria-Tesorera: Luisina María Abba

Pdte. del Concejo Deliberante: Cesar Alberto Diez

Índice

Palabras introductorias

Federico Martocci y María José Billorou 1

La dinámica política y económica de la región: breves coordenadas para entender el contexto de la Escuela N.º 133

Mirta Zink y Federico Martocci7

Esta modestita escuela pampeana

María José Billorou y Silvia Stalldecker 31

Perfiles de directoras y directores

Ivana Celeste Guardia y María Esther Folco 81

Pedro Inchauspe: maestro y escritor. La escuela en sus relatos folklóricos

Melina E. Caraballo 117

Un centro educativo en el medio rural: de la orientación agrícola a los resultados alcanzados mediante la formación en "técnicas agropecuarias"

Federico Martocci y Anibal Raúl Lehr 143

Un vecindario a disposición: el apoyo social a la institución educativa

María José Billorou, María Angélica Kette y Ana R. Gisler 183

Las voces de quienes se educaron en sus aulas. Un *puzzle* de relatos que forjan memorias

Anamaria Macedo y Gabriela Marina Señas 201

Poesía de un ex alumno de la Escuela N.º 133. Nuestra escuela.... 221

Bibliografía227

Fuentes 231

Entrevistas realizadas235

Palabras introduccionarias

Federico Martocci y María José Billorou

Este libro colectivo que tienen en sus manos es un producto genuino del interés de una comunidad, en este caso de la comunidad de una institución educativa centenaria, por revisar su propio pasado. El hecho de ponerse como meta visitar procesos históricos constituye, en sí mismo, un acto de enorme relevancia, ya que implica además proyectarse hacia el futuro. Y decimos esto sin dejar de recordar que, como señalaba el historiador Marc Bloch, “la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado”, y enseguida añadía: “Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente” (Bloch, 2006, p. 47). Afortunadamente, el presente de la Escuela N.º 133, que es la institución en cuestión, se encuentra en pleno dinamismo, lo que facilitó poner manos a la obra y empezar a leer su historia “al revés”, que era una de las posibilidades que identificaba en propio Bloch, puesto que “el camino natural de toda investigación es el que va de lo mejor conocido o de lo menos mal conocido, a lo más oscuro”; y en la mayoría de los casos los períodos temporalmente más cercanos coinciden con los de “relativa claridad” (Bloch, 2006, p. 49). La vívida actividad del establecimiento y la predisposición de su comunidad nos facilitó la tarea de encontrar a informantes clave y acceder al archivo institucional, pero también despertó el interés de las autoridades

municipales de General M. Campos, quienes apoyaron la elaboración de esta obra desde sus inicios.

Todo comenzó con la firma de un convenio entre la Municipalidad de General M. Campos y la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa, el 24 de octubre de 2023, que tenía como principal objetivo elaborar el libro de los 100 años de la Escuela N.º 133. Sin el apoyo de estas instituciones nada hubiera sido posible, pero tampoco sin el compromiso y la valiosa participación de un grupo local de personas que estuvieron vinculadas con la Escuela como docentes, egresadas, egresados o directoras, entre quienes se cuentan Mariela Weinberger, Silvia Stalldecker, Marta de la Fuente, Alicia Álvarez, Gabriela Marina Señas, Aníbal Raúl Lehr y Luis Iglesias. El trabajo, coordinado en todas sus instancias por María José Billorou y Federico Martocci, comenzó con el relevamiento del material documental existente en la institución escolar y en otros repositorios de La Pampa, en especial en el Archivo Histórico Provincial “Prof. Fernando Aráoz”. La revisión y sistematización de las fuentes estuvo a cargo de Anamaria Macedo, quien también realizó entrevistas junto con las personas que coordinaron el libro. Algunas de las entrevistas se hicieron de manera presencial y otras a través de formularios con preguntas específicas, para lo que resultó esencial la tarea del equipo local de trabajo. Todos los registros documentales revisados y el listado de personas a las que entrevistamos lo pueden encontrar al final del libro en apartados respectivos. Además de las fuentes documentales y los testimonios, se recuperaron y digitalizaron una importante cantidad de fotografías, algunas de las cuales forman parte del repositorio de la Escuela N.º 133 y otras fueron cedidas por personas de la comunidad.

A partir de todos esos registros, que son diversos y garantizan la polifonía en estas páginas, se avanzó en la elaboración de este

libro, en el que, como se podrá advertir, las personas que tomaron la pluma afrontaron el desafío de escribir en conjunto a pesar de la distancia. A esa tarea se sumaron María José Billorou, Mirta Zink, Anamaria Macedo, Gabriela Marina Señas, Melina Caraballo, María Esther Folco, Ivana Guardia, Silvia Stalldecker, María Angélica Kette, Ana R. Gisler, Aníbal Raúl Lehr y Federico Martocci. Ello implicó una comunicación constante y el trabajo en equipo, elementos sin los cuales no se hubiera llegado a este resultado, que se plasma así en *una* historia de la escuela de General M. Campos. E insistimos en que es *una* historia, sin dudas perfectible y que pudo haber sido abordada desde otras perspectivas; pero esta es la que nos permite visitar el *corpus* de fuentes documentales y testimonios orales que logramos recabar. A fin de que la comunidad escolar, y la sociedad local en su totalidad, se pueda apropiarse del libro, los diferentes capítulos recorren distintas facetas de la escuela, reconstruyen varias de las vicisitudes que afrontó la institución a lo largo del tiempo, visibilizan a las personas que la “habitaron” –ya sea como alumnas, alumnos, maestras, maestros, cocineras, porteras, porteros o personal directivo–, ponen en valor su vínculo con la comunidad, resaltan algunos de sus logros y ofrecen interrogantes para que sea posible seguir pensando *otras* historias sobre la Escuela N.º 133. Estos últimos, probablemente, sean lo más valioso que les puede dejar esta obra colectiva, ya que son las preguntas las que habilitan nuevas investigaciones, y es a partir de ellas que surgirá la curiosidad en generaciones venideras para completar o revisar estas páginas en un sentido crítico. Ojalá que sean esos futuros posibles los que incentiven nuevas explicaciones sobre el pasado de esta escuela centenaria; si eso sucede, estas páginas habrán cumplido su principal objetivo.

La confección de este libro no se habría concretado sin el aporte de las personas e instituciones antes mencionadas. En especial, no hubiera sido factible sin el apoyo de la editorial de la

UNLPam, institución que, a pesar del difícil contexto que afronta a raíz de las actuales políticas del gobierno nacional, continúa realizando aportes sustantivos para la sociedad pampeana: este libro constituye solo una pequeña muestra de ello. Pero tampoco habría llegado a buen puerto la iniciativa sin el extraordinario aporte de la dirección de la Escuela N.º 133, motivo por el cual les agradecemos infinitamente por la confianza y la generosidad. Contamos con la apertura de sus archivos, trabajamos en la escuela, nos reunimos allí para llevar a cabo entrevistas y recorrimos las instalaciones para conocer sus características actuales. Para una de las personas que escribe estas líneas, nacido y criado en General M. Campos, esa experiencia fue una hermosa manera de *volver*, de recordar lugares de la infancia, a compañeras y compañeros, vivencias de la niñez que anidan en la memoria, pero también a una multiplicidad de personas queridas y momentos del pasado que se constituían en rutinas. En un excelente trabajo, en el que analiza el surgimiento de la nación identitaria y el papel desempeñado en ese sentido por las fiestas mayas en el Río de la Plata, el historiador Juan Carlos Garavaglia (2000) recuperaba un texto de Fernando Savater para recordar que “la única y auténtica patria” de las personas es “su infancia”, e inclusive se autorreferenciaba y rememoraba olores y sonidos de su niñez. Cada escuela, en efecto, podría decirse que constituye un reservorio de identidades múltiples que adquieren significación a partir de experiencias subjetivas de aquellas personas que alguna vez poblaron sus aulas, patios y pasillos. Es imposible, para quien *volvió* a su escuela con esta experiencia, no identificar trazos sustantivos de su identidad en escenas transcurridas durante recreos en el patio, en el olor a tierra húmeda de la huerta escolar o en las breves caminatas matinales que hacíamos con Perla Martocci, cuyo guardapolvo blanco para ella era una parte sustancial de su vida, y para quien esto escribe un ejemplo de compromiso y dedicación.

Para finalizar, recordemos que todo comenzó con una potencial idea de escribir la historia de la escuela, expectativa que había empezado a gestarse en el contexto de los festejos por los cien años de la institución. Aquí vemos el final de un recorrido iniciado en ese momento, fruto del trabajo colectivo, desinteresado y colaborativo de un conjunto de personas que pretende hacer un aporte para historizar a la Escuela N.º 133, institución de enorme importancia para la localidad de General M. Campos. El público lector de este trabajo podrá valorar los aciertos y las debilidades del análisis, de nuestra parte solo nos limitamos a señalar la gran satisfacción de haber llegado a este resultado mediante la tarea mancomunada y el apoyo de toda la comunidad escolar.

La dinámica política y económica de la región: breves coordenadas para entender el contexto de la Escuela N.º 133

Mirta Zink y Federico Martocci

Este capítulo pretende ofrecer una suerte de introducción general y sintética sobre la dinámica política y económica de La Pampa, sin dejar de considerar aspectos clave de lo ocurrido a nivel nacional y local en el curso del siglo XX e inicios del XXI. Las páginas que siguen funcionarán como coordenadas para analizar el contexto regional en el que se creó y consolidó institucionalmente la Escuela N.º 133, ya que resulta imposible entender la dinámica de un centro educativo sin considerar las políticas nacionales y provinciales, las particularidades de la actividad económica en momentos específicos y el perfil de la sociedad local a la luz de los cambios y las continuidades que experimentan los procesos productivos. Sin duda, muchas de las cuestiones esbozadas en este primer capítulo serán atendidas de manera más pormenorizada en los trabajos siguientes: ese es el objetivo de estas breves

páginas introductorias, luego de las cuales la escuela de General M. Campos ocupará el centro de la escena en términos analíticos.

Avance final de la frontera interior

En el contexto de formación del Estado nacional, a fines del siglo XIX, y de una mayor inserción del país en el mercado capitalista mundial como productor de bienes primarios, la elite política gobernante se abocó de manera sistemática a eliminar las fronteras interiores en el noreste y el centro-sur de la actual República Argentina. Para el área pampeano-patagónica construyeron la imagen del “desierto”, paradójicamente, ocupado por distintos grupos indígenas, como los salineros de Juan Calfucurá que controlaban la región sudeste. Así, las campañas militares dejaron como saldo: matanzas, pérdida de tierras, encarcelamiento, desnaturalización y sometimiento forzado para los pueblos originarios. Estas sociedades eran consideradas “indios salvajes” que obstaculizaban el “progreso”, por ende, se propusieron reemplazarlas con inmigrantes europeos que suponían portadores de los valores civilizatorios que el gobierno quería imprimirle a estas regiones.

Uno de los protagonistas de este proceso fue el general Manuel J. Campos, el fundador de General Acha, que diez años después asumió como legislador por Buenos Aires y planteó la creación de una nueva provincia que comprendería el sur de Buenos Aires, el norte de Río Negro y el centro-sur de La Pampa, con capital en Bahía Blanca, para otorgar una salida al mar y garantizar la exportación ganadera y agrícola. En esa posibilidad veía un futuro promisorio que lo beneficiaría, porque era propietario de tierras donde actualmente se localiza el pueblo de General Campos; esa propuesta no prosperó.

La estructura administrativa en la etapa territorialiana

Para darle una organización y ejercer el control de esas extensas áreas, el Poder Ejecutivo Nacional creó nueve Territorios Nacionales: La Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego, Misiones, Formosa y Chaco. La Pampa se dividió en 22 departamentos de distinto tamaño acorde a la densidad poblacional y el perfil productivo. Las vías férreas la conectaron con los puertos de Buenos Aires y de Bahía Blanca (Ingeniero White), y el tren posibilitó la circulación de mercaderías, personas, noticias y la sociabilidad pueblerina en los andenes. Estos centros urbanos crecieron al ritmo de la producción agropecuaria, fundamentalmente, y brindaron servicios como la educación, tema central de este libro. La franja oriental se desarrolló rápidamente y, para la década de 1920, concentró el 88 % de la población, el 96 % promedio de la superficie cultivada, el 80 % de los vacunos y el 40 % de los lanares.

Los Territorios Nacionales se regían por la ley 1532, sancionada en 1884, que junto con otras normativas fueron delineando el entramado burocrático-administrativo, con una fuerte dependencia del Ministerio del Interior. Los gobernadores eran designados por el presidente de la nación con acuerdo del Senado, pero si había confrontaciones entre ambos poderes los nombramientos se veían obstaculizados, como sucedió en La Pampa particularmente durante la etapa radical (1916-1930). En esa circunstancia, o ante la ausencia del mandatario, el Secretario de la Gobernación o el Jefe de Policía quedaban a cargo. Los territorialianos cuestionaron esa inestabilidad y el desconocimiento que tenían los gobernadores foráneos de las características de la región, por lo tanto, solicitaron con insistencia –aunque sin éxito– que se nombraran a personas nativas o con muchos años de residencia. Esa

petición no se logró; sí hubo una permanencia prolongada de estos funcionarios al frente de la gobernación con el político correntino Evaristo Pérez Virasoro (1933-1939) y luego con el militar retirado Miguel Duval (1939-1946), en el afán de consolidar la presencia estatal y “argentinar” a la población inmigrantes. Este último se caracterizó por tener una gestión mucho más intervencionista que su predecesor, recorrió el territorio y se ocupó especialmente por publicitar sus actos de gobierno para demostrar el progreso alcanzado.

Desde el inicio de la organización estatal los gobernadores expresaron sus quejas por las restricciones que tenían en sus atribuciones para imponer el control y las leyes, que junto con la centralización de todos los trámites en los organismos nacionales hacían muy lento el funcionamiento administrativo. Al respecto, Pérez Virasoro expresó en la *Memoria* de su gestión que desde Buenos Aires “encaran el estudio de los asuntos concernientes al Territorio prescindiendo en lo posible del concejo o asesoramiento de las autoridades locales” (1938, p. 10). A esto se sumaba la falta de personal y el escaso presupuesto que recibían desde el Tesoro nacional, y Andrea Lluch (2014) señaló que La Pampa recibió menos del 50 % de lo recaudado en el lapso 1910-1930, durante las presidencias del Partido Autonomista Nacional y de la Unión Cívica Radical; luego este porcentaje tuvo un incremento con el régimen de coparticipación de impuestos.

Las poblaciones que registraban más de mil vecinos afincados podían pedir la creación del Concejo Municipal, que cumplía funciones legislativas y ejecutivas, integrado por cinco miembros electivos y, entre ellos, elegían al presidente, quien era responsable de la administración comunal; ejercían sus funciones sin retribución monetaria. Esta era la única instancia donde los varones territorianos podían ser candidatos y votar para concejales, no se permitía sufragar para autoridades provinciales ni nacionales. No

obstante, la participación no se agotaba en las urnas, puesto que el ejercicio de la ciudadanía se extendía a otras formas de intervención desde una concepción societal, como lo fue la activa intervención de hombres y mujeres en entidades como las sociedades de beneficencia o las cooperadoras escolares.

Si las localidades tenían una cantidad menor de habitantes se establecía una Comisión de Fomento, integrada por cinco vecinos en calidad de comisionados *ad honorem*: se renovaban cada dos años y entre ellos elegían presidente, vice, secretario, tesorero y vocal. Este fue el caso de General M. Campos, que tuvo su primera Comisión en 1927 y estuvo compuesta por Cándido Pelayo Alarcón, Rafael Álvarez, P. G. Woodwvar, José María Martocci y Gabino Sierra, según planteó Julieta Consiglio en el libro *Centenario de General Manuel Campos* (2011). La gran diferencia con las municipalidades era que estas personas no se elegían, los designaba el Ministerio del Interior y no tenían independencia para actuar; quedaban bajo el estrecho control de la gobernación y también debían pedir autorización para todas las acciones que implementaban. La parte administrativa de la comuna quedaba a cargo de un empleado y disponían de recursos económicos que provenían del cobro de un impuesto inmobiliario –la contribución directa o territorial– que regía para solares, quintas y chacras, el 40 % de lo recaudado por el pago de patentes nacionales que debía enviar la Administración central y que con frecuencia llegaba con retraso, los impuestos por patentes de rodados, por la venta de productos alimenticios, los sellados, permisos e impuestos varios, las multas por infracciones, entre los principales rubros. Estos recursos eran limitados con relación a las demandas de infraestructura y de servicios que se requerían en los centros urbanos; en consecuencia, distintas instituciones organizaban bailes, sorteos y otras actividades para recaudar fondos. De este modo, ante la precaria presencia del poder central, las personas que ejercían el

gobierno comunal junto con los vecinos garantizaron la tarea de sostener los poblados, eran la cara visible del Estado en espacios donde las relaciones interpersonales eran muy estrechas e imprimían su sello a la vida cotidiana.

Breve racconto de la expansión cerealera

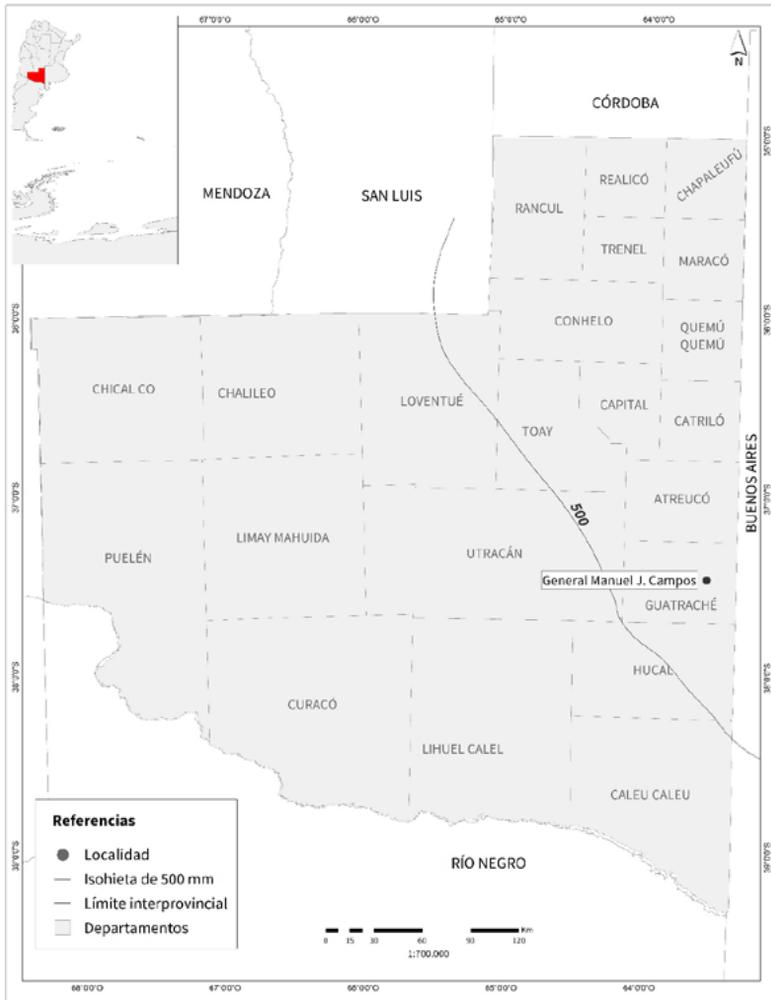
Los inicios de la actual localidad de General M. Campos conjugan la historia indígena y el proceso de expansión cerealera en el este pampeano. Por cierto, según se plantea en el libro *Centenario de General Manuel Campos* (2011), hasta 1920 el nombre del paraje era Monte Ralo, traducción que se acerca a la expresión Mari Mamuel, expresión de raíz indígena que, de acuerdo con la *Toponimia araucana del Territorio de La Pampa*, de Eliseo A. Tello (1942), significaría “diez montes”, ya que una de las características del lugar estaba dada por las “diez isletas de árboles” que existieron en algún momento. Al igual que otros centros poblados del entonces Territorio Nacional de La Pampa, General M. Campos no cuenta con registros exactos sobre su fecha fundacional, por eso la llegada del ferrocarril, en 1911, se considera un evento clave en ese sentido.

Esto último resulta fundamental para explicar los orígenes de la localidad, pero también a efectos de comprender las características de la Escuela N.º 133 en sus primeras décadas, aspecto este que se analizará en otro capítulo del presente libro. Es decir, en sus albores la actividad económica de la zona aledaña estaba estrechamente vinculada con la enorme ampliación de la frontera agrícola que tuvo lugar en las pampas argentinas entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. Sin embargo, debido a la presencia de la Salina Chica en las cercanías de Mari Mamuel, la extracción de sal, un recurso natural explotado incluso por las sociedades indígenas desde hacía mucho tiempo, constituía una ocupación de

gran importancia también para quienes habitaban la zona a inicios de la pasada centuria. Tal es así, que en la década de 1920 en la Salina Chica se instaló una empresa para explotar el recurso, cuya denominación era Salinera La Española, propiedad de Arturo Ballester y Eugenio Molina Martí. Dicha empresa extrajo sal hasta comienzos de la década de 1950, y luego hubo otra iniciativa para volver a explotar la salina, pero no fructificó; el predio continuó en posesión de Ballester y Molina Martí hasta el decenio de 1970, cuando finalmente lo vendieron, según se afirma en el *Centenario de General Manuel Campos* (2011).

Pero al revisar los registros escolares, sin duda, queda claro que la producción cerealera de los campos cercanos le imprimía el ritmo a la economía local en la década de 1920. El caso de General M. Campos no era excepcional, ya que desde la primera década del siglo XX el cultivo del suelo en todo el este del Territorio Nacional de La Pampa comenzó a hacer retroceder a la ganadería. El predominio del ganado lanar, que se había extendido entre las décadas de 1880 y 1890 en el oriente territorialiano, se redujo progresivamente a partir de comienzos de la siguiente centuria. De esa manera, el cultivo del trigo avanzaría en tierras nuevas, cuyas condiciones productivas eran inferiores respecto de la llamada pampa húmeda, lo que implicaba un desafío para quienes llevaban a cabo la agricultura. El este del Territorio mencionado, a su vez, no era un espacio homogéneo. Si bien en su conjunto constituía la zona triguera más austral del país en la década de 1920, solo era viable cultivar dicho cereal hasta la isohieta de los 500 milímetros (que se puede observar en el mapa), puesto que más hacia el oeste no estaban dadas las condiciones para llevar a cabo la agricultura de secano (o sea, que se desarrolla con el agua que proveen las lluvias).

Imagen 1



Mapa de La Pampa con la isohieta de los 500 mm. y la localización de General M. Campos. Agradecemos a Tatiana Waiman por la elaboración de esta cartografía.

A su vez, en tanto se avanzaba hacia el oeste y el sur de la franja oriental que se recorta entre el Meridiano V (límite con la provincia de Buenos Aires) y la isohieta mencionada, los rendimientos cerealeros decrecían en relación directa con la feracidad del suelo, el régimen pluviométrico y la amplitud térmica existente. Esas diferencias notables tenían un correlato: en la zona noreste, con condiciones climáticas y edafológicas más aptas para el desarrollo de la agricultura, la unidad económica rondaba las 200-300 hectáreas, mientras que, en el sureste, con una oferta natural más deficiente, la unidad económica alcanzaba las 400 hectáreas (Maluendres, 1993). Es decir, las familias de agricultores que cultivaban el suelo en la zona de General M. Campos –que en la mayoría de los casos no eran propietarias de la tierra, sino que la arrendaban o accedían a ella a partir de otra forma de tenencia– requerían de una mayor cantidad de hectáreas para poder subsistir, en comparación con lo que sucedía en el noreste del Territorio pampeano o en otras provincias de la región cerealera. No obstante, estas condiciones disímiles no impidieron que el sureste se pusiera en producción a gran escala y sus tierras se cubrieran de “mares de trigo”, una expresión frecuente a comienzos del siglo XX. En ese marco, proliferaron colonias en la zona, y Monte Ralo se encontraría rodeado de algunas, como por ejemplo La Piedad, Los Toros, La Florida, San Juan, Santa Teresa, entre otras. Las personas que poblaban estas colonias estuvieron sujetas a las vicisitudes del clima, ya que de eso dependían los rendimientos agrícolas, en un período en el que la producción de granos representaba el rubro principal de la economía en la región.

Uno de los aspectos más evidentes respecto de las limitaciones para el desarrollo de la agricultura en el este pampeano era la enorme variabilidad del régimen de lluvias, una de las características de las regiones semiáridas. Ello se puede observar, para el

caso de la localidad de General M. Campos, si cuantificamos año por año los milímetros (mm.) que cayeron en la zona.

En 1921 llovieron 870 mm., y en el curso de los años siguientes las cifras variaron notablemente: cayeron 754 mm. en 1922, 698 mm. en 1923, 346 mm. en 1924, 840 mm. en 1925, 770 mm. en 1926, 491 mm. en 1927 y 619 mm. en 1928. Como se puede ver, en el curso de dicha década hubo años en los que la media de lluvia superó con mucho los 500 mm., lo que debió traducirse en buenos rendimientos de los cultivos. Sin embargo, a partir de 1929 la situación fue diferente: llovieron 296 mm. en 1929, 442 mm. en 1930, 608 mm. en 1931, 493 mm. en 1932, 698 mm. en 1933, 724 mm. en 1934, 368 mm. en 1935, 661 mm. en 1936, 419 mm. en 1937, 349 en 1938, 549 mm. en 1939, 806 mm. en 1940, 215 mm. en 1941, 218 mm. en 1942, 509 mm. en 1943, 668 mm. en 1944 y 537 mm. en 1945.

Según se desprende de estos números, que fueron tomados de datos oficiales del gobierno nacional, el decenio de 1930 y los primeros años del siguiente fueron particularmente críticos para el desarrollo del agro en la zona de General M. Campos, en especial durante 1935, 1938, 1941 y 1942, cuando el régimen de lluvias estuvo muy por debajo del promedio anual. La consecuencia más evidente fue una situación de extrema sequía que, en general, afectó a todo el este pampeano y generó un intenso proceso erosivo, con voladura del suelo, pérdida de cosechas, muerte del ganado y éxodo de población rural en toda la región.

Crisis, voladura del suelo y despoblamiento

Hacia 1929 la situación agroclimática comenzó a complejizarse. Si bien ya en la década previa habían ocurrido episodios de

sequías en el sureste, y uno de los más resonantes fue el de 1910 –con fuerte impacto en la zona de Macachín–, desde fines del decenio siguiente comenzó una etapa que sería recordada en todo el Territorio por los eventos de *voladura* de suelos (en referencia a la erosión eólica) e intensas tormentas de tierra que oscurecían el sol en pleno día. Desde luego, esto se combinó en la región con el impacto de la crisis económica del sistema capitalista desatada en 1930, que tuvo serias consecuencias en Argentina, un país que dependía de la demanda mundial de productos primarios. En 1938, el gobernador pampeano, Evaristo Pérez Virasoro, no dudaba en afirmar en su *Memoria* de gobierno que la historia de la producción agropecuaria en el Territorio no registraba “una situación igual o parecida”, debido a la extrema sequía y los perjuicios que causaba especialmente en las zonas rurales (1938, p. 63). No es casual, como se verá en diferentes capítulos de este libro, que desde la Escuela N.º 133 se hiciera referencia a las dificultades económicas en la zona rural, a los fracasos de la cosecha en los campos circundantes, al hambre de niños y niñas que asistían a clase o a la inasistencia del alumnado del campo debido a que no podían utilizar los medios usuales de movilidad por la mortandad y/o el mal estado de los caballos, animales que servían para trasladarse hasta las aulas escolares. Por supuesto, el ganado caballar no era la única hacienda que moría de hambre frente a la sequía, que provocaba la carencia de pasturas, puesto que vacas y ovejas también se veían afectadas por la misma problemática. Es decir, no solo se perdían las cosechas, sino que también moría el ganado existente en las chacras, lo que implicaba descapitalización de las familias rurales. Es probable que algunas de estas decidieran abandonar inclusive la zona, ante semejante desastre, y buscar tierras para arrendar en otros horizontes, lo que representaba en definitiva procurar un futuro para sus hijas e hijos. No es casual, en este sentido, que en el libro *Centenario de General Manuel*

Campos (2011, p. 33) se consigne que en esta etapa se produjo “un marcado descenso de población en los campos”, aunque en parte compensado por el incremento de las personas que vivían en la planta urbana. Sin embargo, también este último sector se vio afectado en los años más duros, ya que en la misma publicación señalan que en 1935 la población urbana era de 203 habitantes, y esa cifra cayó a 180 en 1939. Pero la pérdida de población rural fue un denominador común en todo el Territorio Nacional de La Pampa, que tenía 86.798 habitantes rurales en 1935 y ese número descendió a 68.255 en 1942.

La condición semiárida del este pampeano pondría en tela de juicio la capacidad agrícola de la región en su conjunto, especialmente en los años en los que la lluvia no era generosa, por lo que General M. Campos era uno de los tantos lugares en los que la sequía aquejaba a quienes labraban la tierra. Una vez más, los años que median entre las décadas de 1940 y 1950 fueron críticos: en dicha localidad cayeron 480 mm. de lluvia en 1949, 455 mm. en 1950, 657 mm. en 1951 y 447 mm. en 1952, según datos oficiales. Esa etapa, pese a la caída de las precipitaciones, estuvo signada por dos acontecimientos importantes que, de diferentes maneras, incidirían en General Campos: en 1951 se inauguró el edificio propio de la Escuela N.º 133, una necesidad que se hacía sentir desde hacía tiempo.

Provincialización y democracia incompleta

Los reclamos provincialistas se iniciaron tempranamente en La Pampa, en 1907 se creó el *Comité Territorial Pro-Autonomía* y para darle difusión a esta demanda se fundó el diario *La Autonomía*. Al mismo tiempo surgieron sectores que se oponían, como algunos grandes propietarios con campos en esta zona que residían en Capital Federal y temían un incremento impositivo, los apodaron

peyorativamente “cangrejos” (iban hacia atrás en lugar de avanzar). También el Partido Socialista pampeano rechazó esa posibilidad hasta los años treinta, ya que sostenía que primero se debían fortalecer los gobiernos municipales y educar al pueblo en sus derechos cívicos, a fin de evitar la mala política que se vivía en varias provincias.

En el Congreso se presentaron proyectos y a nivel local se hicieron campañas, conferencias, mitines y se elevaron notas. La asunción de Hipólito Yrigoyen generó expectativas de cambio respecto al accionar de los sectores oligárquicos y, si bien el presidente también apoyó esa petición que fue agitada sobre todo por grupo de jóvenes, las iniciativas de autonomía ingresadas al parlamento nacional no prosperaron. En parte por las facciones en pugna dentro del partido gobernante entre quienes estaban alineados con el mandatario y quienes se oponían, los “antipersonalistas” que propiciaban medidas más graduales. Tras el golpe militar de 1930 y las acciones fraudulentas en los comicios durante la presidencia de Agustín P. Justo, el ímpetu provincialista decayó. Esa petición fue recuperada por el peronismo, al igual que el sufragio femenino, otra larga demanda que se concretó en 1947.

Con la asunción de Juan Domingo Perón se designó al abogado Juan Páez como gobernador y durante su gestión se organizó el peronismo pampeano, mientras que los opositores crearon la Unión Democrática. Finalmente, el 20 de julio de 1951 se aprobó la ley 14037 y se provincializaron Chaco y La Pampa. Así, los y las pampeanas sufragaron por primera vez en comicios presidenciales el 11 de noviembre de 1951 y el peronismo logró un contundente triunfo, al igual que para la elección de convencionales, quienes redactaron la constitución y designaron con el nombre de Eva Perón a la novel provincia. En abril de 1953 se eligieron las primeras autoridades y el Partido Peronista fue la única fuerza política que presentó candidatos, consagrándose la fórmula Salvador

Ananía-Esteban Ardohain, junto con los y las legisladoras en la Cámara de Diputados.

Apenas se iniciaba la tarea de organizar la nueva administración y la burocracia cuando, el 16 de septiembre de 1955, se produjo el golpe de militar de la autodenominada “Revolución Libertadora”. Este hecho dio inicio a las acciones de “desperonización”, es decir, la eliminación del peronismo como identidad política. Ese proceso comenzó rápidamente con el cambio de denominación de la provincia –retomó su designación de La Pampa–, la supresión del escudo que contenía el perfil de Evita –se usó el escudo nacional hasta tener el actual– y se derogó la Constitución provincial. El accionar represivo continuó con la exoneración de funcionarios, las persecuciones y detenciones de dirigentes de ese partido, la intervención de sindicatos, la eliminación de los símbolos y nombres alusivos al peronismo y sus líderes, entre otras acciones. Así comenzó una etapa de democracias débiles, condicionadas por el rol cada vez más preponderante de las Fuerzas Armadas.

Con el Partido Peronista proscripto se convocó a elecciones y ganó la Unión Cívica Radical Intransigente –UCRI–; Arturo Frondizi asumió la presidencia en 1958 y en La Pampa nombró a Ismael Amit en calidad de interventor federal, quien dos años más tarde continuó como gobernador al triunfar en los comicios. También se sancionó la nueva Constitución, el 6 de octubre de 1960, que rige en la actualidad. En el marco de las políticas desarrollistas, Amit dio impulso al proceso de modernización en la provincia en distintas áreas y, para ello, propició la radicación e incorporación de profesionales al aparato burocrático del Estado que aún estaba en construcción. En ese marco, creó una universidad que años después se nacionalizó y pasó a denominarse Universidad Nacional de La Pampa. Asimismo, desarrolló la obra vial, puso en marcha el Banco de La Pampa, impulsó la ley de promoción industrial, implementó el Plan de Promoción Agropecuaria y fomentó la

economía primaria mediante la incorporación de nuevas técnicas agrícolas, la mecanización y la agricultura bajo riego.

La irrupción nuevamente de los militares terminó con el sistema democrático y la presidencia radical de Arturo Illia, quien fue reemplazado por el general Juan Carlos Onganía y se incrementó la política represiva para frenar los conflictos sociales. En la provincia se sucedieron otra vez varios interventores –entre ellos Helvio Guozden y Ángel Benjamín Trapaglia–, quienes orientaron su administración a la construcción de obras públicas, como el suministro de energía eléctrica, las viviendas sociales y la red caminera a través de programas nacionales. Al mismo tiempo, se pusieron en marcha organismos técnicos y de planificación.

En 1973, cuando se vislumbraba la salida democrática, Amit retornó al ruedo político electoral con una nueva fuerza partidaria que se denominó Movimiento Federalista Pampeano (MOFEPA). Esta agrupación se vinculó a los partidos federalistas de centro-derecha que afloraban en el interior del país para enfrentar al peronismo, que en La Pampa se aglutinó en el Frente Justicialista de Liberación, bajo el liderazgo electoral de Aquiles Regazzoli y Rubén Marín. La dupla justicialista se impuso en segunda vuelta al mofepista Amit con el 57,5 % de los votos; también ganaron las intendencias en la mayoría de las localidades. El nuevo gobierno asumió varias reivindicaciones sociales pendientes, pero quedó atrapado en la inestabilidad política que se desató a nivel nacional, con un partido dividido entre lo que se ha denominado el ala izquierda y el ala derecha, junto con el operativo de retorno de Perón desde el exilio que derivó en un nuevo llamado a elecciones. La fórmula Juan D. Perón-María Estela Martínez resultó ganadora por amplio margen a nivel nacional, y en La Pampa se impuso con el 59 % de los votos sobre la Unión Cívica Radical que alcanzó el 26 % de los sufragios. El fallecimiento de Perón y la designación de su viuda como presidenta agudizaron la espiral de violencia

política, mientras que la economía se derrumbaba con una inflación acelerada.

El gobierno pampeano no quedó al margen de esta conflictividad, el sindicalismo peronista intentó remover sin éxito a Regazzoli que logró resistir los embates. Tampoco la sociedad estuvo exenta de las acciones violentas por parte de las fuerzas de seguridad hacia los sectores más combativos y comprometidos con una militancia de izquierda. Cuando las Fuerzas Armadas fueron autorizadas por la presidenta para combatir a la “subversión”, se puso en marcha en la provincia la Subzona 1.4 al mando del coronel Ramón Camps. Se organizaron persecuciones y secuestros de docentes, médicos y otros militantes gremiales y sociales.

Cambios en el agro e impulso industrializador

Entre los decenios de 1940 y 1960, a causa de una sucesión de leyes y decretos que tuvieron lugar desde 1942 y hasta 1967, aproximadamente, se permitió que se prorrogaran los contratos de arrendamiento rural. Ello generó entre los sectores terratenientes una sensación de pérdida de control sobre sus propiedades, a lo que se sumó la regulación estatal de los cánones de arriendo (cuyo resultado fue la licuación de la renta percibida por los titulares de las tierras), situación que impulsó a los propietarios a vender los campos a los chacareros. La oferta de créditos accesibles en determinadas coyunturas incentivó dicho proceso, y una importante cantidad de medianos y pequeños productores rurales pudo acceder a la propiedad de la tierra, con lo cual dejaron de trabajar tierras ajenas. Es decir, entre esas décadas se disolvió el sistema de arrendamiento que había caracterizado al período de expansión agrícola en las pampas argentinas. Aunque no contamos con cifras sobre los ocurrido en General M. Campos, es claro que dicho proceso fue notorio en toda la provincia. Tal es así,

que para 1965 en La Pampa el vínculo jurídico de los productores con la tierra era el siguiente: 74,3 % eran propietarios, 19,1 % eran arrendatarios y aparceros, y 6,6 % tenían otras formas de tenencia (*Estadística agrícola, 1964-1974*, 1975). Ello se combinó, a nivel provincial, con el progresivo incremento del papel adquirido por la ganadería en la economía pampeana. Ese proceso presentó características definidas en la segunda mitad del siglo XX, ya que para 1970 el predominio del sector pecuario en la provincia era del 59,9 % y el de la agricultura del 31,8 %, en tanto que una década después la diferencia era mayor: 72,1 % y 20,8 %, respectivamente (Lluch y Comerci, 2011). Lo que interesa remarcar, además, es que entre las modificaciones en la evolución ganadera durante la etapa 1950-1970 se destaca el gradual descenso del papel asumido por el ovino y la creciente importancia adquirida por el ganado vacuno.

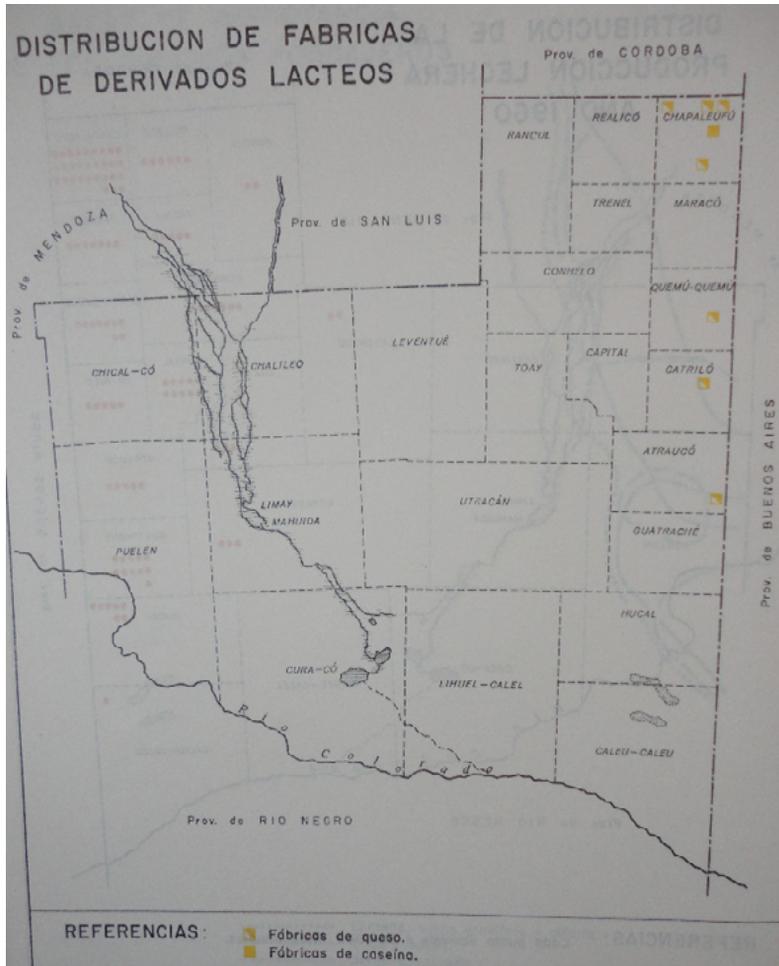
Estos cambios a nivel productivo en General M. Campos jugaron un rol muy importante, y se vinculan en definitiva con el impulso que desde el gobierno provincial se le dio en la gestión de Ismael Amit en los años sesenta al fomento de la industrialización de productos primarios obtenidos en La Pampa. En 1961 se sancionó la ley 274, que instituyó un Plan de Fomento a la Producción Industrial. Esa normativa, que preveía la radicación de empresas, llevó a la profundización de las actividades existentes y a la proyección de industrializar productos primarios. Entonces la ley proponía la instalación de frigoríficos, lavaderos de lana e hilanderías, curtiembres, fábricas de calzado, de madera aglomerada y de alimentos balanceados, establecimientos avícolas y de conservas de vegetales, como así también la industria lechera y la explotación de la minería de cal y sal. La lechería era una de las actividades que se pretendían fomentar, al punto que, en 1965, en el marco del Plan de Promoción Agropecuaria del gobierno provincial, se publicó el trabajo *Puntos de partida para el ordenamiento*

lechero de la Provincia de La Pampa, escrito por Amado A. Bozzo (1965). Allí se puede observar el incremento de la presencia de ganado Holando Argentino en La Pampa, que pasó de 6.531 cabezas en 1952 a 11.867 en 1958 y a 17.406 en 1960, según ese trabajo. Además, se advierte también que para 1958 la producción lechera en el Departamento Guatraché, en el que se encuentra la localidad General M. Campos, se destinaba en un 84 % al consumo y un 16 % a la industria, en tanto que para 1962 eso había variado: se consumía un 76 % de lo producido y se industrializaba un 24 %. Pero se puede ver también en ese estudio pormenorizado que, después del Departamento Chapaleufú –en el extremo noreste de La Pampa–, el que le seguía en importancia en cuanto a producción lechera era Guatraché, ya que para 1960 en ese Departamento se producían unos 2.200.000 litros de leche anuales. No obstante, como se observa en el siguiente mapa, incluido en ese mismo trabajo, para 1960 no existían fábricas de productos lácteos que estuvieran registradas en el Departamento Guatraché.

La elaboración de ciertos derivados lácteos era una práctica habitual en la zona ya en las décadas previas, y en 1950 la firma Martocci y Cía. instaló una fábrica de quesos en la zona rural –luego transferida a otros propietarios–. Según se plantea en *Centenario de General Manuel Campos* (2011, p. 280), esa fábrica estuvo cerrada un cierto tiempo y fue entre las décadas de 1960 y 1970 cuando la producción adquirió un mayor desarrollo. Esto se puede cotejar con el despliegue de acciones concretas, que van desde la instalación de una planta enfriadora de leche, en 1972, por parte de la Cooperativa de Tamberos de Trenque Lauquen, y al traslado de esa planta al acceso de la localidad –que luego fue adquirida por la empresa Mastellone Hermanos SA.–, hasta la creación de fábricas locales, entre los decenios de 1980 y 1990, como por ejemplo Lácteos Monte Ralo, Fábrica de quesos “El Caldén”, Lactería “de la pampa” y otros establecimientos industriales vinculados con la actividad

agropecuaria de la zona, cuyas trayectorias ya han sido reconstruidas en el libro *Centenario de General Manuel Campos* (2011).

Imagen 2



Fuente: Bozzo (1965).

A partir de ese momento, la localidad ya no perdería esa impronta industrial que conserva hasta la actualidad. La actividad láctea, en particular la atención de los tambos ubicados en su zona de influencia, le imprimieron desde el último tercio del siglo XX un particular ritmo a la vida rural del pueblo, puesto que se ha ido modificando el perfil de las personas y familias que se ocupan de las actividades tamberas con el paso del tiempo. En un primer momento, la demanda de mano de obra seguramente se cubría con recursos humanos de la localidad o de la zona, pero esta situación es variable y el incremento de la producción ha incentivado, sin duda, la llegada de personas de lugares y/o provincias más alejadas. A ello se le añadieron, en especial ya en la presente centuria, una numerosa cantidad de distribuidoras que llevan la producción local a diversos lugares, tanto dentro como fuera de la provincia de La Pampa, lo que constituye también una salida laboral para muchas personas.

Dictadura militar y retorno democrático

Finalmente, en marzo de 1976 se instauró el autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional", una Junta de comandantes que asumió el poder y designó como presidente al jefe del Ejército, el general Jorge Rafael Videla. En La Pampa, se nombró interventor al coronel Fabio Iriart, responsable del grupo de tareas compuesto por oficiales y policías que implementaron la represión ilegal y el terrorismo de Estado, con centros clandestinos de detención que funcionaban en dependencias de la policía provincial comandada por el mayor Luis Enrique Baraldini. Entre los detenidos se pueden mencionar al ex gobernador Regazzoli, ex diputados, ex funcionarios de su gestión, docentes y estudiantes universitarios, militantes sociales, dirigentes gremiales, entre otros. La provincia no fue un espacio periférico de la represión

ilegal, una isla, como señaló Daniel Bilbao (1998) se utilizaron las mismas metodologías para instalar la cultura del terror: cesantías, “listas negras”, privación ilegítima de la libertad, secuestros, torturas y la desaparición de pampeanos y pampeanas, en su mayoría jóvenes que fueron secuestrados o muertos por los grupos de tarea de las Fuerzas Armadas en otros puntos del país; sin olvidar el robo de bebés.

En la gobernación se sucedieron oficiales retirados del Ejército y en las comunas se designaron civiles como interventores que contaron con la confianza de los mandos militares. En General M. Campos asumió Isaac Merlinsky, quien ya había cumplido esas funciones tras el derrocamiento de Perón en 1955 y prosiguió hasta el triunfo justicialista de 1973. A diferencia de la mayoría de las provincias, aquí tempranamente se sumaron civiles a la administración estatal provincial con el aporte de hombres del MOFEPA y, en el tramo final de la dictadura cívico-militar, asumió como gobernador el mofepista Ricardo Telleriarte, quien ya ejercía el cargo de ministro de Economía. Luego de las trágicas consecuencias que dejó la Guerra de Malvinas y de la imposibilidad por dar soluciones a la crisis socioeconómica que impuso el ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, los militares habilitaron los comicios. De ese modo, el 30 de octubre de 1983 asumió Raúl Alfonsín la presidencia en representación del radicalismo, mientras que en La Pampa ganaron Rubén Marín-Manuel Baladrón como gobernador y vice con el 40,7 % de los votos, contra el 31,99 % de la UCR. La sociedad repudió mayoritariamente el desempeño del MOFEPA como sostén civil del régimen dictatorial y quedó relegado al tercer lugar.

Con la apertura constitucional se puso énfasis en la construcción de un orden democrático como tarea central de la sociedad, junto con la demanda por el esclarecimiento de los hechos represivos, la exigencia de “aparición con vida” de los detenidos

y el rechazo a la amnistía que proponían los militares para no ser juzgados. En 1985 se inició el juicio a los comandantes y se abrió una tensa relación con las Fuerzas Armadas, que estalló con alzamientos militares en los años venideros -Semana Santa, Monte Caseros, Villa Martelli-. La solución del radicalismo con las leyes de Punto Final y Obediencia Debida no impidió el reclamo de los sectores "carapintadas", liderados por Aldo Rico y Mohamed Seineldín, que exigían el reconocimiento por su lucha contra la "subversión". El último levantamiento logró que Carlos Menem les concediera el indulto a los responsables del orden dictatorial. Sin embargo, la sociedad civil se movilizó en defensa de la continuidad de los juicios y la condena a los responsables de la represión.

Al iniciar su mandato, Marín manifestó que las economías regionales estaban destruidas y entre las medidas que adoptaría se destacaba la realización de obras públicas para paliar el desempleo. Una tarea ardua en un escenario nacional de hiperinflación que no pudo asegurar el crecimiento económico, contener el desequilibrio de las cuentas públicas ni afrontar la enorme deuda externa, factores que desencadenaron protestas gremiales y sociales. Sin duda la lucha docente fue una de las más importantes, con un plan de acciones que incluyó más de un mes de paro y una gran movilización desde distintos puntos del país hacia Capital Federal, que se conoció como la "marcha blanca". Así, el 23 de mayo de 1988 se declaró Día del Trabajador de la Educación.

Frente a esas circunstancias se adelantaron las elecciones presidenciales a mayo de 1989 y esos comicios le otorgaron la victoria a Carlos Menem, el candidato del justicialista que continuó en esa función por una década. Los años 90 se caracterizaron por profundos cambios de la estructura estatal, la privatización de empresas públicas, desregulación de distintos mercados, reforma laboral, descentralización de servicios que pasaron a las jurisdicciones provinciales -educación, salud- sin los recursos

correspondientes, entre otras. Estos cambios, propios de un modelo neoliberal, dieron como resultado la desindustrialización, el incremento del desempleo, la precarización laboral, la pérdida de derechos adquiridos, el aumento del número de pobres estructurales y de sectores medios devenidos en nuevos pobres y el creciente endeudamiento externo.

Un cambio muy importante para General M. Campos en 1987 fue que ascendió a la categoría de municipalidad al reunir la cantidad de habitantes necesarios, según la Ley Orgánica de Municipalidades y Comisiones de Fomento 971 sancionada el año anterior por la Legislatura pampeana. Ahora, los y las vecinas podían tomar decisiones con autonomía y elegir a sus representantes -intendente, concejales y juez de paz-. Así lo hicieron el 6 de septiembre y Horacio Schiel fue el primer intendente electo, en tanto que el Concejo Deliberante estuvo integrado por María Carmela Scarola, Franklin Khin, Carlos Consiglio, Clemente Farías, Juan Carlos Schmidt y Víctor Dittler, según se plantea en *Centenario de General Manuel Campos* (2011).

A nivel provincial, el 10 de diciembre asumieron Néstor Ahuad y Edén Cavallero como gobernador y vice. En consonancia con la coyuntura nacional, las autoridades pampeanas afrontaron una convulsionada situación económica y el incremento de la conflictividad social: huelgas, movilizaciones de trabajadores y reclamos sectoriales. El encarecimiento del costo de vida, el aumento de las tarifas y la caída de los salarios fueron los principales detonantes. Al finalizar sus gestiones fueron reemplazados por Rubén Marín al frente del Ejecutivo hasta 2003, acompañado por Manuel Baladrón y Heriberto Mediza, sucesivamente. Entre las medidas adoptadas podemos señalar una importante reestructura de la administración pública y la elaboración de un plan estratégico de desarrollo productivo provincial. El Partido Justicialista acompañó fielmente las gestiones menemistas, con varios pampeanos en

puestos claves en la burocracia nacional, ese apoyo fue retribuido por Menem con visitas a La Pampa y aportes económicos para la concreción de las acciones proyectadas.

Esta modestita escuela pampeana

María José Billorou y Silvia Stalldecker

Los primeros años

Creada por Resolución del Consejo Nacional de Educación, Expediente 14818, letra I, según su libro histórico el 1 de marzo de 1922 con una inscripción de cuarenta y tres alumnos. Formó parte de una iniciativa de las autoridades educativas nacionales, alrededor de diecisiete escuelas rurales, que se establecieron en el sur este del territorio pampeano para dar respuesta a las demandas de sus pobladores, quienes reclamaron educación para sus hijos.

A medida que la institución ganaba prestigio y su alumnado crecía, las necesidades de espacio se hicieron cada vez más apremiantes. El local original, cedido en forma gratuita por el Sr. José María Martocci, no podía albergar más niños y niñas, así que el Estado nacional alquiló, hacia 1930, otra propiedad de la familia Scarola. Pero las dimensiones de ese recinto, donde funcionaban dos aulas para 1º superior y 2º, lavadero, baño y tres habitaciones para la vivienda del personal, requirieron de la búsqueda de nuevas soluciones.

Su primer director, Pedro Inchauspe, quien fue el único personal que organizó la institución y llevó adelante una serie de actividades que se consolidaron con el tiempo. La primera “fiestita escolar”, registrada en el libro de actos públicos y fiestas, se realizó

el 9 de julio de 1922 e incluyó una parte más formal, declamación de poesías patrióticas y el discurso del Director; junto a los juegos infantiles, cuyos ganadores recibieron como premios, tricotas y una rifa para beneficio de los niños pobres. Un “público numeroso y calificado llenó el salón de clases y con mayor interés aplaudieron” según las palabras del docente; “constancia con seguridad que la fiestita escolar que también se unió al programa del pueblo ha tenido un brillante éxito con beneficios para el prestigio y propaganda para la escuela”. En 1925, Joaquín Avalos Actis reemplazó a Pedro Inchauspe como directivo y se incorporó la primera maestra, Margarita R. de Avalos, ante el crecimiento de la matrícula escolar que alcanzó los sesenta y ocho estudiantes, situación que convirtió en imposible la existencia de un único docente.

La asistencia escolar, durante estos primeros años, osciló considerablemente por varios factores. En primer lugar, como lo describen los inspectores en sus visitas, “las largas distancias que tienen que recorrer la mayoría, para llegar a la escuela”, de esta manera las condiciones climáticas, la lluvia, el viento, el frío provocaban grandes desafíos para concurrir a clases. En segundo lugar, la incidencia de enfermedades: “el mal estado sanitario de la población”, en algunas oportunidades, como en octubre de 1927, provocó que la institución fuera clausurada temporariamente debido a “epidemia imperante de gripe”. En tercer lugar, el mismo trabajo agrícola que imponía exigencias para los “numerosos niños de las chacras próximas”. La mayoría de los alumnos de las escuelas primarias rurales abandonaba luego de haber cursado los primeros grados en los que se aseguraba los conocimientos mínimos. En tanto, como explica Adrián Ascolani (2012), estaba difundida la idea, en la población rural, de que luego del segundo grado los conocimientos adquiridos no eran útiles para el trabajo agrícola. Además, las estrategias productivas que adoptaban los pequeños chacareros, descritas por Talía Gutiérrez (2011),

implicaban el uso de la mano de obra familiar en los momentos culminantes del proceso productivo. Los niños eran retirados de la escuela en edad temprana, en ocasiones definitivamente, o al menos en épocas de cosecha, cuando la asistencia a las escuelas descendía.

El proyecto educativo argentino, cristalizado a partir de la sanción de la Ley 1420, respondió a la necesidad de consolidar el Estado e incorporar a la Argentina al mercado mundial. La función de la escuela pública fue fundamentalmente de orden moral, orientada hacia la formación del ciudadano, figura que garantizó la unidad nacional y el funcionamiento de la estructura política. La institución escolar nació, pues, con un sentido misional, destinada a inculcar un nuevo mensaje: el amor a la escuela, a la ciencia y a la patria.

Los actos patrios fueron la manifestación más clara de la misión impuesta por el Estado a la estructura educativa. Así, se constituyeron en articuladores de la vida escolar, ya que su preparación demandaba esfuerzo, tiempo y dedicación prioritaria. La vida cotidiana de la escuela se alteraba con la proximidad de las fechas nacionales del período: especialmente las fiestas mayas y las fiestas julias.

A partir de 1926, José Papa Rúa se convirtió en el nuevo director y Rosa M. de Bartolomé en la maestra para enseñar, ambos a sesenta escolares, según el Libro Histórico, agrupados de primero a cuarto grado; la institución pertenecía al grupo de las escuelas elementales con los cuatro primeros grados, de acuerdo con las palabras del Inspector "con todas las dificultades propias de esta clase de tareas".

En este caso, la celebración de un nuevo aniversario de la independencia acompañó los festejos de la Escuela N.º 63 de Alpachiri, especialmente con la formación de un equipo de 11 jugadores de fútbol, bajo la custodia y dirección del Director, que

jugaron un partido para que “conozcan y estreche vínculos con amistades” de acuerdo al registro en el Libro de Actos Públicos y Fiestas. Desde 1928, la fiesta de finalización del año escolar adquirió cada vez más importancia para todo el pueblo que asistía para celebrar los logros de los niños.

La Caja Nacional de Ahorro Postal se fundó en 1914 con el objetivo de desarrollar y estimular la práctica del ahorro en los sectores más humildes de todo el país; la compra de estampillas permitía el acceso a una cuenta propia con un monto mínimo y sin requerimientos, a diferencia de las entidades bancarias. Para desarrollar la tarea de esta institución, las escuelas abrieron agencias, así como enseñaron los principios y valores de esta práctica. Desde 1927, los alumnos adhirieron a esa iniciativa y, según los informes de los inspectores, “casi todos los alumnos poseen libreta postal o están en condiciones de pedirla” en la Oficina de la Caja en Guatraché; de esta manera, el alumnado logró una “suma superior a doscientos pesos moneda nacional”.

Imagen 3



Alumnos de la Escuela N.º 133. 1930. Archivo de la Escuela N.º 133.

El día del ahorro, 31 de octubre, recibió una atención especial en las aulas; precisamente, durante el curso escolar de 1931, en todos los grados se destinó una hora a explicar, como consta en el libro de Actos públicos y fiestas, “la significación y el alcance del día universal del ahorro leyendo composiciones en prosa y verso relacionadas con el tema”. Un año después, para la fecha se realizó una campaña de intensificación del ahorro escolar que finalizó con una clase alusiva y la presentación del resumen de lo ahorrado, monto depositado por la dirección en la sucursal mencionada. En 1946 se implementó un programa para la enseñanza del ahorro, que se acompañó con la edición por la Caja Nacional de Ahorro Postal, un año más tarde, del libro *Ahorro, manual auxiliar del maestro*. Al compás de las políticas educativas que intensificaron la práctica, la visita del inspector realizada en 1946 describía los resultados conseguidos: la escuela se convirtió en agente N.º2972 de la Caja de ahorro postal, cincuenta y tres alumnos eran dueños de una libreta de ahorro y se dictaban las clases de ahorro y previsión “ajustadas a las instrucciones impartidas por la superioridad”.

Día del árbol

Desde los inicios del sistema educativo pampeano, las escuelas festejaron el día del árbol el 11 de septiembre. El origen de este festejo radicaba en la figura de Domingo Faustino Sarmiento, quien promovió la difusión de la importancia de la forestación a través de la escuela. La Escuela, durante el año 1932, destinó una gran parte de sus esfuerzos en torno a ese objetivo, para ello comenzó el 13 de agosto con la entrega a cada niño de un árbol, propiedad de la escuela, para llevarlo a su casa y cuidar su crecimiento. Cada escolar debía bautizarlo,

según se registró en el libro de Actos públicos y fiestas, con un nombre ligado a nuestra historia civil, militar o literaria y anotar en un libro especial todo lo relacionado al proceso. En la semana del 5 al 9 de septiembre se realizaron una serie de clases alusivas, en cada grado, sobre varios árboles históricos y su importancia económica. Estas actividades se desplegaron a partir de la noción enseñada por los docentes: el árbol no sólo era sinónimo de belleza sino también era el símbolo de la transformación humana de un espacio hostil. El 11 de septiembre culminó el programa con el festejo del día del maestro, en honor a Domingo Faustino Sarmiento.

En 1940, la Inspección Seccional de Escuelas, en la figura de su encargado Juan B. Sanchis, estimuló la creación de viveros escolares y la plantación de árboles, generalmente en los terrenos de la escuela. La Escuela N.º 133 cumplió con las indicaciones establecidas en la Circular de la Inspección y organizó el día 6 de septiembre de 1940, la actividad que culminó con un pequeño acto. El gobernador, Miguel Duval, fortaleció esta concepción con la instauración del 24 de septiembre de ese mismo año como Día del árbol en el Territorio; para que "autoridades, niños y pueblo con el pensamiento fijo en la grandeza de la Patria reaviven el verdadero amor y respeto al árbol" a través de la "defensa, repoblación, mantención y conservación así como a la extensión de sus reservas". En 1944, docentes y alumnos realizaron plantaciones de eucaliptos tanto frente al local escolar como de la Comisión de Fomento, el 26 de agosto, para celebrar la fecha.

El impacto de la crisis de 1930

La dura crisis agroclimática que azotó a la región en la década de 1930, por los efectos de una sequía prolongada, se combinó con los cambios en los mercados internacionales de productos primarios que afectaron a la economía de la localidad. En las palabras de los inspectores que visitaban la escuela, esta situación afectaba “sensiblemente” por varias razones. En primer lugar, la mayoría del alumnado provenía de la colonia agrícola que rodeaba a la estación, como efectos de la crisis, la inscripción de los alumnos había disminuido debido a que algunos colonos habían “abandonado la zona, después de reiterados fracasos”. En segundo lugar, el dinamismo de la localidad se había “detenido por los malos años de las colonias que la rodean, por cuyo motivo sus habitantes no aumentan ni se edifican nuevas viviendas”. Por lo tanto, no se podía “encontrar un edificio que contenga a todo el alumnado”. La posibilidad de establecer el doble turno era imposible, en tanto muchos de los niños y las niñas concurrían “de largas distancias”.

Durante esos años, los docentes alternaban constantemente, en gran medida por las exigencias de trabajo y organización que implicaba la docencia en el medio rural. En 1930 se nombró a Emma de Dalmau, en 1932 la Sra. Rosa M. de Bartolomé fue trasladada. Un año después, Juan Bautista Morales se hizo cargo de la dirección acompañado de Ángela D. de Morales como maestra. Ambos permutaron sus cargos, en 1935, con Macario Cuesta Acosta y Emma Hernández de Cuesta Acosta. Dos años después, Nélida Romanello de Gentiluomo fue designada como educadora y, un año después, ascendida a Directora. Junto con ella, se desempeñaron en las aulas a partir de 1939 Esmeralda Schanton, Elsa R. Gómez de la Torre, y ambas fueron reemplazadas en 1941 por Elsa E. Guevara e Ida Porta; mientras que en 1942 lo hicieron Elba Iriart y María Isabel Barros.

El periódico escolar Sarmiento

En septiembre de 1936 se publica por primera vez el periódico escolar Sarmiento, según las palabras de su primer número, “en homenaje a su memoria”. Con el objetivo de llevar “a nuestros hogares el eco de la actividad en el aula”, de formar un “vínculo entre escolares” porque lo leerían niños de otras escuelas, y finalmente, robustecer “el sentimiento de nacionalidad”.

El periódico escolar, como refleja el trabajo de Silvia Finocchio, se introdujo en la práctica educativa en la Argentina hacia fines del siglo XIX como una actividad instructiva, recreativa, política y social. Fue producto de pedagogías renovadoras que impulsaron la diversificación de las ofertas educativas en variados ámbitos y enfatizaron el estudio en Estados Unidos, Europa y América del Sur. Durante todo el siglo XX, la prensa periódica, en tanto producto cultural, creció a partir de las condiciones ofrecidas por la expansión de la escolarización. De esta manera, el clima cultural y educativo estuvieron signados por ella; tanto el docente como el niño resultaron habituales lectores de ricas y variadas publicaciones periódicas por fuera del espacio escolar, aunque también en relación con él.

La novedad de la prensa escrita en la escuela radicó en el protagonismo de los alumnos que con el acuerdo de los docentes o directivos de las escuelas lo gestaron en su totalidad. Los docentes colaboraban con la organización, supervisaban que los diversos grados produjeran textos e imágenes, ayudaban a elegir los materiales, orientaban en el diseño, corregían la escritura entre otras tareas; también escribían en algunos momentos.

En sus páginas se publicaron una gran variedad de artículos; en primer lugar noticias de la vida escolar: la apertura de la

biblioteca, el inicio del año escolar, los balances de los fondos y de las actividades realizadas por la Asociación Cooperadora. También mostraba los logros y alcances de la tarea desarrollada en las aulas: composiciones, trabajos y de los alumnos engalanaban sus páginas. María Ramos escribió sobre La cordillera de los Andes, Adolfo Dante Maino acerca del Gobierno monárquico, Nair Facca elaboró una semblanza de José de San Martín y Rosa Antonia Álvarez describió los productos minerales de la región andina.

Solo algunos números han llegado a nuestras manos, publicados entre 1936 y 1937.

En estos años el alumnado creció lentamente, especialmente en la segunda mitad de la década, por lo tanto se establecieron nuevos grados; mientras que en 1936 solo existían de 1º inferior a 3º, dos años después fue necesaria la creación del cuarto. Los cambios más importantes que transformaron la condición de la institución, con la obtención de la categoría de “superior”, al contar con la totalidad de seis cursos determinados como obligatorios. En 1940, la apertura del quinto, según palabras del Inspector en su visita, fue “recibida en la población con todo júbilo”. Un año después se logró la apertura del sexto y, con ello, el ansiado logro educativo de la graduación de los estudios primarios. Dieciocho años después de su fundación, el establecimiento educativo rompió el círculo provocado por la deserción, que impedía la creación de grados superiores, situación que realimentaba el abandono de estudios, ya que los alumnos que querían continuarlos debían concurrir a otras escuelas de la región. La institución escolar se enfrentó con otra dificultad, que se mantuvo a lo largo del tiempo, una gran parte de sus alumnos desconocía el idioma español, especialmente aquellos que procedían del ámbito rural,

mayoritariamente los grupos de colonos de alemanes de Rusia. A medida que la Argentina se insertaba al mercado mundial, la frontera productiva fue expandiéndose; de esta manera, la ambición de nuevas tierras provocó la campaña militar contra los pueblos originarios. La necesidad de mano de obra condujo a un repoblamiento de las pampas con un aluvión de inmigrantes, especialmente en la franja este. Dentro de ellos, uno de los grupos más importantes que llegaron a la región fue el ruso-alemán o "alemán del Volga"; comunidades germano-parlantes instaladas en el Volga, hacia fines del siglo XIX se ubicaron, especialmente, en el sudeste pampeano.

Los inspectores en sus informes describían la situación en diferentes momentos; en 1939, uno de ellos reconocía las limitaciones del personal "las dificultades propias de estos medios de población ruso-alemana donde los niños concurren a la escuela sin conocer una palabra en nuestro idioma, dificultad que, por cierto, se acentúa en el primer grado inferior". Un año después, reiteraba la asistencia a la institución de "una gran cantidad muy apreciable de niños de hogares ruso-alemanes, los que llegan a ella conociendo en absoluto el idioma patrio" que obligaba a los maestros a realizar "un trabajo intenso" para la enseñanza. Dos años después, insistía en la importancia de la labor docente para poner en práctica "procedimientos especiales" para vencer "tanta dificultad". Hacia 1946, todavía el informe describía "la asimilación es lenta", en tanto, la mayoría de los habitantes procedentes de este grupo, hablaban y practicaban "su idioma y costumbres". Sin embargo, resaltaba la "obra argentinista de la escuela ha sido provechosa y fecunda".

Al mismo tiempo, comenzó a perfilarse, en la década de 1940, un nuevo perfil en la enseñanza, a instancias de las políticas educativas hacia las escuelas rurales y fuertemente reconocido y felicitado por los inspectores en sus recorridos, el impulso de "la

práctica agrícola, en jardines, plantaciones de árboles y almácigos”; los trabajos prácticos de agricultura se llevaron a cabo en los espacios de la “huerta y el jardín”, aspectos que se analizan con detenimiento en otro capítulo de este libro.

El desarrollo y la complejidad escolar convirtieron en acuciantes el tradicional tema del edificio escolar, que funcionaba desde hacía años en dos localizaciones cercanas pero diferentes, por la falta de espacio. En 1942, el ferrocarril confirió gratuitamente un inmueble en el cual se instalaron primero inferior, tercero, cuarto, quinto y sexto grado; esa disposición escolar dificultaba las actividades cotidianas.

“Un trabajo metódico y bien organizado”: la escuela durante los gobiernos peronistas

En 1944 Patricio Rodríguez reemplazó a Nélide Romanello de Gentiluomo en la dirección, secundado por los maestros Juan Martocci y Omar Sempio, que fue designado en 1945. Ante la consolidación de la institución, el crecimiento de sus alumnos y la complejidad de las tareas docentes y administrativas que se le exigía al director, que era a la vez docente en el aula; los inspectores en sus vistas registraban la necesidad del nombramiento de más personal. Finalmente, en 1946, por primera vez desde su creación, el plantel docente alcanzó a cinco profesionales, su personal directivo, el Sr. Rodríguez, solo encargado de esa función, y cuatro educadores: Juana Alsema López Osorio, Juana del Carmen Cornejo, Elsa Elena Alonso y Omar Sempio para atender a ciento doce alumnos agrupados en secciones de primero inferior a sexto grado. En 1949, Selva H. Sanders, Dorotea Pereyra de Díaz, Genoveva Montes de Pló, Anisio Herrero, junto a Juana del Carmen Cornejo, totalizaban el personal.

La diferencia entre la cantidad de alumnos del curso inferior, treinta y dos, y del curso superior que solo eran seis, demostraba la permanencia del comportamiento de una población que centraba sus esfuerzos en la actividad rural; y, por lo tanto, la mayoría de los alumnos abandonaba luego de haber cursado los primeros grados en los que se aseguraba los conocimientos mínimos requeridos, según las ideas vigentes para el desempeño en las tareas agrícolas.

La rotación de docentes era alta, hacia 1948, el plantel estaba formado por Juana del Carmen Cornejo, Selva H. Sanders, Genoveva Montes de Pló y Anisio Herrero. La escuela observaba las orientaciones elaboradas por las autoridades educativas; de esta manera, su biblioteca escolar comprendía más de quinientos volúmenes, y los inspectores en sus observaciones recomendaban solicitar material de lectura al Ministerio de Agricultura. Como ya vimos, y se analizará en detalle en el capítulo de Federico Martocci y Aníbal Raúl Lehr, la enseñanza agrícola tuvo un fuerte impacto en el desarrollo de la vida escolar, al punto que en 1948 se formó, a instancias de las autoridades educativas nacionales, el Club de niños jardineros.

El Consejo Nacional de Educación junto a la Dirección General de Enseñanza Agrícola de la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación auspició, desde finales de la década de 1920, la formación de este tipo de entidades, especialmente en la ciudad de Buenos Aires, cuya acción educativa y social estaba a cargo de los mismos niños. De esta manera consideraron, según publicaciones educativas oficiales “de alta utilidad para la educación primaria, colocar al niño en presencia de la naturaleza, como el medio más eficaz para su cultura general”. La Ley Nacional N.º 12759, del 5 de diciembre de 1942, estableció la enseñanza práctica en arboricultura, jardinería y horticultura mediante la creación de Clubes de Niños Jardineros, con el fin de cultivar el amor a las plantas

mediante actividades de índole experimental y práctica. La formación de esta institución en la Escuela N.º 133, que respondió al cumplimiento de esta normativa, colaboraba eficazmente en las tareas de mantenimiento y embellecimiento de los jardines de la escuela a través de la plantación de flores y plantas; para ello, adquirieron las herramientas necesarias: escardillas, palas y una carretilla. Junto al cuidado de estos espacios, se organizó un parque infantil para el disfrute de los escolares, gracias al valioso aporte del personal y la acción de la Sociedad Cooperadora.

El calendario escolar festivo, durante las décadas de 1930 y 1940, se amplió y complejizó. En los primeros años del siglo XX se introdujo, además de las fiestas mayas y julias, la conmemoración de la revolución de mayo y de la declaración de la independencia, el reconocimiento del creador de la bandera nacional, Manuel Belgrano y la jura a la bandera desde 1909. Desde 1933, por disposición del gobierno del general Agustín P. Justo, el 17 de agosto se convirtió en feriado nacional, por lo que se incluyó de esta manera en el calendario festivo. La figura del prócer alcanzó una importancia cada vez mayor en las aulas y recibió una atención creciente tanto en los espacios como en las celebraciones escolares. Paulatinamente, se constituyeron los momentos de celebración escolar en torno a las “efemérides patrias” a las que se sumó el 11 de septiembre –Día del Maestro, se recordaba la muerte del educador y ex presidente Domingo F. Sarmiento y el 12 de octubre– Día de la Raza o la llegada del Cristóbal Colón al continente Americano.

Los actos variaron en su forma de organización desde clases alusivas, actos escolares centrales para las fechas más importantes, como el programa que transcribimos a continuación, tomado del Libro de Actos Públicos y Fiestas.

Escuela Número 133
9 de julio 1941
Programa

1. Himno Nacional Argentino coreado por los niños
2. Palabras alusivas por la Srta. Elda E. Guevara
3. Jura de la Bandera por los alumnos de tercer grado
4. "Hoy nuestras mamitas" comedia por los niños Nelly Otalora, Julio Groh y Mirta Rojas.
5. "Mi bandera" poesía por la niña Apolonia Groh
6. "A mi patria" poesía por la niña Berta Singer
7. "Soldadito de paz" poesía por el niño Antonio Schechtel
8. "A la bandera" poesía por la niña Dolores Nirma Otero
9. "La yerra" poesía por el niño Rodolfo Roth
10. "La patria" recitado por el niño Juan José Facca
11. "Declaración de la independencia" poesía por la niña Carmen Altamirano
12. "A la casa de Tucumán" por el niño José Schechtel
13. "Nubecita blanca" poesía por la niña Delmira Maino
14. "Nuestra Bandera" recitado por la niña Victoria Groh
15. "9 de julio" poesía por la niña Margarita Gentiluomo
16. "Independencia Argentina" composición por un alumno de quinto grado
17. "9 de julio" poesía por la niña Olga R. Facca
18. Saludo de la bandera coreado por los niños
19. Reparto de caramelos y masitas a todos los niños concurrentes donados por la Asociación Cooperadora "Domingo Faustino Sarmiento"

A medida que la institución escolar se consolidó y ganó prestigio en la localidad, organizó celebraciones fuera del ámbito escolar que incluyeron a todo el pueblo; por ejemplo, el 29 de abril

de 1944 y 1945, fue responsable de la conmemoración del día del General Julio Argentino Roca, frente a la Comisión de Fomento, evento en el que el personal directivo dirigió la palabra a la comunidad. La elección de ese día recayó en el momento de su salida de Carhué, en 1879, para iniciar el avance sobre la población indígena.

El gobierno peronista, establecido desde 1946, llevó adelante cambios concretos de diferente tipo en el ámbito educativo. En primer lugar, como explica Flavia Fiorucci (2012), reformó organismos y leyes; en segundo lugar, amplió notablemente el sistema educativo por el aumento significativo del número de alumnos y escuelas. Finalmente, gestó una serie de transformaciones del sistema, que comenzó con la institucionalización de la enseñanza religiosa, cambio introducido por el gobierno militar de junio de 1943.

La incorporación de la religión católica, como contenido en las escuelas primarias y secundarias estatales, tuvo lugar al mismo tiempo que el Estado duplicó los aportes para sostener el culto. Los maestros la incluyeron dentro de sus tareas y se creó, dentro de las autoridades educativas del Territorio, la figura de un visitador específico que controlaba este nuevo aspecto. Todo el personal de la Escuela N.º133 dictaba clases de religión; sin embargo, algunos padres solicitaron la excepción para sus hijos de asistir a ellas: para 1949 ocho alumnos fueron exceptuados, cifra que en 1950 fue de seis alumnos. La laicidad, elemento constitutivo del sistema educativo argentino, fue dejada de lado; hacia 1952 se entronizó en el edificio escolar una imagen de la Virgen de Luján, dos años después, a pedido de Patricio Rodríguez, el padre misionero, que se encontraba en el pueblo, procedió a bautizarla en una sencilla ceremonia con la presencia de las autoridades y el vecindario. Las instituciones se convirtieron en caja de resonancia de las políticas gubernamentales, y un ejemplo de ellas fue la cruzada escolar argentina por la paz mundial. Esta iniciativa,

gestada a instancias del discurso pronunciado por el Presidente, Juan Domingo Perón, el 6 de julio de 1947, según publicaciones oficiales, en el que se expresaba “el espíritu y la voluntad argentinos de contribuir eficazmente” a ese logro; en el contexto de la finalización de la segunda guerra mundial y el surgimiento de la “guerra fría”, el enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Las autoridades educativas dispusieron, por intermedio de las Inspecciones, que se llevaran adelante una serie de iniciativas durante la primera quincena de agosto, las que comprendieron diferentes actividades para que “nadie en escuelas, calle y medio, quede sin saber profundamente, el espíritu de paz y solidaridad”. El inspector en su visita de agosto planificó junto con los docentes la agenda de tareas; en primer lugar, la preparación de clases diarias de una hora relativas a temas de la paz. En segundo lugar, la difusión amplia utilizando los medios más convenientes en el medio de influencia de la escuela, en tercer lugar, la realización de trabajos escolares, de entre los cuales, los mejores debían enviarse a la inspección. Finalmente, la organización el día 15 de agosto de un acto patriótico de carácter público con concurrencia de la escuela, autoridad y pobladores.

Una de las más importantes actividades organizadas por la Secretaría de Educación y el Consejo Nacional de Educación, en este período, fue la primera gran concentración de escolares del interior del país desarrollada en la ciudad de Buenos Aires durante los días 21 al 30 de mayo de 1948. Su objetivo, de acuerdo con las circulares administrativas, buscaba que los niños del interior del país –trescientos en total para los Territorios Nacionales– conocieran la ciudad de Buenos Aires “en oportunidad de grandes acontecimientos celebratorios de la revolución de Mayo” y estrecharan “vínculos de amistad y compañerismo con los escolares de otras regiones del interior del país”. Treinta niños, cinco alumnos varones de grados superiores, seis padres y seis maestros por

cada institución, representaron al entonces Territorio Nacional de La Pampa; la Inspección Seccional N.º 7 seleccionó seis escuelas de su jurisdicción, la N.º 16 de General San Martín, la N.º 24 de Uriburu, la N.º 45 de Ataliva Roca, la N.º 60 de Guatraché, la N.º 71 de Rolón y la N.º 133 de General Manuel Campos. Las autoridades educativas establecieron claros criterios para la elección de los estudiantes: "hijos de padres de escasos recursos que acrediten mejor aplicación y conducta, y preferentemente que no conozcan la ciudad", tampoco podían formar parte de la delegación "los familiares del personal de la escuela".

La preparación del viaje supuso una serie de trámites administrativos para el personal directivo, la constitución del contingente, la obtención de certificados médicos de salud y de autorizaciones de los padres, la reserva de los pasajes. Aunque los principales gastos del viaje fueron responsabilidad del Estado, los niños debían llevar una serie de efectos personales, entre los que se incluyó, como mínimo, dos guardapolvos, así como dinero para gastos menores. La contribución de la Asociación Cooperadora y la Comisión de Ex- Alumnos fue fundamental para el éxito de la empresa.

El grupo salió de la estación del ferrocarril el 22 de mayo a las 15 horas, se organizó un acto de despedida con la presencia de autoridades y vecinos. Su llegada a Buenos Aires fue el 23 de mayo a las 9 de la mañana. Existen abundantes registros fotográficos sobre el viaje en el archivo de la institución, como se puede ver a continuación.

Imagen 4



Los cinco alumnos de la delegación que viajó: Julio Groh, Anselmo R. Palacio, Antonio Kletzel, Jorge Vodovosoff y Santiago Schwemmer, acompañados por el padre Sr. Smiht y el maestro Anisio Herrero. Archivo de la Escuela N.º 133.

Imagen 5



Los alumnos que viajaron subidos al tren. Archivo de la Escuela N.º 133.

Imagen 6



Alumnos en Buenos Aires. Archivo de la Escuela N.º 133.

Imagen 7



Alumnos en la Plaza de Mayo,
Buenos Aires. Archivo de la Escuela
N.º 133.

Los estudiantes elevaron a la Inspección, al término de la actividad, composiciones y trabajos prácticos elaborados por los alumnos, una recopilación de los recortes periodísticos así como las fotografías tomadas a lo largo de toda la excursión.

El anhelado edificio propio: “sus años de existencia y amplia zona de acción lo justifican”

La situación edilicia, con el paso del tiempo y el crecimiento escolar, se convirtió en acuciante. Para 1945, se mantenía el alquiler del edificio de José María Martocci, pero este no respondía a las necesidades más urgentes; los espacios disponibles eran, según las palabras de los funcionarios educativos, “reducidos e incómodos”. En tanto, disponía de una sala dividida en dos por un tabique, dos habitaciones, cocina, baño y molino, todo construido en material y revocado, con piso y cielorrasos de madera. Además la institución funcionaba en un local cedido por el ferrocarril, distante a seiscientos metros del primer inmueble. Era necesario otra dependencia de la misma empresa, para ubicar a los grados superiores. La comunidad desde la constitución de la Cooperadora, en 1936, había formado una “Comisión Pro Edificio”, la diferencia radicaba en este período, en la existencia del ofrecimiento por José María Martocci, de la donación de un terreno de una manzana para la construcción de un edificio acorde a su función.

Un paso importante, lo constituyó, en 1948, la incorporación del proyecto de construcción en el plan de construcción de mil edificios públicos, a cargo del Ministerio de Obras Públicas de la Nación; en tanto el establecimiento se ajustaba a los criterios establecidos de localizarse en una zona rural donde la densidad y arraigo de la población aseguraban la estabilidad de la escuela con inscripción superior a cien niños.

En marzo de 1949, se inició la construcción de la obra; el 23 de julio, con motivo del festejo del Día del árbol, comienza la plantación de árboles en el nuevo patio.

El 28 marzo de 1951, el Inspector de Zona, Modesto Aguilera hizo entrega del nuevo edificio al Director Patricio Rodríguez, se habilitó oficialmente, en tanto comenzó a funcionar la vida escolar el 12 de abril.

Compuesto originalmente por dos cuerpos independientes. El primero disponía de cinco aulas, la dirección, una pequeña salita para ilustraciones, pabellón sanitario y baños, la cocina y la casa para el director rodeado por una amplia, ventilada e iluminada galería cerrada. El segundo comprendía la casa para los maestros, la casilla para el portero y un tinglado abierto para los aperos. Se construyó una alta torre tanque para colocar el depósito de agua con una capacidad de 10.000 litros. Finalmente, la Escuela N.º 133 contaba, según las palabras de la superioridad en su visita, con un "local propio, nuevo, cómodo, hermoso y comfortable".

Imagen 8



Vista del edificio escolar en 1951. Archivo de la Escuela N.º 133.

Los funcionarios docentes estimularon las actividades de práctica agrícola, especialmente los trabajos de huerta, arbolado y jardinería, necesarias para el embellecimiento de las nuevas instalaciones; al mismo tiempo, que fortalecía la acción educativa en el contexto rural que estaba inserto. Sin embargo, a pesar de gozar del espacio suficiente para su realización, la precariedad del cercado –un alambrado de seis hilos– era un obstáculo para las actividades, como se analizará en el capítulo de Federico Martocci y Aníbal Raúl Lehr. A esta situación se le sumó, a su vez, que durante los años de 1951 y 1952 la región sufrió una fuerte sequía que dificultó el arbolado y el crecimiento del jardín.

La promulgación del Segundo Plan Quinquenal en 1952, como consecuencia de la crisis económica de 1949 que detuvo el crecimiento, declaró la doctrina peronista como doctrina Nacional, y determinó una nueva función para la institución escolar: un instrumento para la difusión del ideario partidario peronista y un mecanismo para la búsqueda de adhesión y consenso. Así, su enseñanza y transmisión formó parte de los objetivos de la tarea escolar, supervisada fuertemente por los funcionarios educativos, en la visita de 24 y 25 de julio de 1952, un agente señalaba “se realiza, tal como está establecido, una obra permanente de difusión y explicación” y aconsejaba “extender directamente a los hogares, sobre todo en lo que se refiere a la huerta familiar”. El 1 de abril de 1953, el director de la escuela N.º133 debió asistir a una reunión, en la Escuela N.º60 de Guatraché, presidida por el Inspector de Zona, Modesto Aguilera junto con sus pares de las siguientes instituciones de la zona, N.º176, N.º258, N.º135, N.º60, N.º127, N.º113, N.º177 y N.º130, según consta en el Acta de la Reunión, “a efectos de recibir instrucciones sobre planificación áulica y escolar en aplicación del Segundo Plan Quinquenal”.

Este, en el capítulo cuatro bajo el título de “Educación”, dispuso la difusión de los principios del cooperativismo y el auspicio

estatal a la constitución de cooperativas escolares y estudiantiles en todo el sistema educativo. Los tipos de cooperativas estimulados, de acuerdo a la normativa oficial, eran de diferente tipo. En primer lugar, las de consumo, destinadas a proveer a sus socios elementos necesarios para el cumplimiento de su labor escolar (libros, papelería, material didáctico), artículos de vestir, medicamentos y al mantenimiento de comedores escolares y cantinas escolares. En segundo lugar, las de producción, para adquirir por cuenta de los socios, la materia prima destinada al uso en los talleres, huertas o granjas escolares o para vender esta producción por cuota de quienes la elaboraron; y finalmente mixtas, la fusión de los dos casos anteriores.

Bajo estos lineamientos, en 1952 se constituyó la Cooperativa escolar, atendida por los grados superiores, quinto y sexto, y asesorada por la docente Genoveva Montes de Pló y Dorotea P. de Díaz, mediante la fuerte contribución de la Sociedad Cooperadora y de la Asociación de Ex alumnos, que aportaron en forma de préstamo el capital necesario. Más tarde cumplió la función de asesor el maestro Herrero.

Nuevamente, la acción de esta Comisión permitió al establecimiento la adquisición de una imprenta para el desarrollo de las actividades didácticas, entre ellas, la impresión de los programas de actos y la preparación de trabajos. Gracias a ella, entre 1953 hasta fines de 1954, se publicó nuevamente un periódico escolar: *Ecos del aula*. Como ya hemos explicado, su elaboración, las seis hojas que lo componían, estuvo en mano de los alumnos con la asesoría de las maestras Ana E. Borzo y María E. Alcalá. Las autoridades destacaron la excepcionalidad de la iniciativa en tanto se transformó en “uno de los poquitísimos periódicos que han quedado en la Seccional”; en parte, por la complejidad pedagógica de la tarea y, en gran medida, por los costos del proceso de

producción, más allá de la disponibilidad de la imprenta, por la carestía de papel ante el contexto económico vigente.

Para mejorar y adaptar el edificio a los usos cotidianos, en 1952 la Asociación Cooperadora construyó, a instancias de la Dirección, en un extremo de la galería cerrada un amplio escenario con su correspondiente telón de brocado para realzar los actos escolares. Al mismo tiempo, y con el mismo objetivo en cada aula se instalaron pequeñas bibliotecas para favorecer la acción educativa. El museo escolar, como analiza Ana Laura Brizzi (2022), se construyó a partir de materiales para apoyar las clases; colecciones de flora, fauna y minerales de distinta procedencia. La solicitud de donaciones de elementos se organizó en forma permanente, al Museo Regional Pampeano en 1952; un año después, el establecimiento recibió de la Dirección General de Industria Minera una colección mineralógica. El museo escolar reforzó y complementó los métodos y herramientas de trabajo áulico, a través de la observación y la experimentación; mediante la recolección, clasificación y preservación de ejemplares.

Las actividades educativas buscaron extenderse y desplegarse con la práctica de deportes, la enseñanza de folklore, la creación del taller de carpintería y la intensificación del teatro de títeres.

Nuevas ceremonias a la luz del peronismo

El 26 de julio de 1952 la muerte de Eva Perón provocó el accionar del Estado para regular el duelo al mismo tiempo que se sacralizaba su figura. La institución escolar se transformó en un espacio privilegiado en este proceso. La escuela N.º133 organizó una serie de actividades bajo el título de "Adhesión del personal directivo y docente al duelo provocado por la desaparición

de la Jefa Espiritual de la Nación, Eva Perón” a partir de las resoluciones adoptadas por las autoridades nacionales.

Colocar un gran retrato de la ilustre extinta con un crespón, en la entrada de la escuela.

Pasar nota al personal de la escuela para que adhiriéndose moño y corbata de luto por el término de treinta días.

El personal directivo y docente asistió a Altar levantado en la Comisión de Fomento turnándose para hacer guardia de honor.

En el pizarrón de cartelera se colocó un retrato con un crespón y una frase relacionada a la obra que realizó en beneficio de la escuela y de los niños.

Al reiniciarse las clases el día veintinueve, el Director expresó a los niños la congoja experimentada por el país entero, a causa de la desaparición de la ilustre esposa del primer magistrado y disponiendo que los alumnos en correcta formación, desfilaran ante el retrato adornado con flores.

Dispuso también que todos los días se coloque una ofrenda floral.

Un año después, el 24 de julio de 1953 se reunieron en la escuela, los miembros de las unidades básicas femeninas, masculinas, autoridades y vecindario, como consta en el Libro de Novedades, para desarrollar “el acto evocativo de la vida, obra de la señora Eva Perón” considerada “Jefa espiritual de la Nación” de acuerdo al siguiente programa:

Guardar un minuto de silencio a su memoria

Palabras alusivas a cargo de la maestra Srta Brea.

Canto a Evita por Iris Otalora

Hermana Eva por Nélida Gerk

A Evita por Clide Schmidt

Evita por Rosalía Schechtel

6 de enero por Dora Herrero

Homenaje a Eva por Erminda Schechtel

Romance de Evita, mi General por Julia Anheliger
Dolor de Pueblo por Elba Masson
Tendió sobre el dolor pues alas blancas por Clyde Schmidt
Evita dignifica por Nilda E. Rodriguez

El equipo docente se componía, hacia 1952, con Olga Lidia Brea de Bazterra, Ana E. Borzo y María E. Alcalá junto a los ya consolidados en la institución, Dorotea P. de Díaz, Anisio Herrero y Juana del Carmen Cornejo. La mayor dificultad en el personal, durante este período, se constituyó en la carencia del cargo de portero a sueldo del Estado y se transformó en un gran problema por las labores involucradas, las tareas de limpieza de un extendido espacio, a la que se sumaba la responsabilidad de la calefacción, seis estufas a leña y el mantenimiento del equipo a nafta que ponía en funcionamiento el bombeador del agua. La solución del problema, gestada por el personal directivo, fue contratar a la Srta. María Francisca Martocci, con un pequeño estipendio recolectado entre los aportes de la Cooperadora y la utilización de la partida de gastos internos.

“A través de los años, en todo momento y sin desmayo”: la labor escolar

Las transformaciones políticas nacionales, llevadas adelante después del derrocamiento del peronismo, impactaron en la vida escolar.

A pesar de los años de existencia y de hallarse en una pequeña localidad, la institución no había logrado la incorporación de los maestros de especialidades (trabajo manual, educación física y música); sin embargo, los docentes enseñaban estas materias en las aulas con una organización específica. Al mismo tiempo, eran

responsables de las actividades ya enumeradas (ahorro, cooperativa escolar, imprenta, teatro de títeres, la biblioteca escolar, la huerta, el jardín) a las que se sumaron el Botiquín y la Cruz Roja, hacia finales de la década de 1950.

El 11 de septiembre de 1956, se inauguró el busto de Sarmiento en conmemoración del Día del Maestro. Con una gran concurrencia de vecinos de la localidad y delegaciones de los pueblos próximos, Guatraché, Alpachiri y Santa Teresa, se entronizó, en los jardines, la pieza escultórica, donada por la Comisión de Ex Alumnos, entregada por la Srta. María C. Sierra en un acto con distintos números a cargo de los alumnos. En las fotografías se pueden observar tres momentos de esa inauguración.

Imágenes 9 y 10



Alumnado y público en el acto (izquierda) y Patricio Rodríguez pronunciando su discurso como director (derecha). Archivo de la Escuela N.º 133.

Imagen 11



Alumna recitando una poesía durante la inauguración. Archivo de la Escuela N.º 133.

La primera portera: María Francisca “Chiquita” Martocci

Después de varios años de trabajar en una situación precaria y con una baja remuneración, aportada por la Cooperadora y por una partida de gastos internos de la que disponía la Dirección, el 31 de octubre de 1957 obtuvo el nombramiento oficial como portera de la Escuela N.º 133.

Como ya hemos descripto, las tareas que realizaba eran muchas, complejas y esenciales para el mantenimiento del

edificio así como del funcionamiento institucional. Su protagonismo fue central para la vida de la escuela, los inspectores resaltaban en sus visitas, la labor realizada: "llama poderosamente la atención el excelente estado de conservación de todo el conjunto y especialmente la limpieza que impera". Así señalaba que constituía "un ejemplo que tendría que imitarse en otros establecimientos que cuentan con personal de servicio", gracias a la "señorita que realiza esta tarea con tanta dedicación y responsabilidad".

Nuevos docentes se incorporaron a las aulas de la escuela de General M. Campos, como Josefina Bonaguero de Pelayo, Vilma A. Toto de Massaroti y Dora Barroso de Maino, al mismo tiempo que otros se despidieron.

A partir de octubre de 1961, Juana Cornejo de Torres se hizo responsable de la dirección, primero a cargo, luego en forma interina y finalmente titular. Su desempeño en el cargo fue clave para la expansión y el crecimiento de la Escuela. Ello sucedió de la mano de nuevas maestras: Nelsa Ofelia Clemente, Estela M. del Rosario Parodi, Selva Funes, Lila Funes de Maino, Elida Noemí Espada Díaz, Sofía C. Clivio de Almudevar, María Marta de La Fuente, Catalina Raier, Susana Beatriz Fantini, Lucila Mazzoni, Ana María Dal Santo, María Luisa Aguirrezabala, Elisa Felisa Dumoulin de Fabbiani. Y un ex alumno se convirtió en docente en 1969, Omar Domingo Sierra.

Finalmente, en 1963, se crearon los cargos de maestras especiales; de esta manera, adquirieron importancia nuevas asignaturas, Música y Danzas Nativas a cargo de Nelba Alicia Aizcorbe de Maino mientras que Trabajo Manual bajo la responsabilidad de Angélica Maidana. Sin embargo, hacia 1967, estos espacios de enseñanza estuvieron vacantes frente a la ausencia de designación de su personal.

No recibió igual atención la educación física que permaneció como responsabilidad de las maestras de grado, en algunos momentos, lo hizo Estela M. del Rosario Parodi, en otros Nelsa Ofelia Clemente; sin embargo, la actividad física y deportiva ocupó un lugar central. La construcción de las canchas para la práctica competitiva, de básquet y de vóley, se transformó en una tarea colectiva. Dora Barroso fue la encargada de la obtención de las donaciones de material para su construcción en 1963; para ello, solicitó el asesoramiento del Ingeniero Ubaldo Carrozo. Un año después, Nelsa Ofelia Clemente organizó y dirigió el equipo femenino de básquet. En el mismo año, los alumnos participaron del Campeonato Interescolar de fútbol, organizado por el Departamento Nacional de Educación Física en Santa Teresa.

El sistema educativo argentino incorporó desde sus orígenes conocimientos y prácticas provenientes del campo de la salud. Las instituciones educativas y el colectivo médico generaron un estrecho vínculo que les permitió desarrollar su función específica. Desde las primeras décadas del siglo XX, las funciones sanitarias desarrolladas por los docentes se extendieron más allá de la prevención tradicionalmente realizada a partir de la educación y difusión de principios higiénicos, se sumaron nuevas actividades en torno a la inspección y relevamiento higiénico. Los maestros y las maestras, como lo explica María Silvia Di Liscia (2004), efectuaron distintas tareas acordes a este objetivo; la inspección de la salud de los escolares en función de la detección de enfermedades, la desinfección de las aulas, la distribución de remedios y la vacunación. Así, las maestras de General M. Campos se preocuparon no solo por la enseñanza de los conocimientos de la higiene, sino que se ocuparon de promover prácticas y experiencias para su obtención, entre ellas, la vacunación y su control, no solo para los escolares sino también para los adultos.

De acuerdo con las directivas de las autoridades educativas, en febrero de 1965 se dispuso que cada escuela realizara actividades periescolares, aquellas que permitían a la institución comunicarse con padres y vecinos, en pos del aumento de su influencia sobre la comunidad, y las coprogramáticas, aquellas que buscaban ampliar, afianzar y perfeccionar los conocimientos, superar las dificultades de aprendizajes y estimular las aptitudes e intereses de los niños. El establecimiento incluyó las prácticas de los deportes, básquet especialmente, la realización del ropero escolar, la formación en nuevas habilidades y saberes que variaron a lo largo de los años, e incluyeron por ejemplo forestación, jardinería, economía doméstica, tejido, corte y confección, plegado y recortado, higiene y primeros auxilios, museo de La Pampa, filatelia e inglés.

Con el paso del tiempo y su crecimiento, se impusieron nuevas necesidades edilicias para albergar las nuevas actividades, las materias especiales y un grado; así mismo fueron necesarias reparaciones. La suma requerida para las obras excedía, para 1965, la asignación dispuesta. A pesar de las gestiones de las autoridades, no se pudo hacer frente a todas ellas, y la acción de la Sociedad Cooperadora fue central para el mantenimiento de la institución.

El Jardín de Infantes

El personal directivo y docente presentó, desde 1965 con insistencia, el pedido de la creación del jardín de infantes en la escuela. Más allá de las dificultades para la disponibilidad de un espacio propio, de acuerdo a las exigencias del nivel, existía en la zona, niños en edad preescolar. Sin embargo, recién en 1970, se inauguró a cargo de la docente, Marta de la Fuente de Martocci, como parte de las actividades coprogramáticas.

Pero el cargo no se encontraba consolidado, y la enseñanza preescolar fue inestable, a lo largo del tiempo; en 1974, a pesar de la existencia de veinticinco alumnos con la edad requerida para asistir, no hubo actividades.

La creación del jardín de infantes, mediante Resolución 497/1976, recién se materializó durante el ciclo lectivo de 1976, con una inscripción de treinta y dos niños de tres, cuatro y cinco años bajo la responsabilidad de la maestra María Cristina Torres Cornejo, luego ejerció el cargo Mirta Graciela Benito.

El gobierno provincial sancionó en 1986 la ley de obligatoriedad de la enseñanza a partir de los cinco años mediante la formación de diecinueve jardines de infantes nucleados (llamados JINES); la puesta en práctica de la nueva legislación, a partir de 1987 modificó la estructura. Por lo tanto, en 1989, con la creación del JIN N.º18 con sede en la localidad de Guatraché, la sala de la Escuela N.º133 formó parte bajo la supervisión de su directora.

De esta manera adquirió un perfil propio, aunque integrado a la escuela, su mudanza en 1992, a la antigua casa de los docentes, afianzó sus actividades. Una serie de refacciones mejoraron y ampliaron el lugar disponible para admitir a un número considerable de alumnos.

Las relaciones con los establecimientos de la zona se fortalecieron a través del tiempo. Por ejemplo, en noviembre de 1965 los alumnos participaron en la celebración de bodas de Plata de la Escuela N.º 313 de Colonia San Juan; para ello prepararon un carnalito, dirigido por las docentes María Marta de La Fuente y Pelayo, cuyo vestuario estuvo a cargo de las maestras Dora Barroso de Maino y Angélica Maidana y un recitado bajo la responsabilidad de la Sra. de Almudevar.

Imagen 12



Niñas y niños que bailaron el carnavalito en los festejos de la escuela de Colonia San Juan.

También, dentro de sus posibilidades, integraron innovaciones en las propuestas pedagógicas, como la publicación nuevamente del periódico escolar *Ecos del aula*. De la misma forma, se adquirió, en 1966, un proyector y películas para la enseñanza; cuando las condiciones lo permitieron, como en julio de 1970, con el cine, así fueron a Guatraché con los alumnos de quinto, sexto y séptimo grado a la exhibición de la película “El Santo de la Espada”.

El festejo de las Bodas de Oro (1922-1972)

El domingo 30 de abril de 1972, la Comisión de Festejos “Bodas de Oro” organizó un programa de actividades para celebrar el cincuentenario de la vida escolar.

9.30 horas Recibimiento de autoridades provinciales, escolares, militares y eclesiásticas en la ruta de acceso a la localidad.

9.45 horas Concentración de autoridades, delegaciones y público en general en el local escolar

10 horas Acto escolar

Presentación de La Bandera de Ceremonias. Acto de izar la bandera por los exdirectores. Himno Nacional Argentino interpretado por la fanfarria del Destacamento 101 de Caballería Blindada "Simón Bolívar".

Discurso a cargo de la directora Juana del Carmen Cornejo de Torres

Descubrimiento de una placa recordatoria al primer director Pedro Inchauspe. Imposición de su nombre a la Escuela. Entrega de una medalla a la Sra. Elvira Risso de Inchauspe

Imposición de nombres a las aulas

Discurso del Inspector Técnico Seccional Juan Lorenzo Jorge Poesía a Pedro Inchauspe por un alumno del establecimiento

Entrega de medallas a los exdirectores: Macario Cuesta Acosta, Nélide Romanello de Gentiluomo y Patricio Rodríguez

Misa de campaña en el Patio de la Escuela

Retiro de la Bandera de Ceremonia

Marcha Patriótica

13 horas Almuerzo popular en las instalaciones del ferrocarril

15.30 horas En el Salón de la Comisión de Fomento actuación de la Embajada de la Dirección de Cultura de la Provincia de La Pampa. Presentación de la Peña folklórica "Estampas argentinas" de Rivera. Actuación de un conjunto folklórico de la localidad de Maza

18.30 horas Retreta del desierto por la fanfarria del destacamento 101 "Simón Bolívar".

22 horas Gran Baile popular en las instalaciones del ferrocarril con la actuación del Conjunto "Los Diablos" de General Pico.

La participación de todos los miembros de la comunidad demostraba el cariño, el prestigio y la popularidad que la institución había alcanzado en la zona.

La escuela bajo la jurisdicción provincial

La escuela, en su cincuentenario, presentaba varias circunstancias que requerían atención. Por una parte la situación edilicia; a pesar de que la organización de la celebraciones impuso, gracias a la tarea de la Asociación Cooperadora, una refacción parcial que incluyó la pintura de la galería y las aulas al mismo tiempo que el arreglo de los baños y la torre del agua. A esto se sumaba, las necesidades de material didáctico, ilustraciones, elementos de geometría, entre otros, que se resolvía con la organización de rifas. También con la colaboración del vecindario, y de las autoridades nacionales y provinciales, se organizaron viajes de estudio: en 1974 los alumnos de sexto y séptimo grado lo hicieron junto con sus docentes a Entre Ríos; un año después, la excursión tuvo como destino Río Colorado. Por otra parte, la cantidad de alumnos era escasa, las posibilidades de crecimiento dependían del desarrollo de la localidad; por lo tanto muchos grados funcionaban juntos. En 1972, primero y segundo grado se fusionaron los quince alumnos a cargo de Lila Funes de Maino, tercer grado también tenía quince estudiantes bajo la responsabilidad de Josefina B. de Pelayo; los trece escolares de cuarto y quinto grados se concentraron con Sofia Clivio de Almudevar; los trece de sexto grado no

tenían maestra y los ocho de séptimo grado con Dora B. de Maino. De esta manera, se presentó una situación sin salida, ante la poca cantidad de niños, no se designaba mayor cantidad de docentes, ni tampoco aquellas destinadas a la enseñanza del jardín de infantes ni de educación física, trabajo manual o música. La escuela permanecía inmovilizada sin posibilidades de crecimiento y expansión.

No obstante, una decisión de las autoridades educativas nacionales modificó el escenario, y por Resolución N.º 5790, del 31 de diciembre de 1974, mediante expediente N.º 14855/74 del Consejo Nacional de Educación, la Escuela N.º 133 se convirtió en un establecimiento de jornada completa; así se extendió el horario escolar, se ampliaron los contenidos a enseñar y se incorporó paulatinamente personal. Recién en 1978 se nombró a Yolanda Popp como maestra de actividades prácticas.

La dictadura que gobernó la Argentina desde marzo de 1976, entre otros aspectos, transformó la organización del sistema educativo nacional. Aunque la idea de la transferencia de los servicios educativos desde la jurisdicción nacional a las provinciales se gestó desde 1971, con la creación del Consejo Federal de Educación, la implementación efectiva se realizó en 1978 a partir del Decreto 21809, que facultó al Poder Ejecutivo a ejecutar el traspaso de escuelas de nivel primario a las provincias. La provincia de La Pampa recibió 199 escuelas, con 21.260 alumnos y 1.528 docentes. Así, la Escuela N.º 133 fue traspasada de la órbita nacional a la provincial el 19 de julio de 1978. Un año después, una resolución del Ministerio de Gobierno, sustituyó la modalidad de escuela de jornada completa a escuela común; de esta manera comenzó su funcionamiento en un solo turno. No obstante, la provincia respondió a las necesidades de recursos humanos, reiteradamente solicitados por los informes elevados a las autoridades nacionales. Finalmente se separaron los grados, cada uno a cargo de una docente, de esta

manera, se sumaron a las aulas Perla Esmeralda Martocci y Dora Alicia Martínez de Schlosser, que reemplazó a Elina Noemí Bechara de Rausch. Más tarde, se incorporaron Alicia Beatriz Ampugnani y Nelly Graciela Lehr.

Un año después, mediante Disposición N.º116/80 de la Dirección General de Educación, nuevamente el establecimiento alternó de modalidad y se convirtió en “escuela de jornada simple con actividades coprogramáticas”. En la misma resolución se determinaba “que el personal docente revistaré en jornada simple percibiendo, de optar por algunas de las actividades coprogramáticas, las bonificaciones que se establezcan por dicha función”. El funcionamiento de la institución se dividió en dos, en el turno mañana “las actividades sistemáticas”, bajo la responsabilidad de las maestras de grado, en el turno tarde las otras. Algunas docentes se desempeñaron como encargadas de los nuevos espacios, en un primer momento urbanidad, taller, técnicas agrarias, formación estética, corte y confección y economía doméstica. Con el tiempo, visiblemente a partir de 1981, se consolidaron, solo tres: economía doméstica, taller y técnicas agropecuarias. En esta última asignatura fue designado, desde 1983, Aníbal Raúl Lehr.

Finalmente, en 1981, mediante la Resolución N.º 479/81, se nombraron profesores para consolidar la enseñanza de las actividades especiales, como Dora Beatriz Riera para la asignatura de Música y María Victoria Zejani de Urrez para Educación Física.

Las autoridades educativas, nuevamente, en 1984 realizaron un cambio en la modalidad, se modificó a “Jornada Completa”, una unidad pedagógica y organizativa que brindaba una propuesta escolar ampliada y organizada en un horario extendido desde la mañana hasta la tarde. Así desaparecieron las actividades coprogramáticas, y se establecieron dentro del currículo obligatorio, a la tarde, las materias especiales: Música, Educación Física, Actividades Prácticas y Técnicas Agropecuarias. Al mismo

tiempo, la extensión del tiempo escolar obligó al fortalecimiento del comedor, ya que los alumnos almorzaban allí. De esta manera, el personal de apoyo aumentó, a la portera Amalia Magdalena Jacobo de Rebol se incorporaron, debido a las nuevas obligaciones, una cocinera, Ofelia María Novak de Navarro y una ayudante de cocina, María Magdalena Schenkel de Sept. Luego se incorporó otro portero Pedro Jacobo Kollman ("Lito") que participó activamente, asimismo de la Asociación Cooperadora.

Imagen 13



Amalia (a la izquierda), "Lito" (en el centro) y María (a la derecha) en un lugar simbólico de la escuela, el espacio del patio donde se encuentra la campana. Archivo de la Escuela N.º 133.

Ofelia María Novak de Navarro

Durante diecisiete años Ofelia María Novak de Navarro trabajó en el comedor escolar, desde sus inicios. Encargada de la cocina, en su entrevista, recuerda la colaboración de todo el pueblo para el sostenimiento del comedor, el horno de la panadería para el pastel de papa, la carnicería que cortaba las milanesas, el vecino, que traía la garrafa cuando se terminaba. El menú constaba de sopa, plato principal y un postre de leche, donada por los tamberos, dos veces por semana que se alternaba con fruta y queso y dulce. Los alumnos comían una gran variedad de platos, polenta, fideos, mondongo, ñoquis, milanesas, pastel de papas, guiso de lentejas, albóndigas

En algunos años, también colaboró como ayudante de la portera, María Francisca “Chiquita” Martocci, en la limpieza de las aulas por las tardes.

Con esta innovación la escuela adquirió una condición de estabilidad y crecimiento en el personal que favoreció sus actividades, situación que se demostró con la creación del cargo de secretaria, ocupado por la maestra Dora Barroso de Maino. En el momento de la jubilación de la directora Juana Cornejo de Torres, en 1988, el prestigio institucional y el afecto de la comunidad se vieron reflejados en la atención recibida por parte de las autoridades educativas provinciales. A su vez la consolidación, durante su trayectoria como directora, de un equipo docente, constituido por maestras y maestros de diferentes edades, con estabilidad y permanencia en la institución, les permitió establecer fuertes lazos con la comunidad, constituir grupos de trabajo y estrechar vínculos personales.

Imagen 14



Reunión de fin de año del equipo docente, como se solía hacer luego de todos los cierres del ciclo lectivo. En esta ocasión, despedían a Rubén y María Galeano, pareja docente que se trasladaba a la provincia de Misiones. Repositorio fotográfico de Federico Martocci.

La institución, a través del tiempo, se integró a las diferentes actividades que el Ministerio de Educación provincial desarrolló, y el personal técnico del Centro de Apoyo Escolar (CAE) de Guatraché visitó y atendió las situaciones presentadas por el personal docente. La participación escolar en la Feria de Ciencias, las Olimpiadas Matemáticas, las Competencias Interescolares deportivas, así como la organización de diferentes viajes de estudios, caracterizaron la vida en las aulas.

El Tercer ciclo: un nuevo desafío

Nuevamente, un cambio en la legislación educativa nacional modificó la organización escolar. En 1993, la sanción de la Ley Federal de Educación extendió a nueve los años de obligatoriedad escolar. En consonancia con los requisitos planteados, la provincia de La Pampa sancionó la Ley Provincial de Educación (N.º 1682) en 1996. Al mismo tiempo, por Resolución N.º 882/96, el Ministerio de Educación y Cultura de la provincia de La Pampa aprobó el proyecto de reformulación de las escuelas de jornada completa.

El festejo de las Bodas de Diamante (1922-1997)

La organización de las celebraciones que se realizaron los días 4 y 5 de octubre estuvo a cargo de la Comisión de Festejos y del personal directivo y docente.

4 de octubre

18.00 horas Ofrenda floral y descubrimiento de la placa recordatoria en homenaje a ex docentes y ex alumnos fallecidos en el cementerio local.

19.00 horas Apertura del salón de los recuerdos.

22.00 horas Baile del reencuentro amenizado por Merry Boys.

5 de octubre

9.30 horas Acto escolar. Recepción de autoridades, delegaciones y público en general en el local de la escuela. Presentación de las Banderas de Ceremonias. Izamiento. Himno Nacional Argentino. Palabras a cargo de la Directora, María Marta de La Fuente de Martocci. Entrega de medallas

a ex directores y promociones que cumplen 50 y 25 años de egresados. Palabras a cargo de un ex alumno, Arturo Pelayo, de una docente Nelsa Clemente y por último de la Subsecretaria de Educación, María Cristina Castilla de Rodríguez.

11.30 horas Misa de campaña. Descubrimiento de placa recordatoria. Retiro de las Banderas de Ceremonias. Inauguración del Parque Ecológico "Juana del Carmen Cornejo de Torres".

13.30 horas Almuerzo de Camaradería en las instalaciones del Club Unión. Entrega de presentes a docentes y palabras de una ex docente. Actuación de grupos folklóricos provinciales.

19.00 horas Presentación de las bastoneras de la localidad de Lonquimay. Pericón nacional. Retreta del Desierto.

La legislación provincial siguió los lineamientos nacionales e incorporó dos nuevos años de educación. Se reemplazó la antigua escolaridad primaria de siete años por un ciclo de Educación General Básica de nueve (que sumado al nivel inicial, conformaba un bloque obligatorio de diez años) y se agregó un ciclo Polimodal opcional de tres años.

Las autoridades educativas provinciales decidieron, para responder a la extensión de la enseñanza obligatoria, crear una nueva entidad organizativa: el Tercer Ciclo. Se trató de un nivel con identidad pedagógica e institucional, diferente tanto a los anteriores (primero y segundo) como del futuro Polimodal. De esta manera, se buscaba resolver un grave problema indicado claramente por las estadísticas educativas, ya que en 1991, del 95,7 % de los chicos escolarizados en la educación primaria, solo el 30 % terminaba el secundario.

La creación del Tercer Ciclo en General Campos supuso un desafío para la organización institucional pedagógica, ya que desde 1998 funcionaba un Colegio Secundario en el mismo edificio en

turno vespertino. Sin embargo, la nueva entidad, como en la mayoría de los pueblos pampeanos, dependió del nivel primario, de la Escuela N.º133. La coordinación estuvo bajo la responsabilidad del profesor Roberto Nicolás Alderete y se implementaron en forma simultánea el séptimo grado, con veinte alumnos a cargo de dos docentes de grado, y el octavo grado, con dieciocho estudiantes atendido por profesores. La ampliación de la oferta educativa impulsó la institución de nuevos puestos, en 1998 se estableció el puesto de auxiliar de dirección ejercido por Silvia Olga Stalldecker. En su primer año los alumnos realizaron un viaje de estudios a Puerto Madryn para avistar las ballenas.

Se incorporó nuevo personal docente con otra formación – profesores– con los que se compartió la tarea educativa; al mismo tiempo se readaptaron las instalaciones y se realizaron reuniones, sobre todo institucionales, donde se podía diferenciar claramente las tradiciones y formaciones. Además, existía amplia diferencia etaria entre los alumnos, por lo tanto, resultaba ardua la tarea de consensuar y lograr así lineamientos en común para todos. Un docente de primaria de Jornada completa fue trasladado al Tercer Ciclo para ocupar el cargo de 7º año. Y se designó uno nuevo con carga de jornada simple. Entre los dos, dictaban las materias como Lengua, Matemática, Ciencias Naturales y Ciencias Sociales; las especiales estaban a cargo de los mismos docentes de la primaria.

Al finalizar la experiencia del Tercer Ciclo, estos dos docentes son transferidos como maestros de Apoyo.

La Escuela sostuvo en forma sostenida su participación en numerosas actividades, viajes de estudio, las olimpiadas de matemática, las competencias deportivas pampeanas, los juegos Evita y, especialmente, la feria de ciencias, siendo sede de algunos encuentros zonales, al mismo tiempo que obtuvo importantes premios a nivel nacional e internacional. A su vez, la inclusión de la asignatura obligatoria Informática, en el nuevo nivel, supuso transformaciones

importantes. Un año después, se añadió una auxiliar docente, Gabriela Hilda Schumann, cuando se inauguró el noveno año, y se completó todo el trayecto del Tercer Ciclo; de esta manera, con el cierre del ciclo lectivo finalizaron los primeros egresados.

Al mismo tiempo, desde 1993, el Ministerio de Educación de la Nación asumió la responsabilidad de formular e implementar políticas destinadas a compensar diferencias socio-económicas que se registraban tanto entre distintas regiones del país como al interior de cada una de ellas. Estas políticas fueron contenidas en el Plan Social Educativo, que funcionó desde 1993 hasta 1999 y que comprendía un conjunto diferenciado de líneas de acción: infraestructura escolar, material didáctico, útiles escolares, estímulo a las iniciativas escolares y becas para estudiantes cuyas condiciones económicas ponían en riesgo la continuidad de los estudios. La mayor parte de los recursos de este plan se orientaron a mejorar la infraestructura edilicia y el equipamiento didáctico del tercio de establecimientos educativos más pobres del país. La institución se incorporó, en 1994, dentro de la línea de mejoramiento de infraestructura escolar del Plan Social Educativo destinado a la construcción de una sala para el nivel inicial y de dos aulas y anexos. El funcionamiento del Tercer Ciclo, en 1998, requirió de una refacción general del edificio; para ello el Ministerio de Educación de la Nación otorgó un subsidio específico para la obra. Otras obras se llevaron a cabo: las luces, por ejemplo, a lo largo de los años, con el apoyo de las autoridades educativas.

Efemérides adormecidas

Silvia Stalldecker

El Ministerio de Educación de la provincia; organizaba el "Congreso Pedagógico Provincial", en 1997, dos docentes de la

Escuela: Silvia Olga Staldecker y Perla Esmeralda Martocci; presentan un proyecto de Incentivo Docente llamado "Noticiero ambulante de Efemérides adormecidas". El mismo fue seleccionado, otorgando un premio en pesos para los docentes y aportes económicos y de material para la puesta en marcha del mismo. El proyecto consistía en "despertar" algunas efemérides que figuraban en el calendario escolar y, por las cuales no se realizaban actos. Por ejemplo: día del animal, día del libro, día de la ancianidad, día del niño, día de la familia, día de la tradición...

Las actividades que se desarrollaban eran organizadas por las docentes a cargo del proyecto, pero siempre se recibía la colaboración de todos. Este proyecto se puso en práctica a partir de 1998 y tuvo una duración de 5 años. Participando en casi todos los casos, además del personal y alumnos de la institución, las familias.

La escuela organizó su proyecto institucional, de acuerdo a los requerimientos de las autoridades educativas provinciales, con el objetivo de promover aprendizajes desde una perspectiva inclusiva para proporcionar a cada alumno respuestas apropiadas y adaptadas. A partir del año 2001, se dictaron una amplia variedad de talleres optativos para los alumnos de primero a sexto grado, su oferta incluyó dibujo, recreación, literario, inglés, ajedrez y folklore. Un año después, la directora, María Marta de La Fuente de Martocci se jubiló, luego de una larga trayectoria en la institución, que comenzó como maestra. Perla Esmeralda Martocci se convirtió en su sucesora. La escuela durante esos años albergó en sus aulas a numerosos estudiantes, desde el nivel inicial hasta noveno año, pero un nuevo cambio en la normativa transformó la situación. La Ley de Educación Nacional N.º 26206, sancionada en 2006, reemplazó a la Ley Federal de Educación: orientada a resolver los

problemas de fragmentación y desigualdad, estableció la obligatoriedad de la educación inicial con la paulatina universalización de la sala de tres años y de la escuela secundaria. La provincia de La Pampa aprobó una nueva Ley de Educación Provincial N.º 2511 en el 2009 y estableció una estructura institucional de dos ciclos, el nivel primario de seis años y el nivel secundario de otros seis. En el caso de General M. Campos, a partir del año siguiente, el tercer ciclo, el octavo y el noveno año, pasaron a depender del Colegio Secundario “Cruceiro General Belgrano” que, a su vez, inició la inscripción de los estudiantes de primer año.

La Escuela N.º133 conservó su categoría de jornada completa y albergó en sus aulas al jardín de infantes y los seis grados; de esta manera, mantuvo el legado de la pequeña escuela rural en la pasión de enseñar y aprender.

Los últimos años

Silvia Stalldecker

En el 2009 finalizó, como ya hemos explicado, el Tercer Ciclo y cambia nuevamente la estructura educativa, seis años de escuela primaria y seis de enseñanza secundaria. Al mismo tiempo, comenzó la construcción del edificio del Colegio Secundario, el que funcionaba en el mismo edificio de la Escuela primaria, gracias a la adaptación de horarios.

Para el desarrollo del proyecto establecido, además de ser continuidad del edificio escolar primario, hubo que demoler pequeñas edificaciones que estaban dentro del predio y eran de utilidad para la práctica de actividades de Jornada Completa. Entre ellos una casa que se usaba como vivienda para docentes o porteros que fueran de otras localidades. Otro caso, fue la construcción que se utilizaba para el guardado de

herramientas de uso de la huerta escolar (Actividades agropecuarias) y del gallinero. También hubo que desarmar el invernadero que se utilizaba para la siembra y cosecha de diferentes productos (se realizaba con los alumnos); se trasladó a otro sector pero ya con dimensiones menores, y además se debió realizar la instalación de agua y energía eléctrica para ese nuevo lugar.

Ya en este momento, no se puede seguir con la cría de pollitos bebé; actividad que los alumnos hacían con responsabilidad, dado que estaba organizados en grupos y los atendían fuera del horario escolar y durante los fines de semana o feriados.

El salón de usos múltiples edificado dentro del Colegio Secundario, es compartido con la Escuela, por lo tanto los actos escolares se comienzan a realizar en ese lugar, que resulta ser más cómodo. El escenario que estaba construido al final de la galería, se desarma para transformar ese espacio en un aula, pequeña, pero que sirve en algunos casos para la atención de alumnos con dificultades, para reuniones, para sala de maestros, para sala de actividades plásticas, etc.; se va dando el uso que se requiera de acuerdo a las necesidades.

La implementación de "Parejas pedagógicas", para una mayor calidad educativa, trae aparejado cambios en el trabajo docente: nuevas formas de planificación, nuevos grupos de trabajo, nuevas formas de enseñanza; la aceptación de otra persona-docente en el aula para impartir la clase y la colaboración mutua.

Esta modalidad, de trabajo conjunto, ha sido positiva en el acompañamiento de las trayectorias escolares de todos los alumnos, pero en especial para aquellos que requieren de mayor asistencia en el aprendizaje.

Se trabaja con el Centro de Apoyo Escolar (CAE) en cantidad y calidad. El personal del Centro es fundamental para el Docente en cuanto a que ayuda a detectar diferentes problemas de aprendizaje de los alumnos, dando pautas para el logro de objetivos y planificación en su trayectoria escolar. Asimismo, fue fundamental el trabajo de la Asistente Social para dar apoyo y en muchos casos, solución, a las dificultades sociales que se fueron presentando. El 1º de marzo de 2016, asume el cargo María Angélica Kette como directora Titular. Docente que realiza la capacitación dictada por el Ministerio de Educación. Durante su gestión se recibe el ADM (aula digital móvil). Se logra con la colaboración de la Cooperadora, equipamiento para las aulas y evitar el uso simultáneo de los mismos, que generaba un movimiento de niños en la galería o el retraso de la actividad programada por el docente. En cada aula se instaló un televisor y una extensión de wifi. Además se colocaron aires acondicionados en cada espacio para comodidad de todos. También se reestructuró el espacio debido a la cantidad de alumnos. Se recuperaron dos aulas que habían sido cedidas al Colegio Secundario.

Como en todo el país, esta Escuela se vio afectada por la pandemia de Covid 19. Trae aparejado muchas consecuencias educativas para los niños y de contención para las familias. Se interrumpe la presencialidad a la institución. Había que garantizar la continuidad de la educación. Se implementa la misma a través de la pantalla.

Dificultades se presentaron a montones, muchas de las familias no contaba con un dispositivo tecnológico adecuado para comunicarse con los docentes. Si bien tenían celular, algunos no tenían en ese momento la aplicación de WhatsApp por no contar con el sistema adecuado. Otras familias todavía

no se habían conectado al servicio de internet y aún más se complicaba con los alumnos que residían en la zona rural. Nuevas maneras de enseñanza (desafío también para los docentes), tuvieron que flexibilizar las actividades programadas y construir alternativas para aprovechar las alternativas tecnológicas. Lo hacían a través de vídeo llamadas, o si se podía, por zoom. No todos se conectaban en el mismo horario.

Todo este movimiento, conlleva trastornos en las familias, pierden la organización normal, en el sentido de que existiendo los horarios escolares, los padres, siempre se organizaron con sus trabajos en función de la escuela. Pero de esta manera, se pierde la estructura del horario de levantarse, desayunar, almorzar y sobre todo la cena y el descanso en horarios que son los que necesitan los niños para lograr una buena atención durante la clase. Al perder esta continuidad, y al no haber horarios estrictos que cumplir, los niños se acostumbran a otros ritmos más relajados (acostarse más tarde, levantarse sin horario); y así también se pierde un tanto la responsabilidad de cumplir con las tareas asignadas por los docentes. En muchas ocasiones, las explicaciones no les eran suficientes por el tiempo de conexión. Aparejado a esto, que en muchos hogares, los padres no contaban con el tiempo para ayudar en las tareas, no tenían los medios, o simplemente porque no tenían los conocimientos necesarios.

Un tiempo prolongado (un año lectivo sin asistencia) y otro medio año con presencia parcial. A pesar de todos los esfuerzos, la pandemia ha provocado una gran pérdida educativa. Muchos de los conocimientos que las y los estudiantes debieron haber adquirido durante los cursos lectivos 2020 y 2021, simplemente no se alcanzaron o se lograron de una forma muy parcial y desigual.

Perfiles de directoras y directores

Ivana Celeste Guardia y María Esther Folco

Un director para la pequeña escuela cercana a la estación: don Pedro Inchauspe

Cuando el tren se detuvo en la pequeña estación de General M. Campos, en la frontera agrícola de la pampa húmeda, nadie imaginaba que aquel joven docente había ejercido el magisterio entre los araucanos, en plena Patagonia. Llegaba desde lejos y quién sabe qué nuevas experiencias, anhelaba vivir en un pueblo en el que aún no se habían trazado sus calles y el caserío se desparramaba en un horizonte polvoriento. Pedro Antonio Inchauspe, había nacido en el año 1896 en Laboulaye, Córdoba, en el seno de una familia numerosa, a temprana edad se trasladó junto a una de sus hermanas para vivir en Buenos Aires. Al crecer, en 1915 se inscribió en la prestigiosa Escuela Normal de Profesores N.º 2, más tarde denominada Mariano Acosta, de Capital Federal, de la que egresó en 1919 para iniciar su carrera como docente y periodista.

En ese tiempo, el Consejo Nacional de Educación habilitó el 22 de marzo de 1922 en el Territorio Nacional de La Pampa una nueva escolita, a la que designó con el número 133 (*Centenario de General Manuel Campos*, 2011). Hasta allí llegó el joven maestro Inchauspe para ejercer el cargo de director, aunque en las escuelas rurales, ello implicaba también ser el único docente, portero y cuánto otro oficio fuera necesario cubrir en la novel escuela. De

esta situación da cuenta el Libro de visitas de inspección, cuando a un mes de inaugurarse la institución el inspector de sección lo encontró sin alumnos, mientras realizaba “arreglos del mobiliario escolar dentro del salón de clases”.

Al igual que tantas otras escuelas del Territorio, la escuela N.º 133 era visitada periódicamente por inspectores del Consejo Nacional de Educación quienes dejaban asentadas largas crónicas sobre la situación de la población, el devenir de la escuela y de los niños, en ellas detallaron los muchos temas que abarcaba el proyecto educativo modernizador en el Territorio por el que debían velar. A partir de esos escritos, se puede saber que la escuela abrió sus puertas con una inscripción total de 44 niños y niñas que provenían de las chacras y de la colonia agrícola cercana a la estación. Si bien en su totalidad los niños eran argentinos, el 64 % de los padres habían nacido en el extranjero, siendo preferentemente de origen español. Nueve años más tarde, la proporción aumentaría hasta alcanzar el 73 % de padres extranjeros, siendo la comunidad rusa alemana la más numerosa y permanente en la región. Para esa época, el pueblo estaba en ciernes, no contaba con hoteles ni fondas, aunque sí existían algunos negocios. Siendo justamente uno de los comerciantes, el señor José María Martocci, quien cedió un salón para el funcionamiento de la escuela. Pero, lo inadecuado del espacio para las tareas escolares quedará retratado en los constantes reclamos de los inspectores a las autoridades nacionales, quienes insistentemente se quejaban por la deficiente infraestructura edilicia destinada a los centros educativos. Fueron reiteradas las expresiones que daban cuenta de la crítica situación en las “condiciones de conservación e higiene” de los establecimientos, esta problemática fue uno de los desafíos más importantes que debieron enfrentar tanto el director Inchauspe, como sus sucesores. En el año 1924 se llegó a

una situación extrema, cuando “la pared exterior del salón se encontraba apuntalada para evitar su caída”.

Otro aspecto que daba cuenta de la frágil y desafiante misión alfabetizadora de la escuela en la pequeña localidad, fue lograr que los niños concurren de manera continua a clase. Las inasistencias se debían muchas veces a cuestiones derivadas del clima, como la lluvia y el viento que hacía que los niños que provenían de la zona rural no pudieran llegar a la escuela, en otras ocasiones las causas de las faltas se debían a las “malas condiciones sanitarias de la población” según consta en el Libro de visitas de inspección o simplemente al poco arraigo de la institución escolar en el ámbito rural. A pesar de las circunstancias adversas que se le interponían al director Inchauspe para cumplir su rol como agente de acción estatal, el registro de los visitantes daba cuenta de que se trataba de un maestro “entusiasta y dispuesto para hacer obra patriótica con su escuela”, describiéndolo como alguien que “tiene mucho interés por el progreso de la escuela y demuestra celo por su porvenir”. Todos esos méritos, sin embargo, si bien eran suficientes, no impedían que se le encomendara una larga lista de acciones que debía llevar adelante en su tarea educativa y social en la comunidad, algunas de las cuales se describen en otros capítulos de este libro.

La población argentina había crecido exponencialmente con la incorporación de enormes contingentes de inmigrantes que aportaron a la fisonomía del país y, en especial, a la región pampeana una rica diversidad cultural. Frente a este panorama, el naciente estado argentino de fines del siglo XIX sintió la necesidad de cohesionar a la sociedad según las directrices impuestas por las clases dominantes, quienes se valieron de una “gran operación cultural” para lograr la nacionalización a partir de una identidad única y homogénea en la que se pudieran reconocer millones de personas. En ese contexto, la expansión de la enseñanza pública

permitió reforzar desde las aulas los relatos fundacionales de la nación y, en ellas, la historia y las celebraciones patrióticas adquirieron el rol político de modelar la ciudadanía. Entre las indicaciones realizadas a Inchauspe por el Inspector Miguel Gatica en su primera inspección, de abril de 1922, se encontraba la solicitud de “que intensifique en los niños y el pueblo los sentimientos de nacionalidad y el respeto por las instituciones del país”. Sin dudas el director estaba dispuesto a llevar esa misión patriótica entre los pobladores porque meses más tarde actuó como secretario de la comisión ejecutiva de los actos del 106 aniversario de la Independencia. Los festejos tenían tal relevancia que duraban dos días; iniciaban con una fiesta popular, y continuaban al día siguiente, el 9 de julio, con la participación escolar en el desfile, las declamaciones de niños y el discurso del director. Para cerrar los festejos, se realizó un almuerzo popular, juegos criollos y baile. En los registros escolares, específicamente en el *Libro de crónicas de actos públicos y fiestas*, el maestro Inchauspe dejó asentado que se entregaron a 20 niños “tricotitas” y que los festejos han sido exitosos para “prestigio y propaganda de esta escuela”.

La gestión de Pedro Inchauspe como director de la Escuela N.º 133 se extendió por un lapso de dos años, a partir de entonces, con la experiencia acumulada en estas tierras y sin abandonar la docencia, se transformó en un estudioso del folklore, faceta de su trayectoria que se analiza en el capítulo de Melina Caraballo en este libro. En sus escritos, supo amalgamar ambas profesiones, haciendo que su nombre trascienda a nivel nacional a partir de la escritura de reconocidos libros de lectura para la educación primaria y cuentos infantiles, como así también, otros de temática gauchesca. Los escritos publicados en el diario *La Prensa*, fundamentalmente, fueron recopilados en 8 volúmenes que tuvieron un sin número de reediciones.

La trayectoria de Inchauspe fue reconocida en la localidad a cinco décadas de la creación de la escuela. Para entonces, su viuda Eloísa Riso, por intermedio de una carta que se preserva en el *Libro del 50 aniversario*, le sugiere a la comisión organizadora de los festejos que “se imponga al establecimiento, por él fundado el nombre de PEDRO INCHAUSPE, cuyos méritos de ciudadano, de maestro y de escritor le han hecho merecedor de otros homenajes oficiales” y, a la vez preguntaba “¿En nombre de vecinos caracterizados, de padres de familia y de alumnos y exalumnos no podría tramitarse este otro justiciero homenaje?”. Este pedido tuvo amplio consenso en la localidad y fue refrendado por el Decreto N.º 454/72 del gobernador de la provincia, con fecha 20 de abril de 1972, que en su artículo 1º dispone “Impónese el nombre de “Don PEDRO INCHAUSPE” a la Escuela N.º 133 de General Manuel J. Campos, de esta provincia...” Días más tarde, el 30 de abril de 1972, en los actos conmemorativos de las bodas de oro, se descubre una placa recordatoria al primer director y se impone su nombre a la institución. Homenaje que se sumó a otros, como el realizado por el Consejo Nacional, quien bautizó a la escuela porteña N.º 21 del Distrito Escolar 13 con el nombre de Inchauspe, institución que dirigió hasta el término de su carrera profesional en 1951. O el de la Municipalidad de la ciudad de Córdoba, que señaló una calle con su nombre, tomándose igual medida en la localidad de Laboulaye. A todo ello, debe agregarse otra entidad de General M. Campos, qué tiempo atrás, había adoptado la denominación Club Deportivo General Campos y Biblioteca Popular Pedro Inchauspe.

La misión escolar en medio de la crisis agroclimática

Durante los últimos años de la década de 1920 nuevos directores conducirán la Escuela N.º 133, entre los años 1925 y 1926 lo

hará Joaquín Avalos Actis, quién debió enfrentarse a un viejo problema, las deficientes condiciones edilicias, el inicio de su acción educativa durante el primer año deberá esperar hasta el mes de junio cuando el edificio escolar finalmente hubiera concluido las obras de reparación. Pero a pesar de este traspíe, el número de estudiantes había crecido, ya que se registraron más de 60 alumnos, por lo que se hacía necesario dividir el grupo y nombrar un nuevo maestro. Para la inspección de Territorios, el director Avalos Actis era un “profesional inteligente, entusiasta y de mucha vocación”. Su preparación especial y general la fue enriqueciendo y cimentando con la lectura y el estudio de obras de reconocidos autores.” A estos conceptos se agregan otros por demás elogiosos como el de ser “de carácter afable, cariñoso y benevolente, cualidades que lo hacen accesible a toda persona que necesite de él, ya en orden educacional, social o intelectual”. El maestro Avalos Actis años después se destacó por su labor gremial, como miembro de la comisión central de la Asociación de Docentes Pampeanos (1928-1929).

El ciclo que se inició en el año 1927 comenzó con un nuevo director, el maestro José Antonio Papa Rua, quien se hizo cargo como personal único de la institución. Situación que no le impidió el reconocimiento de los superiores a su labor por saber transmitir los conocimientos “de acuerdo a los procedimientos, métodos y direcciones que aconseja la pedagogía moderna”. Sin dudas, la misión educativa de la Escuela N.º133 se consolidaba, para 1928 se designaron dos maestras normalistas nacionales, que terminaron de imprimir la identidad de la escuela por tratarse de un personal “joven, capacitado, voluntarioso y disciplinado, y el director un maestro con un concepto elevado de su misión en la sociedad” según queda asentado en el *Libro de visita de inspectores*. En los próximos años deberá conducir la institución con un fluctuante plantel docente, que lo encontrará nuevamente solo hacia

1932, con 47 niños y niñas a cargo, cuando la maestra con quien atendían de 1 a 4 grado fue trasladada. A esta situación se le sumaba un problema de vieja data: lo inadecuado del edificio, "falta mobiliario y útiles, como así también libros de lectura para los niños". Pero, a pesar de todas estas circunstancias, Papa Rúa "trabaja con entusiasmo y dedicación".

La década de 1930 en el Territorio Nacional de La Pampa será escenario de una crisis agroclimática, con sequías prolongadas, que impactarán directamente en las zonas rurales y en la demográfica del territorio. Frente a este panorama crítico, la institución escolar y sus agentes, las y los maestros desempeñarán a partir de entonces un rol central en la provisión de alimentos y asistencia social a la niñez, al que se debe sumar la necesidad de construir un edificio escolar propio.

El año 1933 comenzó el ciclo lectivo con una nueva gestión, un "experimentado y laborioso" maestro que contaba con una trayectoria en escuelas de Territorios y gozaba de buen concepto entre las entidades y vecinos. Juan Bautista Morales fue el director a quien le tocó afrontar los desafíos de la crisis agroclimática que impactó con fuerza en la humilde población infantil de la Escuela N.º133, entre las medidas paliativas que adoptó se encuentran la fundación de la cooperadora escolar Domingo F. Sarmiento y la creación la Comisión Pro-Edificio Escuela N.º133.

Morales, fue reemplazado en 1935 por el maestro Macario Cuesta Acosta, quien dirigió la institución por dos años, momento en el que se alejó para desempeñarse como vocal en el Consejo Nacional de Educación. En 1938 la maestra Nélida Elsa Romanello de Gentiluomo quedó a cargo de la dirección. Ella se enfrentó a tiempos difíciles, caracterizados por problemáticas similares a las que afectaban a otras áreas rurales de nuestro país. Cuando llegaba el tiempo de las labores agrícolas las familias necesitaban mayor cantidad de brazos para el trabajo rural y recurrían a

los niños, quienes dejaban de cumplir con las obligaciones escolares, aspecto que se aborda en el capítulo de Federico Martocci y Aníbal Raúl Lehr en este mismo libro. A esta situación, se le sumó otra de vieja data en la región, las barreras idiomáticas desalentaron la concurrencia a la escuela estatal de los descendientes de ruso alemanes, debido a que los estudiantes llegaban a “la escuela sin reconocer ni una palabra de nuestro idioma, dificultad que, por cierto, se acentúa en el primer grado inferior”. Todo este panorama daba cuenta de las dificultades que enfrentaba la escuela para afianzarse en la comunidad. Transcurridos diecisiete años de su creación, la institución funcionaba solo con los primeros grados, para 1939 aún no había logrado abrir el quinto grado y continuaba con un reclamo sostenido por lograr la construcción de un edificio propio. La necesidad de tener un lugar propio era imperante, debido a que la matrícula escolar crecía y la capacidad para contener al alumnado se desbordaba, a tal punto que en 1940 la escuela funcionaba en lugares de manera simultánea. Al salón alquilado al comerciante Martocci se agregó otro edificio propiedad de la familia Scarola y una casilla cedida por el ferrocarril (*Centenario de General Manuel Campos*, 2011). Mientras tanto, la directora Gentiluomo se afianzó en el cargo al ser nombrada por resolución del Honorable Consejo en 1940. Ninguna de las situaciones antes descritas hizo mella en la misión educativa que tenía la escuela en la sociedad, así lo refleja el diario *La Capital* en su edición del 30 de diciembre de 1941, cuando refiere que la directora atiende tres grados, mientras que dos maestras estaban a cargo de sendos cursos cada una, porque se habían logrado completar todos los grados de la educación primaria, al habilitar el sexto año. La escuela comenzó a dar cuenta de su impulso y desenvolvimiento con un mayor seguimiento de las planificaciones y la realización de “prácticas agrícolas en jardines, plantaciones de árboles y almácigos.” El despegue y consolidación de la institución no parecía

suficiente para que los niños permanezcan de manera adecuada en la escuela. Por esa razón, la directora, manifestó su empatía con la situación social del alumnado y solicitó al inspector que se cree un comedor “debido a la pobreza reinante en la zona”.

La educación durante el peronismo en el territorio

La llegada del peronismo encuentra al sistema educativo estructurado de acuerdo a la legislación del siglo XIX, a pesar del tiempo transcurrido. Para ajustarse al nuevo contexto nacional se propuso un cambio al crear organismos y modalidades no tradicionales, poniendo énfasis en la formación técnica con el fin de generar una oferta educacional para los sectores que lo apoyaban, en particular los obreros. Aunque la educación formal no fue la única estrategia educativa, por fuera del sistema formal desarrolló numerosas acciones destinadas a la sociedad de masas que se estaba formando. Las políticas educativas se completaron con dos perspectivas didácticas diferentes, sobre todo porque revirtió la educación laica. Las nuevas posturas se vieron reflejadas en dos publicaciones, por un lado, desde la revista pedagógica *La Obra* se criticaba la caracterización memorística, enciclopedista y verbalista con la que se asociaba a la escuela y requería la presencia del Estado para aplicar una renovación de la práctica. Y por el otro, desde la revista *Guion*, se acentuaban los tópicos como Dios, patria e hispanismo que se veían reflejados en los mensajes de los funcionarios del Estado. Por otra parte, el sistema educativo se vio caracterizado por un proceso de creciente burocratización y centralización de decisiones con el objetivo de que niños y jóvenes permanecieran en el sistema y a la vez se dieran, una renovación en las técnicas de enseñanza (Perrupato, 2013; Ferreyra, 2016; Cucuzza, 1996).

En 1944 el maestro puntano Patricio Rodríguez fue designado como nuevo director de la Escuela N.º 133. Según los registros de inspección, Rodríguez era un “profesional que en el corto lapso de tiempo que lleva al frente del establecimiento ha sabido ganar para sí y para la escuela el afecto y consideración del vecindario”. De acuerdo al contexto político promovido por el peronismo, la acción educativa de la escuela trascendió a otras dimensiones de la vida social, con las que se proponía asistir a la población de menores recursos. Entre las nuevas acciones emprendidas figuran la inauguración de la “copa de leche”, la “miga de pan”, a las que se agregó la entrega de guardapolvos. En 1946 la acción social de la escuela en la localidad fue acompañada con la organización del comedor escolar, para ello se debió equipar la escuela con una cocina, mesa bancos, platos y utensilios que fueron provistos por la cooperadora escolar, en él se servía a los alumnos “diariamente” guisos, puchero, tallarines, “en condiciones higiénicas y nutritivas”.

Como se señaló con anterioridad, la escuela desarrollaba sus funciones en dos edificios: el alquilado a Martocci y otro cedido por el ferrocarril. Contar con un edificio era fundamental para albergar al numeroso alumnado y las múltiples tareas que allí se desarrollaban. Para concretar tan preciado anhelo “el Señor José María Martocci donó para el efecto, una hectárea de tierra que deberá escriturarse en breve” y la Comisión Pro-Edificio Escuela N.º 133, formada desde el año 1935, realizó el resto de las gestiones ante el gobierno nacional y logró que la obra fuera incluida en la Primera Etapa del Plan Quinquenal (1949), según quedó registrado en el *Libro histórico 1931-2002*. En 1951, finalmente, se concluye la obra del edificio escolar, que contó con 5 aulas, sala de ilustraciones, dirección, pabellón sanitario y casa, habitación para el director en un solo cuerpo. Por separado tiene casa para maestras, casilla para personal de servicio, tinglado y tanque.

El director Patricio F. Rodríguez gozaba de alta consideración por la inspección de zona, al ser descrito como un “profesional experimentado que tiene dotes de gobierno y excelentes condiciones directivas, pues ellas están reveladas en la organización de la escuela en todos sus aspectos y en la orientación que imparte a su personal de orden técnica se procuró siempre porque la labor diaria sea día a día, más fecunda, más eficiente y más fructífera”. Pero esas dotes traspasaron el ámbito laboral y se reprodujeron en el espacio familiar por ser “un hombre de hogar, correcto, caballero, tolerante, afectivo lo han hecho acreedor a la estimación de maestros y vecinos” se registraba así, en el *Libro de visita de inspectores*, una semblanza que daba cuenta del carácter del director. Ester de Alcalá, al cumplirse 50 años de la graduación de su promoción, recordaba otras cualidades del director Rodríguez, quien siempre lucía “traje oscuro y sus zapatos brillosos, demostrando su prolijidad diariamente”. El espíritu pujante de Patricio Rodríguez lo llevó a transformarse en secretario de la Comisión de Fomento, y a dar impulso en la escuela a la biblioteca escolar, la comisión de exalumnos, la sección agrícola, cooperadora y el comedor escolar.

A pesar del claro fortalecimiento de la institución escolar en el medio, desde la gestión se debieron enfrentar diversas problemáticas, la del ausentismo, no solo de estudiantes, sino que se sumaba la del personal docente –muchas maestras residían en otras localidades– situación que hacía difícil su arraigo en el pueblo. Por otra parte, la falta de textos de lectura, lápices, tiza, cuadernos, como así también “herramientas para actividades manuales de carpintería y sobre todo agrícolas” por lo que debió elevar un reclamo para que se realice un envío urgente para 100 estudiantes. En cuanto a los aspectos didácticos pedagógicos, el director encuentra explicaciones sobre por qué los primeros años de la escolaridad era problemático y aumentaba la repitencia: “por razones de distancia y escasez de medios de movilidad, ignorancia y

despreocupación de muchos padres y desconocimiento del idioma” eran los argumentos que se escribían en el *Libro de visita de inspectores*.

La Escuela N.º 133 adoptó los lineamientos educativos que imponía el sistema, al incluir en los procesos de enseñanza tópicos religiosos –como destaca también María José Billorou en su capítulo– que los inspectores dejaron asentados en las diversas visitas a la institución, fundamentado su inclusión en la currícula escolar con argumentos tales como: “doctrina nacional se ajusta a las lecciones de Jesucristo y hace del máximo precepto cristiano del amor: amaos los unos a los otros su propia base”.

Además de los cambios en la currícula escolar, el peronismo delineó en materia educativa un proceso de burocratización y centralización de decisiones, que se evidencia en las permanentes recomendaciones de las autoridades educativas por “intensificar los lineamientos del plan quinquenal y del congreso nacional de la productividad”. A la vez que, destacaban los méritos del maestro, director y secretario de la Comisión de Fomento como agente del Estado en la nueva Argentina, al caracterizarlo como “maestro responsable... Tiene la función que desempeña, respondiendo así ampliamente a la confianza que el Estado y la superioridad ha depositado en él”.

Toda esta ingeniería estatal, organizativa y pedagógica, comienza a desvanecerse al producirse el derrocamiento del peronismo. Entre las primeras medidas que se adoptan, es la de volver a la simbología civilizatoria propia del siglo XIX. El 11 de septiembre de 1956 el inspector de Seccional, acompañado por el señor Interventor Federal en la provincia, emplaza el busto de Sarmiento, y será el director Rodríguez quien en su discurso asegure que la Escuela N.º 133 “tiene presente sus preceptos”, dando cuenta de que acataba el disciplinamiento impuesto por la nueva la autoridad. Patricio Rodríguez, después de haber ejercido su cargo durante

dieciséis años, deja una institución muy diferente a la que lo recibió a principios de la década de 1940, muchos de los logros alcanzados se deben al espíritu de pujanza de este maestro.

Juanita, la directora que “dio la vida por la escuela”

Juana del Carmen Cornejo llegó a General M. Campos desde Santa Rosa, capital del territorio nacional en la década de 1940, con su flamante título de maestra, y ejerció la docencia por más de una década en la institución, mientras formaba su familia y se arraigó en la localidad. En 1961 es nombrada directora interina y dos años más tarde se la designará como titular; sus labores son reconocidas por las inspecciones que no ahorran elogios al momento de describir sus capacidades como directora: “de meritoria actuación y dotes de buen gobierno que la capacitan para asegurar y mantener la buena marcha de la enseñanza y el asesoramiento constante y técnico del personal que la secunda eficazmente en sus tareas” son las expresiones que se registraron en el Libro de visita de inspectores. El aprecio por Juanita, como la llamaban cariñosamente, se puede medir en las palabras de quienes la conocieron. Sus acciones muchas veces excedían sus funciones como directora. En 2005, por medio de una carta, la maestra Alicia Ampugnani rememoraba sus inicios al recordar “el cálido recibimiento de la señora Juanita, a quien no dejó de recordar y agradecer por su desinteresada hospitalidad en su hogar”. Seguramente, Juanita se veía reflejada en esa joven maestra, que al igual que ella llegaba a General M. Campos sin familia ni parientes a quien acudir. Por su parte, la ex alumna Norma Consiglio, en su discurso por el 25 aniversario de la graduación de su promoción, recordaba a Juana Cornejo de Torres con las siguientes palabras: “siempre predicó con el ejemplo, fue exigente y justa. La

queríamos mucho y la recordamos siempre.” O las sentidas palabras del ex alumno Marcelo Andrés Gótte, quien rememoraba a los directores como “mi querida maestra “Juanita Torres”, y al Sr. director: “Patricio Rodríguez” que muchas veces más que maestros, fueron mis segundos padres.” El reconocimiento a Juanita se hizo extensivo en el diario *La Arena*, de la capital provincial, el 20 de abril de 1996, cuando publicó el artículo “Juana Cornejo de Torres. Un ejemplo de vida”. Allí, su autor, Ricardo Consiglio hacía un *racconto* de la vida de la docente y destacaba que “nunca quiso un homenaje, hasta un día hubo que organizar una fiesta con otro motivo para que una vez en ella se enterara de que sus ex alumnos y un pueblo le estaban diciendo gracias por haber dado tanto sin nunca pedir nada a cambio. El agradecimiento de toda una comunidad se expresa en la placita que lleva su nombre: Juana Cornejo de Torres, “esa directora dio la vida por la escuela”.

Imagen 15



Juanita (en el centro) acompañada por maestras de la escuela a comienzos de la década de 1960. Archivo de la Escuela N.º 133.

Los gobiernos militares poco a poco legislaron sobre la descentralización y la transferencia de los servicios educativos a las provincias a partir de la creación del Consejo Federal de Educación, la implementación efectiva se realizó en 1978, a través del decreto N.º 21.809 que facultó al Poder Ejecutivo a ejecutar el traspaso de escuelas de nivel primario a las provincias (Billorou y Sánchez, 2011). Será en este contexto de transformación profunda del sistema educativo que la directora Cornejo de Torres llegará al final de su carrera docente al jubilarse en 1988, luego de haber ejercido como directora por veintisiete años. Juanita, trabajadora incansable, siguió siendo una persona reconocida en la comunidad, desde su negocio familiar, la botica, día a día mantuvo el contacto con los vecinos y alumnos que se acercaban al mostrador a buscar algún medicamento, en tiempos en los que no existía una farmacia en el pueblo.

Para la Escuela N.º 133 siguió un período de transición, en el que asumió la conducción la docente Dora Nélica Barroso de Maino, quien había sido secretaria y se convirtió en directora. Hacía casi treinta años que había llegado desde su San Luis natal a General M. Campos, junto a una amiga, la maestra Funes. Ambas se arriesgaron a viajar a La Pampa luego de enterarse a través de un telegrama que se necesitaban maestros para cubrir cargos en este territorio. Dora Nélica Barroso, tiene un recuerdo amoroso sobre su llegada a la localidad y su visión sobre la escuela “encontramos una escuela hermosa, nuevita” (Barroso de Maino, 2024). Las recibió el director Rodríguez, quien les dio alojamiento, primero en la misma escuela, en un aula vacía que cumplía la función de biblioteca, aunque era “un aula chiquita” pronto se sintieron a gusto. Para más tarde, trasladarse a una casa que había en el patio de la escuela, en la que las jóvenes pronto sintieron como si fuera su hogar. Hasta allí llegaban los niños, que según sus palabras

“malcriábamos” al darles caramelos y destinaban su tiempo a jugar con ellos.

Cuando Dora asumió la Dirección en el año 1988, se sucedían tiempos de cambios profundos en el sistema educativo, la reforma institucional que pronto impulsó el Ministerio de Gobierno de Educación y Justicia de la provincia de La Pampa se plasmó en políticas de descentralización y transformaciones como la del Jardín de infantes que dependía de la escuela, que fue transferido al JIN N.º 18 de la localidad de Guatraché, en octubre de 1989. Todas estas transformaciones y la oportunidad de una pronta jubilación la convencieron de que era tiempo de acogerse al retiro.

El nuevo escenario de grandes transformaciones socioeconómicas y educativas se avecinaba cuando llegó a la dirección Dora Alicia Martínez de Schlosser. Con sus títulos de Profesora Nacional de Educación Primaria y Profesora de Educación Especial, inició su trayectoria como maestra en 1979 y fue nombrada directora en 1990. Al ser entrevistada, recordó sus primeros años como docente, la travesía de trasladarse desde el campo, junto a sus estudiantes, en la camioneta de la Municipalidad de General M. Campos para concurrir a la escuela, que en el decenio de 1980 operaba en jornada simple¹. En retrospectiva, Dora Martínez de Schlosser observó con orgullo su tarea, viendo el fruto de su trabajo en muchas exalumnas que ella formó, las cuales se han jubilado como docentes del establecimiento (Martínez de Schlosser, 2024).

Uno de los retos más significativos que enfrentó la directora Martínez de Schlosser durante su gestión frente a la Escuela fue la implementación del Convenio de Instalaciones Compartidas, firmado en 1990 con el director del ciclo básico. El acuerdo no solo

1 Por Resolución 12/79, el Ministerio de Gobierno, Educación y Justicia dispuso que, a partir del 1º de marzo de 1979, todas las escuelas con modalidad de Jornada Completa pasarán a funcionar como Escuelas Comunes. *Libro Histórico (1931-2002)*

involucró a la escuela, sino que también contó con el valioso apoyo de las familias, quienes expresaron sus deseos de mantener intacta las horas de escolaridad primaria. Así, la convivencia con el nivel secundario fue posible al finalizar la jornada escolar de primaria.

Las mejoras institucionales representan otro desafío a la hora de dirigir una institución educativa, por ello se realizaron importantes reformas edilicias que mejoraron las condiciones laborales del personal. Uno de los logros más esperado, la instalación de una bomba sumergible, que no solo benefició a la escuela y sus prácticas agrícolas, sino que también sirvió al ciclo secundario y llegó a algunas viviendas de la localidad. Por último, no se puede dejar de mencionar que tal logro se materializó gracias a la gestión de un subsidio y a la colaboración entusiasta de la Cooperadora Escolar y la Municipalidad de General M. Campos.

La Escuela N.º 133, sin dudas, supo forjar vínculos valiosos con la comunidad, tal como ocurrió en ocasión de pintar la institución. Junto con la Cooperadora, invitaron a las familias a participar de la comunidad escolar, por ejemplo, en un ciclo de charlas. Realizaron bonos de contribución que permitieron adquirir elementos de Educación Física, además de llevar a cabo rifas y espectáculos para renovar el establecimiento. En el plano didáctico pedagógico, la documentación que guarda la escuela atesora los elogios recibidos por la dedicación y el esfuerzo de las maestras, que se tradujeron en premios por las diversas actividades escolares realizadas. Esto da cuenta, en palabras de Dora Alicia Martínez de Schlosser, de la calidad educativa obtenida por sus egresados cuando continuaban sus estudios en otros establecimientos, el nivel educativo alcanzado por la Escuela N.º 133, dejó muy bien sentado el prestigio ante el resto de la comunidad educativa. Cierra la entrevista con la afirmación: “Vuelvo a reiterar que siempre fue una escuela muy pujante y con un muy buen nivel de enseñanza. Gracias” (Martínez de Schlosser, 2024).

Ecós de una nueva normativa: Ley Federal y sus raíces en la escuela

Durante la década de 1990, la transformación educativa se produjo en el marco de un cambio más amplio en la administración del Estado, en el que se profundizó la descentralización, privatización y desregulación de los servicios sociales. En este contexto, las decisiones educativas comenzaron a transferirse a los gobiernos locales y regionales, como ya se explicó en el capítulo de María José Billorou. El cambio, enmarcado en la Ley Federal de Educación (Ley N.º 24195/93) buscó adaptar la educación a las realidades específicas de cada comunidad, pero también abrió las puertas para la profundización de las desigualdades existentes. En medio de este panorama cambiante, la directora Martínez de Schlosser dejó una huella significativa, al dar paso a la maestra María Marta de la Fuente, quien asumió la dirección de la institución y ocupó el cargo durante más de una década, desde 1991 hasta 2002.

María Marta de la Fuente creció en un entorno familiar vinculado a la educación. Esta sólida base la inspiró a seguir una carrera que estuviera relacionada con la enseñanza. Cuenta en la entrevista que le fuera realizada para este libro que, en sus comienzos, fue recibida con gran entusiasmo por parte de la comunidad educativa, lo que facilitó su adaptación y la integración en la comunidad escolar. Entre sus vivencias destaca las características únicas de la población escolar durante su mandato. Ella recuerda cómo, en sus primeros años en la escuela, la mayoría de los alumnos provenían de zonas rurales. En aquellos tiempos, la llegada de los estudiantes era un espectáculo pintoresco, “venían en carritos rusos” (de la Fuente, 2024). De la Fuente, describe con fervor que uno de los desafíos más destacados se presentó con la diversidad de origen de los estudiantes, lo que incluía dificultades

relacionadas por la barrera del idioma. Estos aspectos, particularmente significativos en su experiencia, marcaron un periodo de adaptación y superación en la vida escolar de aquellos tiempos. María Marta de la Fuente también sintió la inquietud de atender las necesidades de sus alumnos, en su mayoría de origen ruso-alemán. Por esta razón, se incorporaron materias agropecuarias con el fin de potenciar el contexto rural en el que vivían, junto a las asignaturas tradicionales como educación física, música y actividades plásticas.

Imagen 16



María Marta de la Fuente (a la derecha) y Dora Alicia Martínez (a la izquierda) durante un acto escolar. Archivo de la Escuela N.º 133.

De la Fuente resaltó la relevancia que tuvo para el éxito educativo el respaldo y la colaboración de los padres durante su mandato. También contó con la valiosa asistencia de una excelente

Cooperadora que trabajó con ella durante diez años. Este equipo fue esencial para la estabilidad y continuidad en la escuela. A pesar de los cambios en el personal, la normativa y la estructura educativa, sostuvo con emoción que siempre contó con el apoyo de la Cooperadora.

La gestión de diferentes niveles educativos fue otro aspecto destacado del mandato de esta directora. Su gestión se desarrolló en un período histórico marcado por la implementación de la Ley Federal de Educación. El marco legal estableció que era obligatorio el jardín de infantes, los nueve años de escolaridad primaria (EGB) y el nivel polimodal, este último no obligatorio. A la luz de estos hechos, la ex directora supervisó la transición de la escuela de una jornada escolar dividida en mañana y tarde a una jornada extendida, así como la incorporación del nivel secundario. María Marta de la Fuente recuerda el desafío de gestionar la institución en el contexto de estos cambios estructurales², que abarcó desde el nivel inicial hasta el tercer ciclo de la Educación General Básica.

La ex directora, María Marta de la Fuente, destacó, una vez más, la profunda conexión entre la escuela y la comunidad local. Durante una época de limitaciones presupuestarias, en la que se redujo la financiación por parte del Estado, la Cooperadora jugó un papel fundamental en el mantenimiento de la infraestructura escolar, como así también las donaciones de las familias. Entre las mejoras importantes, destacó el inicio de la instalación del gas y el cambio de toda la red eléctrica, actividades que se llevaron a cabo durante los períodos de vacaciones. En este contexto de reformas y de bienestar escolar, la comunidad se movilizó por el

2 De acuerdo al expediente 5959 /96 Reformulación de la Escuela Jornada Completa Res 882/96. El Ministerio de Educación resuelve: Aprobar el Proyecto de Reformulación de las Escuelas Jornadas Completas elaborado por la Dirección General de Educación Inicial y Gral. Básica que se aplicará a partir del término lectivo 1997. *Libro Histórico* (1931-2002).

pueblo para obtener artículos para subastar, y el evento resultó ser un éxito, en el cual se evidenció el compromiso y la solidaridad en tiempos de desafíos económicos.

Por otra parte, las experiencias extraescolares que reflejan el sólido vínculo entre la escuela y la comunidad se manifestaron en el trabajo conjunto para organizar campamentos y viajes educativos a la ciudad de Buenos Aires. Estas actividades ofrecieron a los estudiantes la oportunidad de visitar lugares emblemáticos como el Teatro Colón, el Zoológico, el Congreso Nacional y el Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Se sumó la participación continua en eventos como las Olimpiadas de Matemáticas, competencias interescolares y Ferias de Ciencias. Estas últimas actividades, inherentes al contexto escolar, incluyeron la implementación de cursos para fortalecer la metodología en investigación y la recepción de una ingeniera agrónoma del INTA, quien ofreció charlas sobre la Huerta Orgánica.

La labor de María Marta de la Fuente marcó un impacto profundo en la Escuela N.º 133, a pesar de las condiciones que impuso el período de transferencia y reestructuras económicas. Su compromiso y dedicación sentaron las bases para un aprendizaje enriquecedor, que continuó con la llegada de Perla Esmeralda Martocci, quien debió enfrentar una gestión marcada por una severa devaluación y una fuerte recesión.

Perla Esmeralda Martocci: la primera egresada que llegó a la dirección

La directora Perla E. Martocci asumió el cargo en el año 2002, transformándose en la primera egresada de la institución educativa de General M. Campos en acceder a la dirección de esa escuela. Nacida y criada en dicha localidad, realizó sus estudios de magisterio en la ciudad bonaerense de Darregueira y retornó a

General M. Campos para desarrollar su profesión en la misma escuela por la que transitó su niñez. Su último trayecto, como docente, la encontrará al frente de la escuela en una etapa marcada por los problemas económicos derivados de la crisis que afrontaba el país. Durante el periodo, por ejemplo, el gobierno introdujo tres monedas alternativas para facilitar las transacciones, debido a la falta de confianza en el peso. Al inicio de su ciclo lectivo, la directora dio comienzo a una etapa renovadora en la gestión escolar y buscó nuevas formas de administrar la economía de la institución.

Imagen 17



Perla E. Martocci (izquierda) y Silvia O. Stalldecker (derecha). Archivo de la Escuela N.º 133.

Debido al contexto, la institución decidió aceptar Lecop³ como forma de pago, tras el cierre de la cuenta en pesos. Así, en el año 2002, se registró la primera cuota recibida para gastos de funcionamiento. Tal decisión reflejó la adaptación de la escuela a un entorno financiero inestable. A pesar de las dificultades, la institución mantuvo su fortaleza para responder a las demandas de la comunidad. En ese marco, se coordinó el Proyecto Educativo Institucional (PEI), con iniciativas como el “Proyecto de Orientación y Tutorías” para el tercer ciclo y el de Huerta Escolar, liderado por el docente Aníbal Raúl Lehr. La escuela, situada en el proyecto del profesor, participó en el “VI Encuentro de Niños Horticultores” y en diferentes eventos de Feria de Ciencias, que dieron cuenta de su compromiso con la educación práctica y el desarrollo integral de los alumnos. Es notable, durante su período como directora, la cantidad de trabajos que la Escuela N.º 133 presentó en instancias regionales, provinciales y nacionales de Feria de Ciencias, como se puede ver en el capítulo de Federico Martocci y Aníbal Raúl Lehr en este libro. Sin duda, esa es una muestra del trabajo en equipo que implementó el grupo docente de la institución, pero también de la relevancia que se le asignaba desde la dirección a esas actividades, inclusive en un contexto que no era óptimo en términos económicos.

De igual modo, se documentó en libros de actas las experiencias de varios viajes, entre ellos, un viaje a San Martín de los Andes con el tercer ciclo para participar de un campamento educativo, a la ciudad de Santa Rosa, en el cual los estudiantes visitaron la Honorable Cámara de Diputados, el Parque Luro y la estancia “El Monasterio”, dedicada a la cría de ciervos. El objetivo de dicha actividad escolar fue investigar sobre el ciervo como potencial

3 Los Lecop eran una serie de bonos emitidos por el gobierno nacional. Se crearon en 2001 con el objetivo de recaudar fondos para pagar la deuda pública. Los Lecop podían ser utilizados como moneda de curso legal.

económico –según se especifica en el *Libro Histórico* de la escuela–, conocimientos que reflejaron el compromiso de la institución con la realidad y las necesidades de la comunidad escolar. Por la misma senda de colaboración y responsabilidad, la Cooperadora, bajo la dirección de Perla Esmeralda Martocci continuó con el desempeño de un papel fundamental, al concretar importantes donaciones para introducir el cine y el arte de la comunicación en la escuela. Con este espíritu, la Cooperadora donó un proyector y una videograbadora para el uso exclusivo de la institución, además de sostener los arreglos de la fotocopiadora. Asimismo, la Municipalidad, como en ocasiones anteriores, desempeñó una función clave en las mejoras que embellecieron y enriquecieron el espacio educativo. Con la jubilación de dicha directora, en junio de 2009, se abrió un nuevo capítulo en la gestión escolar al asumir la docente Mariela Pilar Weinberger. Ella trajo consigo la energía de su experiencia como maestra en el primer ciclo, en el cual enseñó con dedicación en los primeros grados.

Ley Nacional de Educación: desafíos renovados

La llegada de Mariela Pilar Weinberger a la gestión resonó en un tiempo de transformación, marcado por la Ley Nacional de Educación (N.º 26206), sancionada en 2006, que extendió el camino hacia una educación obligatoria. A partir de ese momento, se hizo imperativa la sala de 5 del Nivel Inicial, así como 6 años de educación primaria y 6 de educación secundaria, se consolidó un enfoque pedagógico integral e inclusivo. Su gestión enfrentó importantes cambios, siendo el más relevante, aunque debatido, la transición del tercer ciclo y el traspaso de los alumnos de séptimo grado al nivel secundario.

Imagen 18

Mariela Weinberger. Archivo de la Escuela N.º 133.

A raíz de los cambios propuestos por la Ley Nacional, la escuela se vio inmersa en otras transformaciones significativas. Una de las más destacadas fue la implementación de un nuevo horario para las instituciones de Jornada Completa, que, según el Expediente 3887/11 del decreto N.º 547, se estableció de 8 a 15 horas. Weinberger recordó que, durante su gestión, la administración del comedor escolar, especialmente en el período 2012-2013, representó un desafío considerable. Organizar el servicio de comidas resultó ser una tarea complicada debido a las limitaciones presupuestarias; los fondos asignados eran insuficientes para cubrir todas las necesidades del comedor. En consecuencia, la

Cooperadora cubrió el déficit necesario y garantizó que los alumnos recibieran sus comidas diarias. Además de los desafíos asociados con el comedor, la Cooperadora también intervino en otras áreas fundamentales de la vida escolar y garantizó los recursos necesarios para el mantenimiento de la escuela y la compra de útiles y libros. Asimismo, asumió el costo de artículos esenciales, como guardapolvos y zapatillas para los estudiantes. Tales compromisos, como tantos otros, no pasaron desapercibidos; de hecho, la dirección de la escuela y todo el personal recibieron elogios por la Coordinadora Zonal, quien reconoció la dedicación, responsabilidad y compromiso de la escuela en el acompañamiento de las trayectorias escolares de los alumnos y por el cumplimiento de los ejes de la política educativa: inclusión, calidad y convivencia, según quedó registrado en el *Libro de Actas* de ese periodo. Ante los escasos recursos que el Estado brindó, las redes de solidaridad comunitaria sostuvieron a la escuela y a sus niños, situación que sin dudas da cuenta de la alta estima y valoración que existía en torno a la institución educativa.

La colaboración y el esfuerzo compartido dieron paso a nuevos cambios en el ámbito pedagógico. Las políticas educativas relacionadas con la ampliación de los Derechos Humanos incorporaron al sistema escolar nuevos enfoques y prácticas, como la Promoción Acompañada, la Secuencia Pedagógica y la Convivencia Democrática dentro de las instituciones. Estas líneas de política educativa se convirtieron en los pilares del accionar educativo en las aulas. Otras acciones pedagógicas, características de la escuela, continuaron fortaleciendo tradiciones y líneas previas de gestión. Durante este periodo, la escuela consolidó su presencia en las Olimpiadas de Matemáticas “Ñandú” y en las Ferias de Ciencias y Tecnología, siendo parte fundamental del proyecto educativo. Además, se sumó el “Encuentro de Niños Horticultores”, en colaboración con el INTA. Cabe destacar que el

proyecto titulado “El poder de la piretrina” obtuvo un notable tercer puesto a nivel nacional, lo que permitió su publicación. A modo de balance, y a pesar de los desafíos que enfrentó Weinberger, al ser entrevistada reflexionó con satisfacción sobre su experiencia en la enseñanza. Con un tono de nostalgia, afirmó que, si tuviera la oportunidad de retroceder en el tiempo, “elegiría nuevamente esta profesión, sin dudarlo” (Weinberger, 2024).

Con importantes transformaciones en la organización de la estructura educativa, consolidándose y con una infinidad de desafíos en marcha, la dirección de la escuela pasó a manos de Silvia Olga Stalldecker, quien asumió el cargo de directora en el año 2014, tras haber ocupado otras funciones en la misma institución de General Campos. Allí se mantuvo como directora hasta 2016, cuando optó por el beneficio de su jubilación. En su relato acerca de sus años en la escuela y los desafíos que enfrentó en la educación rural, la ex directora explicó que la orientación hacia la jornada extendida y la incorporación de actividades agropecuarias, como la huerta, no surgieron de una preferencia específica de los estudiantes. En realidad, sostuvo que, las decisiones se tomaron en respuesta a la necesidad de ofrecer una opción educativa accesible y cercana debido a que era la única alternativa viable en la zona debido a su proximidad.

Respecto al trabajo con el personal docente, Silvia Olga Stalldecker destacó la estabilidad y cohesión del equipo a lo largo de los años. En la entrevista, señaló que tuvo el privilegio de trabajar con el mismo grupo de colegas durante un extenso periodo, lo que contribuyó a una notable permanencia en el personal. También enfatizó el sentido de unidad y colaboración dentro del equipo, al afirmar que “siempre tiraban para el mismo lado” (Stalldecker, 2024). En este punto, recordó con cariño a sus colegas Aníbal Raúl Lehr y Alicia Álvarez, quienes desempeñaron roles importantes en la escuela y siempre estuvieron involucrados.

Durante sus últimos años en la escuela, la dirección de Silvia Olga Stalldecker se vio inmersa en un torbellino de desafíos que se intensificaron. En la entrevista, manifestó la preocupación de notar que sus estudiantes estaban más dispersos y que sus métodos de enseñanza no siempre se alineaban con lo que se exigía en ese momento. De manera concreta, para abordar algunas inquietudes, asumió la responsabilidad del clima institucional y organizó un encuentro con una profesional para abordar el tema de los límites a los niños. En consonancia, tomó la decisión de clausurar la puerta que unía el colegio secundario con la primaria debido a los problemas que la conexión había presentado. Además, se llevaron a cabo encuentros bajo el lema “Comunidad-Escuela-Familia”, donde se invitó a un doctor de Salud Pública para ofrecer charlas sobre “Mediación”. Resulta notable observar cómo la escuela comenzó a enfrentar estas problemáticas. De este modo, se puede evidenciar una tensión entre una institución casi centenaria y la llegada de nuevos paradigmas, que incluyeron la emergencia de distintas subjetividades, contextos sociales variados, nuevas formas de expresión y dinámicas entre niños y jóvenes. En respuesta, la escuela se movilizó rápidamente y buscó herramientas y soluciones para comprender e intervenir en la realidad que se presentaba.

A la luz de esto, es pertinente destacar que la educación se considera un derecho humano fundamental. Durante los gobiernos kirchneristas, se implementaron numerosas políticas de inclusión social y educativa. Tanto en las fuentes escritas como en el relato de Silvia Olga Stalldecker se puede observar, claramente, una tensión: por un lado, la conflictividad derivada de la transformación social posterior a la crisis de 2001 y, por otro lado, las políticas pedagógicas de inclusión promovidas por estos gobiernos.

Así, mientras el comedor se abría para los chicos del campo y aseguraba que todos los que desearan asistir pudieran hacerlo,

la escuela recibió camiones con provisiones y productos de limpieza de la provincia. A su vez, el gobierno nacional envió libros y material de laboratorio, ofreciendo garantías para que los estudiantes tuvieran acceso a recursos esenciales para su aprendizaje. En ese tapiz de derechos y luchas, emergieron nuevas voces y paradigmas, y la diversidad se convirtió en un refugio de oportunidades, en el cual el derecho a aprender se entrelazó con el compromiso de una comunidad en constante evolución.

En el ámbito pedagógico, la problemática del Río Atuel⁴ cobró relevancia significativa en la educación primaria desde el retorno de la democracia y el reciente reavivamiento de la causa judicial con Mendoza. Este tema ha recuperado centralidad como política de Estado en La Pampa, convirtiéndose en una cuestión crucial para la escuela. En concordancia, la comunidad escolar participó activamente en la temática, al evidenciar la lucha por la defensa de los derechos pampeanos sobre la cuenca interprovincial. Para concientizar sobre la situación, la escuela proyectó un video que ilustraba la importancia del Río Atuel y los desafíos que enfrentaba. En un acto de conciencia, los alumnos de la primaria se movilizaron hasta la Municipalidad y el Banco de La Pampa, para entregar pliegos en “Defensa de los derechos pampeanos sobre la cuenca interprovincial del Río Atuel”, con el objetivo de que la población tomara conocimiento sobre la importancia del recurso hídrico.

Así, con un legado repleto de enseñanzas y momentos compartidos con la escuela y la comunidad, la directora Stalldecker,

4 Para obtener más información sobre esta problemática, se recomienda consultar el trabajo de Langhoff, Laura; Rosell, María Patricia; y Gernaldi, Alejandra Mabel, titulado “El Río Atuel y el conflicto por el acceso al agua en La Pampa y Mendoza”. Este artículo, publicado en el Boletín Geocritica Latinoamericana, volumen 1, en octubre de 2018, abarca las páginas 75 a 90 y ofrece un análisis detallado del conflicto hídrico en la región.

cerró un capítulo y dio paso a una nueva etapa en su vida, jubilándose tras años de profundo compromiso con la educación.

Posteriormente, fue el momento de María Angélica Kette, oriunda de Guatraché, quien comenzó su trayectoria educativa en la Escuela primaria N.º 113. Aunque su sueño era convertirse en abogada, la situación económica marcó un cambio de rumbo que la condujo a estudiar magisterio. Se graduó en 1989 y un año más tarde se convirtió en maestra jardinera. Comenzó sus labores como maestra en Colonia Santa Teresa y su recorrido docente la llevó a afincarse en General M. Campos hacia el año 2000. Con una carrera que abarcó desde la enseñanza primaria hasta el jardín de infantes, María Angélica Kette asumió la dirección de la Escuela N.º 133 en el 2016. Su paso por la dirección culminó después de siete años de dedicación y compromiso. En la entrevista que le hicieron para la edición de este libro, la ex directora recordó los desafíos que enfrentó al asumir la dirección de la escuela. Uno de sus primeros grandes retos fue volver a formar una Cooperadora, una tarea que pareció sencilla en teoría, pero resultó ser crucial en la práctica. Para llegar a su objetivo, ella recorrió las casas del vecindario en busca de personas dispuestas a involucrarse y vivió la tarea como un desafío, ya que muchos no estaban dispuestos a asumir ese compromiso, según relata, lo que demostraría cierto cambio en la relación escuela comunidad en comparación con épocas anteriores. Sin embargo, una vez que logró constituir la Cooperadora, pudo mantenerla activa durante sus años como directora. Con su apoyo realizó mejoras significativas, como la instalación de aires acondicionados y televisores en cada aula, y amplió la red de internet.

En cuanto a lo pedagógico, en su trayectoria profesional, la directora Kette confió en la capacidad de las y los maestros para adaptar el grupo a su estilo personal de conducción institucional. El último periodo en la dirección lo percibió como otro reto

que debía enfrentar. Sintió que el ambiente en las aulas era más bullicioso y las exigencias de las políticas educativas comenzaron a pesarle ante las nuevas demandas que imponía el sistema. Respecto a la enseñanza, contó que su método tradicional, basado en la atención y la escucha, ya no encajaba con la dinámica actual del aula, situación que refleja los cambios de época y cómo la institución debió adaptarse a las nuevas realidades de las infancias.

María Angélica Kette advirtió que en cada día laboral nuevos desafíos debía enfrentar y, con ellos, la necesidad de encontrar formas creativas de apoyar a los estudiantes. A pesar de tales tensiones, la escuela no se encontró sola y siempre contó con la compañía de la comunidad. De hecho, la Municipalidad de General M. Campos ayudó para que niños y niñas con ciertas dificultades pudieran ser atendidos y diagnosticados pedagógicamente. Como así también los servicios educativos quienes capacitaron sobre protocolos de intervención.

A pesar de ello, sostuvo que el aumento de la inclusión, que implicaba otras formas de enseñar y rompía con la homogeneidad del aula, se convirtió en otro problema importante debido a la falta de apoyo necesario. Subrayó que, aunque se hablaba mucho del tema, la falta de recursos y de preparación para recibir adecuadamente a todos los alumnos hizo que fuera más una aspiración que una realidad efectiva. Otra problemática que presentó el cuerpo directivo fue la preocupación por los niños que trabajaban, ya que perdían la oportunidad de “ser niños en plenitud”, según se plasmó en el *Libro de Actas*.

Es notable destacar aquí que la escuela nació en un entorno rural y humilde, respondió a las necesidades de su comunidad mediante el comedor y el apoyo escolar, al brindar asistencia en la medida de sus posibilidades. Además, se enfocó en capacitar a los estudiantes en temáticas agrícolas, lo que permitió que aquellos

niños que no continuaban sus estudios desarrollaran habilidades esenciales para el trabajo rural. Si se tiene en cuenta el relato de la ex directora, el hecho de que en el año 2022 aún haya niños de la escuela que se ven obligados a trabajar revela que el perfil social que atiende continúa y refleja las realidades de sus inicios, aunque con las huellas de contextos sociotemporales distintos. Esta realidad resalta la misión inquebrantable de la escuela: adaptarse y responder a las necesidades de su comunidad,

Fiel a sus objetivos institucionales, también la escuela en este periodo se hizo presente en las Ferias de Ciencias y Tecnología, así como en el encuentro de “Niños Horticultores” en INTA (Anguil). Y, por primera vez, se llevó a cabo el “Operativo Aprender” para alumnos de tercero y sexto grado, junto con una campaña de solidaridad para los inundados en Corrientes.

Desde la perspectiva de Kette, las limitaciones de espacio y de personal hicieron que la gestión fuera aún más complicada. Se sumó la época de la pandemia de COVID que, según la ex directora, intensificó algunas dificultades propias de la situación del momento.

Como en cada final hay un nuevo comienzo, tras la jubilación de Kette, la sucedió Marcela Anahí Costoya, quien asumió la dirección en 2023. Nacida en General Acha, la docente cursó casi toda la primaria en la Escuela Rural “La Noria”. Luego completó sus estudios secundarios en Alpachiri y, finalmente, se formó como docente en el Instituto Alberdi de Guatraché. En 2004, comenzó a trabajar en General M. Campos, donde permaneció hasta el 2023 como maestra de grado. Su etapa como directora fue breve: comenzó el 6 de febrero de 2023 y se extendió hasta el 2 de octubre del mismo año.

Imagen 19



María Angélica Kette durante su discurso en el acto por el centenario de la escuela. Archivo de la Escuela N.º 133.



Imagen 20

Anahí Costoya. Archivo de la Escuela N.º 133.

En la entrevista realizada en el marco del centenario de la escuela, recordó con entusiasmo cómo llegó a ser maestra y destacó que la necesidad de trabajar fue el motor principal detrás de su decisión. Un recuerdo particularmente vívido de esos días es el de los lunes, cuando, después de una jornada agotadora, se enfrentó a una montaña de asaderas y ollas por lavar. Al mirar esa pila interminable, se hizo una promesa a sí misma: debía estudiar y recibirse como maestra para no pasar toda su vida lavando platos. Con determinación, se propuso lograrlo y, en un tiempo récord de dos años, alcanzó su objetivo. El relato de Marcela Anahí Costoya se insertó en una historia más amplia sobre el rol de la mujer. Su papel en la escuela simboliza no solo el crecimiento individual, sino también la continuación de una lucha colectiva por la igualdad. Al asumir su responsabilidad, no solo enseña, sino que se convierte en una fuente de inspiración para las nuevas generaciones. Sus palabras son ecos de las batallas pasadas y una promesa de continuas transformaciones en el rol de la mujer.

Durante su carrera, Marcela A. Costoya alternó enseñar en los primeros años con Mariela Pilar Weinberger y luego continuó en los primeros grados sola. Cuando se unió al equipo, se sintió bienvenida de inmediato. La escuela se convirtió en una gran familia en la que todos se complementaron y se apoyaron mutuamente. Expresó sus sentimientos por la escuela al afirmar: “las relaciones perduran hasta hoy; nos juntamos afuera también para los cumpleaños y otras cosas” (Costoya, 2024). En este sentido, su relato vislumbra una trama de solidaridades laborales que trasciende los límites de la escuela, transformándose en vínculos personales que acompañan la vida de las maestras.

La ex docente mencionó que disfrutó mucho de su trabajo, a pesar de las dificultades que surgieron, ya que, a veces, las cosas no salían según lo planificado y había que adaptarse a los desafíos del momento. Además, destacó que la comunidad de General M.

Campos siempre mostró un gran apoyo hacia la escuela; para ella, el compromiso y respaldo de la comunidad fueron fundamentales. Con esos recuerdos latentes grabados en su corazón, Costoya dejó la dirección y, en el 2024, Ana Rosalía Gisler asumió el cargo por concurso.

Gisler nació en Alpachiri, allí cursó tanto la primaria como la secundaria. Luego completó sus estudios de magisterio en Darregueira. Como un desafío para su carrera profesional, decidió presentarse al concurso para cubrir el cargo de la dirección de la escuela de General M. Campos. Ella contó que el cambio fue significativo, porque no contaba con una trayectoria en la institución. Durante su entrevista, mencionó que, en ese momento, todavía estaba en proceso de adaptación, especialmente con la modalidad de jornada completa. En la actualidad, la gestión del comedor escolar, que abarca desde lo nutricional hasta lo económico, es un aspecto clave de su trabajo que requiere mucha atención por las implicancias que esa tarea demanda.

Hoy en día, la escuela tiene 110 alumnos, muchos de ellos de la zona rural, cuyos hijos asisten con el transporte escolar. La zona rural abarca desde la Escuela de Colonia San Juan, que absorbe a 6 o 7 alumnos, hasta el campo Amancay. Ana Rosalía Gisler explicó que la mayoría de los habitantes son tamberos que provienen de provincias como La Rioja, Entre Ríos, Córdoba y Corrientes vinculadas a la cuenca lechera. También hay, temporalmente, familias de Buenos Aires y otras que están establecidas en el pueblo.

El nuevo perfil demográfico de la zona, que la ex docente describe en la entrevista, da cuenta de las transformaciones productivas del entorno urbano y rural de General Campos. La escuela nació para brindar educación a los niños argentinos, hijos de colonos extranjeros, a quienes había que transformar en ciudadanos. En la actualidad, la institución escolar continúa adaptándose a diferentes entornos culturales, ya que los niños provienen

de distintas regiones. Como señala Gisler, el cambio de provincia trae consigo un movimiento en lo pedagógico, ya que el paradigma de la inclusión siempre requiere un período de transición y adaptación. Además, el surgimiento de las distribuidoras representa otro desafío para la escuela, puesto que la población que asiste, al venir de otros lugares, presenta necesidades diferentes que la institución debe abordar.

En síntesis, es notable observar cómo el contexto regional, tanto urbano como rural, está en constante transformación y cómo quienes tuvieron la responsabilidad de gestionarla acompañaron los cambios y enfrentaron grandes desafíos. Desde la integración de nuevas políticas educativas y la atención a la diversidad, la escuela ha ofrecido alternativas para responder a las necesidades de la localidad, al trabajar en conjunto con la cooperativa y los miembros de la comunidad en general. En este sentido, las voces que han dejado sus testimonios, ya sean escritos u orales, atestiguan el continuo crecimiento de la Escuela N.º 133 y su misión educativa en la comunidad.

Pedro Inchauspe: maestro y escritor.

La escuela en sus relatos folklóricos

Melina E. Caraballo

En este capítulo se abordará el rol que desempeñó el maestro y escritor Pedro Inchauspe, no solo dentro del aula, sino especialmente a partir de su preocupación por vincular la educación con el folklore local. Al respecto, se indagará cómo a través de su labor en escuelas como la de General Campos, situada en la inmensidad del Territorio Nacional de La Pampa, estableció un claro vínculo con el entorno rural, un elemento que impregnó cada una de sus obras.

A continuación, se presentará un breve recorrido por la biografía del maestro cordobés, que incluye desde su juventud, pasando por sus años de madurez, hasta llegar al final de sus días. En esta cronología, además, se detalla la producción literaria de Inchauspe, en la que se advierte su interés por la transmisión de las tradiciones populares, la que constituye un verdadero legado en la intersección entre la educación y el folklore.

Voces del terruño: el despertar intelectual de Inchauspe

De acuerdo con la semblanza que escribió su entrañable amigo, Pedro Berdiales, con quien transitó por los mismos caminos, Pedro Antonio Inchauspe nació 1896, en Laboulaye (Córdoba); hijo de Dominga Lamothe y Juan Inchauspe. Luego, en 1904, su familia se trasladó a Buenos Aires donde continuó con su educación, aunque nunca olvidaría su lugar de origen, tal como lo evoca, por ejemplo, en la dedicatoria que escribe en *La tradición y el gaucho* (1956) en recuerdo de un homenaje recibido por sus coterráneos: “A Laboulaye –mi pueblo natal, en la provincia de Córdoba– que, en 1952, conmovió la serenidad de mi vida con sus inolvidables homenajes”. Si bien no fue posible hallar información sobre su vida personal, más allá de la aportada por Berdiales, es posible afirmar que Inchauspe se casó con Eloísa Risso, a quien se menciona en el material de archivo de la Escuela N.º 133, y tuvo una hija, Ana María Inchauspe.

Hacia 1911, aproximadamente, ingresó en el Colegio Nacional de Buenos Aires, pero luego de algunas dificultades, Inchauspe abandonó esta institución. En 1915, inició su formación como maestro en la Escuela Normal N.º 2 –actualmente denominada “Escuela Normal Superior en Lenguas Vivas N.º 2 “Mariano Acosta”–, fundada en 1874 y que en sus comienzos estuvo destinada a la formación de maestros y profesores varones. De manera casi simultánea a esta carrera, también empezaba a abrirse camino como escritor. Su primera participación fue a instancias de un certamen literario organizado por una revista de distribución gratuita, en el que obtuvo un premio por su cuento “Bajo el sol de la pampa”, el que sería sin duda el germen de su producción literaria.



Imagen 21

Retrato de Pedro Inchauspe, realizado por el pintor y carbonista Ramón Subirats. Tomado del libro *Voces y costumbres del campo argentino* (1942).

Años más tarde, entre 1919 y 1920, suma a su tarea docente la de periodista, al oficiar como cronista, en la sección dedicada a la instrucción pública, de un diario de poca circulación, según Germán Berdiales. Pero es a partir de esta actividad que conoce a Ángel Gallardo, presidente del Consejo Nacional de Educación entre 1916 y 1921, a quien visitaba algunas tardes en su despacho. Durante estas visitas también tomó contacto con reconocidas personalidades del campo de la educación y de la literatura, como es el caso de Juan P. Ramos (vocal del Consejo Nacional de Educación entre 1916 y 1922), Próspero Alemandri (designado como Subinspector General de Escuelas de Territorios y Colonias Nacionales en 1919) y el poeta Leopoldo Lugones (también director de la Biblioteca Nacional de Maestros entre 1915 y 1938).

Estos vínculos no resultan azarosos si se analiza el itinerario de Inchauspe sobre todo en relación con el folklore, puesto que estas figuras con las que interactuaba durante sus visitas a Gallardo desempeñaron un rol fundamental en la esfera nacional. Por un lado, Ramos, como vocal, en 1921 presentó ante el Consejo Nacional de Educación una propuesta para realizar una encuesta en todo el país para recopilar la literatura popular. Estas encuestas serían llevadas a cabo por maestras y maestros nacionales, quienes debían reunir el material disperso que constituía el acervo folklórico argentino. A su vez, entre las instrucciones al magisterio se explicitaba que en la tarea de recolección debían dejar de lado las tradiciones relacionadas con los inmigrantes. Este proyecto se enmarcó en un momento en el que la recuperación o construcción de pasados y tradiciones nacionales fue entendida como una prioridad. En este sentido, tal como lo destaca la historiadora Lilia Bertoni (2001), la escuela no se mantuvo al margen; de hecho, desde fines del siglo XIX había acentuado la necesidad de impartir contenidos nacionales, impulsando la realización de actos escolares y reviviendo cada fiesta patria. En sintonía con lo anterior, Gallardo afirmaba, en un artículo publicado en 1920 en *El Monitor de la Educación Común*, que “la escuela es un verdadero centinela de la nacionalidad que debe formar el espíritu mismo de la población y crear el sentimiento patriótico en medio de la ola cosmopolita”. Por otro lado, no menos importante resulta el vínculo que mantuvo con Lugones, con quien compartía largas charlas en la Biblioteca, de acuerdo con el testimonio de Berdiales. El célebre poeta, además de haber sido un reconocido intelectual durante el Centenario de la Revolución de Mayo de 1910 –al igual que otras figuras de trascendencia nacional, como Manuel Gálvez o Ricardo Rojas–, se manifestó en favor del nacionalismo argentino. A su vez, Lugones jugó un rol central en las discusiones que giraron en torno al lugar que debía ocupar el poema gauchesco

de José Hernández, *Martín Fierro*. Su propuesta se centraba en la idea de crear un mito argentino en torno a la figura de Martín Fierro, como un símbolo de valor patriótico, en contraposición a la imagen que se tenía del inmigrante. Esta postura que el poeta presentó en su ciclo de conferencias pronunciadas en 1913 en el teatro Odeón y que tenía como protagonista al gaucho como arquetipo del espíritu nacional parece haber tenido eco en toda la producción de Inchauspe, en la que este personaje adquiere especial protagonismo, como en *Voces y costumbres del campo argentino* (1942), *Las pilchas gauchas* (1947), *Diccionario del Martín Fierro* (1953), *El gaucho y sus costumbres* (1955) y *La tradición del gaucho* (1956). En *Voces y costumbres del campo argentino*, Inchauspe resalta las opiniones y juicios 'autorizados' de Ricardo Rojas y de Leopoldo Lugones sobre la figura del gaucho. Del mismo modo, en su *Diccionario del Martín Fierro* destaca las conferencias de Lugones, recopiladas luego en *El payador* (1916). Así, el gaucho permaneció como un referente en toda su producción literaria –de quien dirá que es “el más representativo, el más genuino de nuestros individuos, porque es el único que está realmente consubstanciado con nuestros orígenes...” (*La tradición del gaucho*, 1956, p. 35)–. También se mantuvo latente la preservación de las tradiciones en relación con el rol de la escuela.

A continuación, se abordará, aunque brevemente, la figura de Pedro Inchauspe en su rol como director de dos escuelas: una ubicada en el Territorio Nacional de Chubut y la otra en el Territorio Nacional de La Pampa.

Luego de su incursión como periodista, Inchauspe retornó al magisterio como director de una escuela ubicada en el Territorio Nacional de Chubut. Así, tal como figura en el *Monitor de la Educación Común*, en su publicación de abril de 1920, fue designado como director de la Escuela N.º 15 de Chubut. A partir de esta experiencia, años más tarde, Inchauspe, en el capítulo “En

‘tierra adentro’, con los indios”, de su obra *La tradición y el gaucho*, afirma:

Allá por 1920, fui director de escuela en el Chubut, en una colonia de indios araucanos, resto de aquellas tribus que supieron ser el terror de las pampas... cuando la tierra se presta, siembran y cosechan algunos cereales; cumplen con las leyes vigentes; mandan a sus hijos a la escuela; son amigos del maestro y del progreso; la bandera argentina es también la de ellos; en menos palabras: han entrado en la civilización.

El pasado lejano subsiste en sus nombres: Cayulef, Nahuelmilla, Huenchoeque, Maripan, Nahuelquir, Cañumil, Guenchulaf, Melinao, Nancuqueo...” (Inchauspe, 1956, pp. 162-163).

Durante su estadía, compartió su experiencia con el maestro Germán Berdiales, el que se convertiría en su gran amigo, y con quien escribió textos escolares destinados a la educación primaria. De hecho, en octubre 1921, ambos publicaron en *El Monitor de la Educación Común* una adaptación escénica de la novela *Corazón*, del escritor italiano Edmundo de Amicis. Aunque esta obra se publicó originalmente en italiano, en pocos meses se tradujo a más de cuarenta lenguas. Más aún, de acuerdo con el análisis de Valeria Sardi (2011), proveniente del área de Letras, *Corazón* fue absorbida en nuestro país porque ofrecía un modelo pedagógico escolar y una concepción de la infancia con una fuerte impronta nacional, difundida entre todas las clases sociales. Además, a partir de un especial enfoque en los personajes, centrado en una suerte de ‘sentimentalismo’, se promovían ideales cívicos, sociales y familiares, lo que contribuyó a su institucionalización escolar en diferentes momentos históricos. Por lo tanto, es probable que tanto Berdiales como Inchauspe la hayan leído durante su infancia, lo que explica su admiración por el autor: “Enamorados del libro inmortal de Edmundo de Amicis, hemos querido teatralizarlo, adaptándolo a nuestro ambiente. Este pequeño aporte al teatro

infantil nacional, pretende conservar los valores dramáticos y los caracteres que traza el autor". La publicación de esta adaptación teatral podría justificarse en el interés de Berdiales e Inchauspe por recuperar los valores como el civismo y el patriotismo que se conjugan en la obra de Amicis, con la intención de reforzar estos ideales en el contexto educativo y cultural argentino.

Luego, en 1922, se trasladó a General M. Campos donde se desempeñó como director de la Escuela N.º 133 hasta 1924. Esta escuela, tal como se indica en la sección oficial del *Monitor de la Educación Común* (1922), se creó el 16 de diciembre de 1921 por decreto del Poder Ejecutivo. Desde 1972, con motivo de los festejos por la celebración de los 50 años de la escuela, se designó una comisión integrada por Carlos Ángel Martocci, presidente, y Rodolfo Pelayo y Juan Pablo Sáenz, como secretarios. Así, en recuerdo de Pedro Inchauspe, quien fuera su primer director titular, la Comisión decidió llevar a cabo la imposición de su nombre al colegio, así como el descubrimiento de una placa y la entrega de una medalla a la señora Elvira (debería decir "Eloísa") Riso de Inchauspe, tal como puede leerse en la foja del Libro Histórico, correspondiente al año 1972, sobre el programa (Imagen 22), y como lo atestiguan las fotos (Imágenes 23 y 24) del acto conmemorativo que se llevó a cabo en aquella ocasión:

Imagen 22

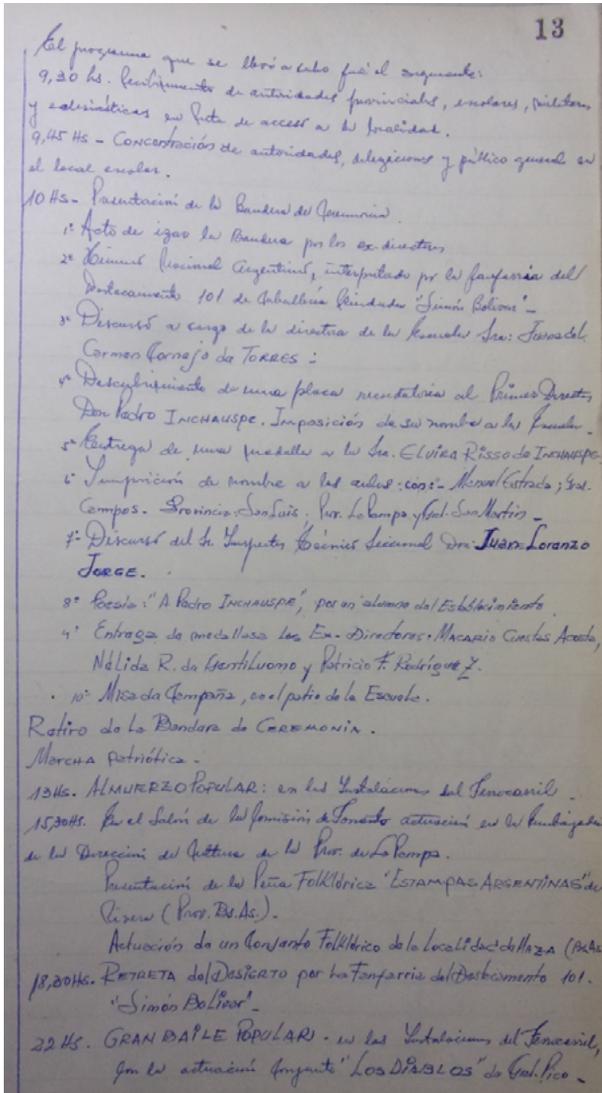


Imagen tomada del Libro Histórico, foja 13. Archivo de la Escuela N.º 133.

Imagen 23



Quien recibe la medalla, a la izquierda, es Eloísa Risso, y frente a ella, a la derecha, está la directora Juana del Carmen Cornejo de Torres.
Archivo de la Escuela N.º 133.

Imagen 24



Placa con el nombre de la Escuela. Archivo de la Escuela N.º 133.

De acuerdo con la información detallada por el inspector de escuelas en el *Libro de visitas de inspección*, el director había asumido el cargo el 22 de marzo de 1922. Entre las anotaciones de su puño y letra, destaca que Inchauspe es “entusiasta y dispuesto para hacer la obra patriótica con su escuela”; a su vez, en el listado de recomendaciones, en el cuarto punto, le solicita al director “Que intensifique en los niños y en el pueblo los sentimientos de nacionalidad y el respeto a las instituciones del país”.

A continuación, el inspector incluye una lista de instrucciones y, al finalizar, agrega: “El señor Director debe llevar las formalidades del voto profesional –si no lo hizo en otra escuela– y enviar copia del acta a la Inspección 7ma., a cargo del Inspector Señor Miguel W. Gatica, Santa Rosa”.

Esta solicitud responde a lo que Ángel Gallardo recuerda en sus *Memorias*, en las que cuenta que hacia 1920 el Consejo Nacional de Educación había aprobado un proyecto que obligaba a maestras y maestros “a prestar anualmente un voto profesional de fidelidad a la patria y a la bandera, en presencia de los alumnos, de las autoridades y de los vecinos de la escuela” (Gallardo, 2003, pp. 271-272). Esta medida fue dictada, de acuerdo con el entonces presidente del Consejo, para desenmascarar a los maestros antinacionalistas.

Imagen 25

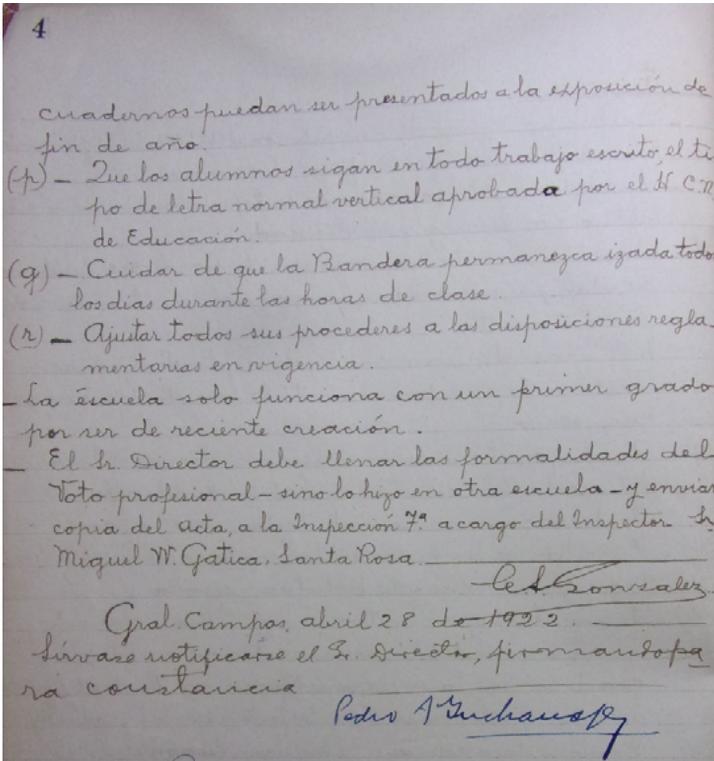


Imagen tomada del *Libro de visitas de inspección* (1922-1966), foja 4. Se puede observar, además, la firma de Inchauspe. Archivo de la Escuela N.º 133.

Sin duda, Inchauspe habría puesto en práctica las recomendaciones del inspector, tal como puede leerse en el programa de actividades (Imagen 26) para el festejo de los 106 años de la Independencia (1816-1922) en la localidad en la que prestaba servicio:

Imagen 26

= 1816 = = 1922 =

9 DE JULIO **9 DE JULIO**

GRANDES FESTEJOS PATRIOS

En General M. CAMPOS

(PAMPA)

LOS DIAS 8 y 9 de JULIO de 1922

ARGENTINOS: El 9 de Julio cúmplense 106 años desde que fuera declarada la Independencia de las Provincias Unidas del Sud, hoy República Argentina. Deseando conmemorar tan magno acontecimiento patrio, el pueblo de Gral M. Campos invita a todos los argentinos y ciudadanos residentes en el país a concurrir a los festejos que se realizarán en la localidad con tal motivo.

PROGRAMA

DIA 8

A las 15. Disparo de bombas. Corrida de sortija con valiosos premios.
Torneo escolar
18. Cena para familias (mujeres y niños). 21. Gran baile popular.

DIA 9

A la salida del Sol, disparo de bombas. Himno Nacional cantado por la concurrencia; desfile por la calle principal y discurso alusivo por un miembro de la Comisión. 9. Acto escolar. Declamación de

DIA 9, cont.

poesías patrióticas y discurso por el director de la Escuela.
A las 11. Almuerzo criollo para toda la concurrencia. 12. Rifa a beneficio de los niños pobres de la escuela local.
15. Corrida de sortija y pollas con valiosos premios. Se disputará también el premio «Kalisay» donado por la firma Lagorio Esparrach de Buenos Aires.
18. Cena para familias
20. Fuegos artificiales.
21. Gran baile popular.

COMISION HONORARIA: Presidentes: Señores Rómulo Russo, M. F. Campos, C. Pelayo Alarcón, Srta. Lucía Vda. de Otero, Dr. A. Campodónico, Ballester y Molina, J. M. Martucci.

COMISION EJECUTIVA: Presidente, P. Saenz; Vice, J. Sior; Tesorero, P. Callejas; Pro. C. Priotto, Secretario, P. A. Inchausti; Pro. J. Paeca. Vocales: M. Díez, J. Gago, N. Martín; J. Secca, L. Martínez, F. Iglesias, P. Aguirre, A. Maino, M. Gurró, J. Martucci, Gabino y Gerónimo Sierra, M. y J. Flecha, J. Cardero, P. Díez, C. Díez, H. Gatti, P. G. Woodlwar, A. Monserrat, J. Schiell, V. Iglesias I. Clemente, P. Ochandía, C. Silva, H. Bocina, B. Cáceres, M. Saáñez, V. Díaz, P. Lalitte, E. Sierra, M. Alva.

NOTA:—La inscripción para la corrida de sortija costará 9 2 m/n.

Imagen tomada del *Libro de crónica de actos públicos y fiestas (1922-1972)*. Archivo de la Escuela N.º 133.

En este programa se menciona la participación en los festejos el "Día 9", que incluía un "acto escolar" y una "Declamación de poesías patrióticas y discurso", de parte del director, además de su participación en la Comisión Ejecutiva que estuvo a cargo de la organización de la celebración patria.

Inchauspe continuaría con su labor docente, por cuarenta y dos años, hasta su jubilación en 1951. En ese momento, se desempeñaba como director de la Escuela N.º 21 de Buenos Aires, ubicada en el Barrio Parque Avellaneda que, actualmente, lleva su nombre y lo celebra, cada 11 de septiembre, como el "Patrono" de la institución. Más tarde, regresó a su Laboulaye natal, donde falleció el 5 de junio de 1957.

En el apartado siguiente se analizará cómo Inchauspe combinó su labor de escritor con su vocación docente. A lo largo de su carrera, sus preocupaciones por la enseñanza y la cultura popular quedaron reflejadas tanto en su producción literaria como en la publicación de materiales educativos.

Entre la escritura y el magisterio: la producción de Pedro Inchauspe

Hacia fines de la década de 1920, el maestro iniciará su camino literario, pero sin dejar de lado su participación en algunas revistas o diarios porteños. Sin embargo, sus escritos no se centraron únicamente en la figura del gaucho, como se explicó anteriormente. Como buen "discípulo de Sarmiento", tal como lo señaló Antonio de la Torre (1967) en el "Prólogo" de *Reivindicación del gaucho*, su producción también incorporó su interés por la enseñanza. Por lo tanto, en algunas de sus obras se conjugaron ambas preocupaciones.

A medida que avanzaba su carrera, Inchauspe se adentró en el periodismo, en sus inicios, a partir de su participación en

certámenes como ya lo había hecho en 1915 en su juventud. Esta misma historia se repetiría en 1927 con la premiación de su novela corta *Contramarca*, que el autor presentó en el certamen literario que había organizado *El Diario Español*, en el que, según Berdiales, participaban escritores consagrados.

Continuó con algunas intervenciones en revistas como *Mundo Argentino* y en el diario *La Prensa*. En 1935, aparece nuevamente en escena con la publicación de "Vuelatrás", con la que participa en un concurso organizado, justamente, por el diario *La Prensa* y cuyo cuento resulta seleccionado entre cinco, de un total de alrededor de tres mil relatos recibidos.

Este cuento se publica un año más tarde en el diario *La Prensa*, con ilustraciones, tal como puede verse en la imagen que sigue a continuación:

Imagen 27



Publicación de "Vueltratrás", en *La Prensa*, 1 de enero de 1936.

Como consecuencia del impacto que tuvo su participación en el certamen, el director de *La Prensa*, Ezequiel P. Paz, invitó a Inchauspe a sumarse a la lista de colaboradores del Suplemento Dominical. Este espacio le posibilitará trazar nuevos vínculos, como el que gestó con el maestro y poeta Ricardo E. Pose; al mismo tiempo que empezaba a ganar lugar en la literatura infantil. Así, dos años después, el autor recupera el título que había sido galardonado y publica *Vueltratrás y otros cuentos para niños* (1938),

el que será reeditado por la editorial Kapelusz en 1942 y en 1955, como parte de la literatura infantil.

Un año después, el maestro publicó *Allá en el sur. Cuentos de la Patagonia y de la Pampa* (1939), obra en la que conjugó su experiencia en ambos territorios.

Sin embargo, por estos años, Inchauspe también mostró un interés particular en la creación de materiales educativos, tal como lo relata Berdiales (1968) en su *Semblanza*: “entre los años 32 y 34 colabora conmigo en la redacción de la afortunada serie de textos de lectura destinados al ciclo primario que lanzó la editorial Kapelusz...” (p. 288). Estas propuestas, escritas en coautoría entre Berdiales e Inchauspe, se publicarían incluso hasta entrada la década de 1940: *Jugando* (1933), libro de lectura dirigido a estudiantes de sexto grado, cuyo principal propósito era formar lectores a partir del juego; *Tierra virgen: método gradual de lectura* (1934), para niñas y niños de quinto y sexto grado; *El libro de la patria* (1936), texto de lectura para cuarto grado; *Actividades y conocimientos* (1938), incluía lecturas para primer grado; *Nuevo mundo: lecturas para 5º grado* (1942) y *Voces de hombres: lecturas para la 3ª sección de escuelas de adultos* (1942). Los dos últimos libros publicados en 1942, destinados a la lectura en el aula, según Berdiales (1968), habrían sido el gran “remate”, además de subrayar que hacia fines de 1960 aún seguían en las aulas.

A partir de lo anterior es posible afirmar que las colaboraciones entre Berdiales e Inchauspe reflejan un claro interés por la elaboración de textos escolares destinados a la lectura en el ciclo primario, una labor que se inscribe en la tradición pedagógica iniciada por Domingo F. Sarmiento en su *Método gradual de lectura* (1846). De hecho, es posible hallar algunas similitudes entre uno y otro material, en relación no solo con las lecturas propuestas para el aula, sino también en la preocupación por el abordaje de las reglas ortográficas tanto en la escritura como en la correcta

pronunciación en la oralidad, como se advierte en las siguientes imágenes:

Imagen 28*

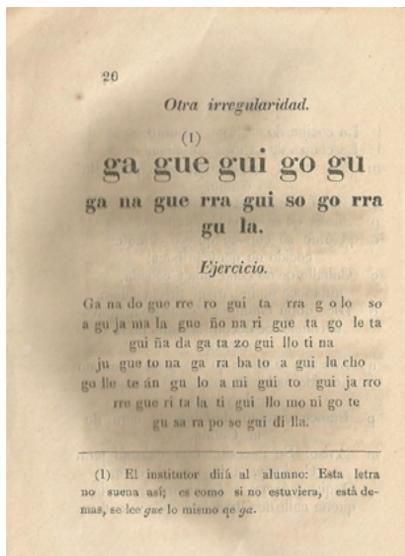


Imagen 29**



*Imagen tomada de *Método de lectura gradual*, de Sarmiento (1846, p. 20).

**Imagen tomada de *Actividades y conocimientos*, de Berdiales e Inchauspe (1938, p. 58).

Por otra parte, cabe mencionar que luego de la publicación de *Allá en el sur...* y de su participación en la producción de materiales didácticos, Inchauspe se concentró en la escritura de textos en los que la figura del gaucho y la vida rural cobraron especial protagonismo.

Así, entre las décadas de 1940 y 1950, el maestro laboulayense publicó una serie de libros, en los que quedó de manifiesto su reconocimiento a la obra de Hernández y su interés por retratar

el mundo rural argentino: *Voces y costumbres del campo argentino* (1942), *Las pilchas gauchas* (1947), *Nuevas voces y costumbres del campo argentino* (1953), *El gaucho y sus costumbres* (1955), *Diccionario del Martín Fierro* (1955) y *La tradición y el gaucho* (1956). A este listado, se suma su obra póstuma *Reivindicación del gaucho* (1968), la que reúne una selección de textos que habían sido previamente publicados por el autor.

A su vez, la persistencia de estas temáticas en la producción de Inchauspe no resulta ajena a las políticas culturales de la Comisión Nacional de Cultura (CNC) de la época, las que, tal como lo explica Leandro Lacquaniti (2021), promovían y difundían aquellas obras literarias que representaban al gaucho como emblema auténtico de la cultura nacional. Más aún, estas políticas de la CNC, al apoyar el tradicionalismo y premiar obras en esa línea, reforzaron la centralidad del gaucho en el ideario estético que los intelectuales nacionalistas pretendían impulsar desde los circuitos oficiales. Un ejemplo de este reconocimiento es el que Inchauspe recibió en 1942, por parte de la CNC. Su obra *Voces y costumbres del campo argentino* fue destacada en la sección "Producción científica y literaria regional de 1942", para la Región de La Pampa, dentro del apartado "Folklore o literatura", tal como puede leerse en la memoria de la Comisión Nacional de Cultura (1944). Del mismo modo, esta obra se incluye en la sistematización realizada por Juan Alfonzo Carrizo en *Historia del folklore Argentino* (1953), en la que se detiene en los precursores, instituciones y publicaciones relacionados con el folklore. El reconocido folklorólogo catamarqueño incluye en su nómina a quienes aportaron al estudio del folklore en Argentina. Para el caso de La Pampa, menciona a estudiosos como Eliseo A. Tello, con la publicación de *Toponimia araucana del Territorio de La Pampa* (1942) y *Toponimia indígena bonaerense* (1946), a Segundo E. Hansen, con el estudio *Versiones castellanas de los nombres indígenas correspondientes*

a los departamentos del Territorio Nacional de La Pampa (1946) y a Enrique Stieben, con *Topónimos departamentales de La Pampa* (1947). El registro de Carrizo reúne estudios de las provincias y de las gobernaciones, e incorpora alusiones a referentes del folklore, así como a otros actores, como maestros, vinculados al ámbito educativo. Dentro de este listado, Carrizo también alude a la publicación de *Voces y costumbres del campo argentino* (1942), de Inchauspe, de la que destaca su aporte sobre “las costumbres camperas argentinas”, al igual que *Las pilchas gauchas* (1947). Asimismo, resalta la inclusión de Inchauspe entre los referentes del folklore lingüístico, en especial en lo concerniente a vocabulario, refranes y modismos.

Entre la prolífica producción de Inchauspe también es posible hallar otros dos libros que, si bien no se relacionan directamente con la figura del gaucho, ni con la producción de material educativo, sí se vinculan con los intereses marcados por el nacionalismo. Por un lado, se ubica su libro *Pequeña biografía de Dalmacio Vélez Sársfield* (1942) y, por otro, *San Martín, el maestro* (1947).

En cuanto al primero de estos libros, es posible considerar la influencia de *Bosquejo de la biografía de D. Dalmacio Velez Saarsfield* (1875), escrita por Domingo F. Sarmiento, en la obra de Inchauspe, de quien este último era un ferviente admirador.

Imagen 30*

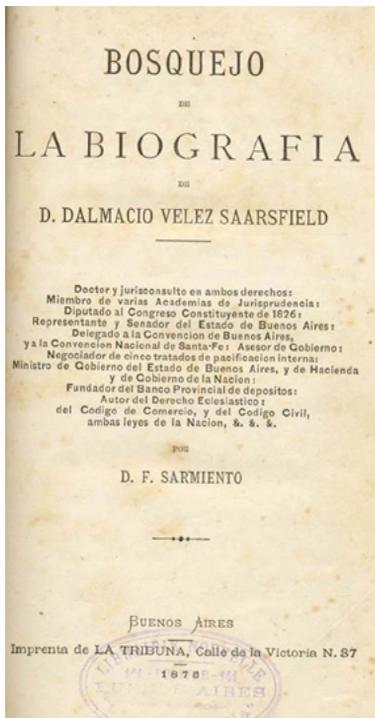
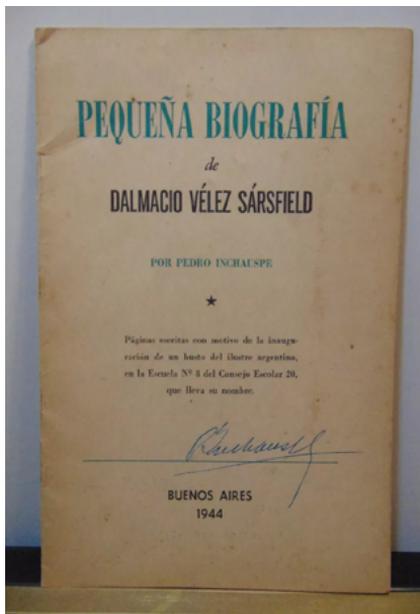


Imagen 31**



*Imagen de la portada del libro de Sarmiento, disponible en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

**Imagen de la portada del libro de Inchauspe.

Así, Inchauspe, al igual que Sarmiento, recupera la figura de Vélez Sarsfield –jurista cordobés, creador del Código Civil de Argentina, en 1869– para destacar su rol en la formación del orden jurídico y social del país, lo cual refleja una preocupación compartida por la construcción de una identidad nacional. Sobre la figura de Vélez Sarsfield, Sarmiento afirmaba lo siguiente:

El Dr. Dalmacio Vélez Sarsfield nació en los últimos años de la dominación colonial, creció en los primeros de la revolución, y pertenecía a esa falange de hombres fuertes, tan experimentados por el trabajo y los sufrimientos, a quienes tocó la viril tarea de organizar instituciones la libertad que saludaron naciente en su cuna, siguiendo los senderos surcados por la anarquía, empapados de sangre por las guerras civiles, o enlutecidas por tiranías bárbaras y oscuras. (Sarmiento, 1875, p. 58)

Por otra parte, es importante señalar que, si bien ambos autores escribieron en contextos diferentes, existe entre ellos un nexo común sobre el enfoque de la figura de Vélez Sarsfield. Mientras que Sarmiento valoró a Vélez Sarsfield –quien había sido ministro del Interior durante su presidencia, entre 1868-1872– en un periodo de consolidación institucional en Argentina. Inchauspe publicó su obra en un momento en el que la reafirmación de valores nacionales era esencial para fortalecer la identidad del país. Por lo tanto, quizá sea la preocupación por la construcción de una narrativa nacional en torno a figuras clave lo que sugiere una conexión entre ambos textos.

En este sentido, la obra de Inchauspe podría considerarse como una continuación del legado historiográfico iniciado por Sarmiento. De este modo, la lectura de Sarmiento sobre Vélez Sarsfield probablemente proporcionó un marco interpretativo que Inchauspe adoptó para resaltar la importancia de este reconocido jurista, “con motivo de la inauguración de un busto del ilustre argentino, en la Escuela N.º 8 del Consejo escolar 20, que lleva su nombre”, en una época en la que la reafirmación de los valores nacionales era crucial. Así, Inchauspe, al publicar su biografía en 1942, si bien pudo haber estado influenciado por la obra de Sarmiento, circunscribió su obra al contexto particular de la Argentina de mediados del siglo XX, que buscaba consolidar una identidad nacional a través de figuras históricas emblemáticas.

En cuanto al segundo de los libros mencionados, en 1947, Inchauspe publicó *San Martín, el maestro*, una contribución a la literatura que celebraba la figura del prócer en el contexto de las conmemoraciones nacionales. Esta publicación se inserta en un momento en que la producción literaria argentina se volcaba hacia la exaltación de los valores patrióticos y la memoria de San Martín, a la vez que reflejaba un renovado interés por su legado en la construcción de la identidad nacional. La obra de Inchauspe no solo se suma a esta corriente, sino que también refuerza su compromiso con la difusión de la historia y los valores que encarna el Libertador, alineándose con otras iniciativas editoriales y culturales de la época destinadas a enaltecer la figura de San Martín en el imaginario colectivo, como la obra de Ricardo Rojas, *El Santo de la espada. Vida de San Martín* (1933), publicada más de una década antes. Esta biografía se convirtió en una obra de referencia en la construcción de la imagen heroica de San Martín, al igual que la escrita por Bartolomé Mitre, la que, según Berdiales, el propio Inchauspe habría leído a sus diez años. Esta influencia es evidente en las páginas iniciales de *San Martín, el maestro*, en las que Inchauspe reconoce la grandeza de tales obras, a la vez que expresa su admiración por el Libertador, como puede leerse en el apartado "El por qué de este libro":

La vida ejemplar de don José de San Martín, el Libertador, ha inspirado páginas magníficas: la *Historia de San Martín*, por Bartolomé Mitre, y *El Santo de la espada*, por Ricardo Rojas, difícilmente podrán ser superadas. Con todo, mi admiración por el gran capitán de los Andes ha querido traducirse en algo más que la reverencia íntima, reverencia que se inició en la escuela primaria y que ha ido creciendo siempre, a medida que penetraba, más y más, los múltiples aspectos de la vida de nuestro prócer. (Inchauspe, 1947, p. 5)

En relación con la producción de Inchauspe, que se presentó en los párrafos anteriores, la pluma de Berdiales (1964) ensaya un

breve bosquejo sobre el itinerario trazado por su gran amigo, en su poema “Envío a Pedro Inchauspe”:

Calíbar del folklore, rastreador
de *Voces y costumbres* en la pampa,
baqueano que Allá en el sur acampa
y es en *Las pilchas gauchas* trenzador;

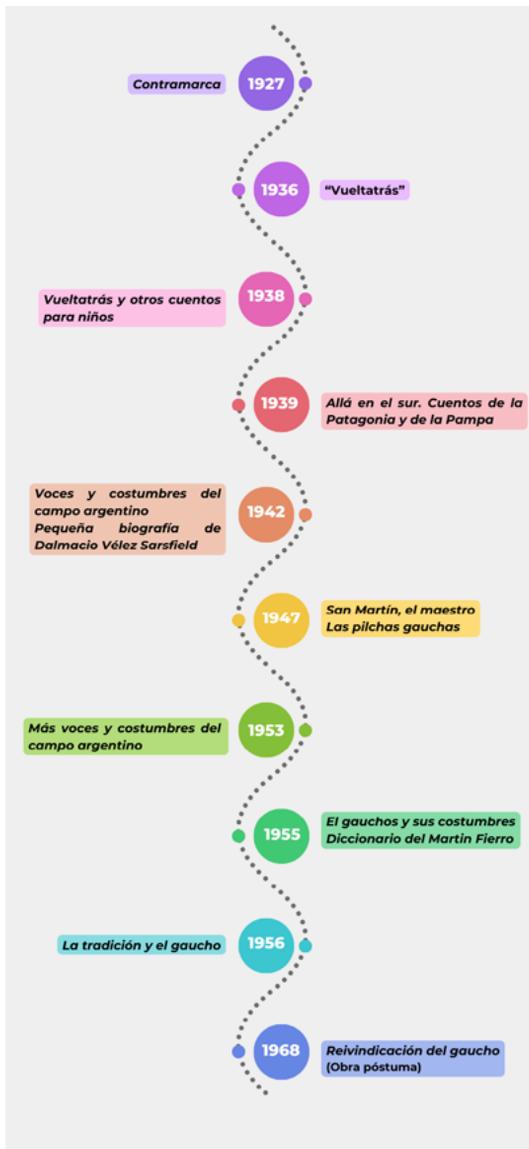
Pedro Inchauspe real conocedor
de la materia, ahora da a la estampa
La tradición y el gaucho donde campa

Su Hernandiana pasión así culmina,
Aunque ha de darnos muchos libros más,
Como ése en que ejemplar nos adoctrina.

San Martín, el maestro, o bien, quizás
Componga este Perrault de la Argentina
Un nuevo inolvidable *Vueltratrás*...

Con prestancia de auténtico escritor.

El soneto de Berdiales –compuesto por dos cuartetos y dos tercetos, que en total suman catorce versos– destaca la producción de Inchauspe en relación con el folklore y la tradición pampeana. Asimismo, subraya la referencia a José Hernández, autor del *Martin Fierro*, al mencionar su “Hernandiana pasión”. De este modo, resalta la influencia de Hernández en la escritura de Inchauspe, sobre todo por su interés en retratar la vida y el espíritu del gaucho. A su vez, Berdiales se refiere a su amigo como el “Perrault de Argentina”, al compararlo con el escritor francés de cuentos de literatura infantil, en alusión a *Vueltratrás*, título con el que el maestro empezaría a dar sus primeros pasos como escritor de ficción. A continuación, se detallan las obras publicadas por Inchauspe en orden cronológico:



Elaboración propia.

Buena parte de la producción de Inchauspe, que se mencionó a lo largo del capítulo, fue donada por Eloísa Risso de Inchauspe a la Escuela N.º 133, tal como puede leerse en la carta que esta última le envió el 18 de agosto de 1971 a Juan Pablo Sáenz, integrante de la Comisión de Festejos para la celebración del 50º aniversario de la institución. En la carta, la viuda de Inchauspe, además de responder a las consultas específicas de Sáenz, le agradece por la decisión de imponer el nombre de su primer director, Pedro Inchauspe, a la escuela, quien ya había recibido otros reconocimientos oficiales por su trayectoria. Por otra parte, Risso le solicita que la mantenga informada y le indica que hará lo posible por asistir a la celebración, junto con su hija, Ana María Inchauspe, su yerno y sus dos nietos. Como se observó previamente, la viuda del primer director de la Escuela N.º 133, en efecto, asistió al acto cuando colocaron la placa y bautizaron a la institución educativa con el nombre de Pedro Inchauspe.

Palabras finales

Como puede verse a lo largo de este breve recorrido, el maestro Inchauspe no solo contribuyó en la preservación de las costumbres y valores del campo argentino, sino que también fortaleció su papel como educador, ya que muchas de sus obras fueron diseñadas con un claro propósito formativo.

Este trayecto multifacético –que abarca la prensa, la literatura folklórica y la producción de obras educativas– establece las bases para comprender su impacto en la educación y en la cultura argentina, el que se complementa con su labor como director de escuelas en Territorios Nacionales como Chubut y La Pampa, donde su compromiso con la enseñanza y la preservación de las tradiciones alcanzará nuevas dimensiones.

Un centro educativo en el medio rural: de la orientación agrícola a los resultados alcanzados mediante la formación en “técnicas agropecuarias”

Federico Martocci y Aníbal Raúl Lehr

Palabras introductorias

El 28 de abril de 1922, en la primera visita realizada por el inspector de escuelas a la novel institución educativa de General Campos, registrada en el *Libro de visitas de inspección*, este le sugería al director Pedro Inchauspe, entre otras cosas, que iniciara los “trabajos prácticos de agricultura y ganadería”, según sus palabras textuales. El inspector no llegó a interactuar con el alumnado, porque ya habían salido de clase, pero señaló que la asistencia ese día fue de 14 niños y 4 niñas –de un total de 43 infantes que se habían inscripto–. Desde luego, no era sencillo para el maestro que estaba en General M. Campos llevar a cabo en ese momento la tarea encomendada, puesto que, según escribía también el inspector, la Escuela N.º 133 funcionaba en un “local provisorio” mientras se terminaba de construir un pequeño edificio

que había ofrecido gratuitamente José María Martocci, tema este último que se aborda en otro capítulo de este libro.

¿Cómo cumplir entonces con la tarea que se le sugería en un contexto en el que no contaba con local adecuado? Inclusive en los momentos iniciales de la institución no debían tener herramientas agrícolas básicas para que las usara el alumnado. Sin embargo, ¿a qué se debía la recomendación que dejó plasmada el inspector? En las páginas de este capítulo no solo intentamos responder a esos interrogantes, sino que también ofreceremos algunas coordenadas para comprender las características de dicha institución escolar en sus primeras décadas, la relación con la zona en la que estaba emplazada y el devenir de la educación agropecuaria que recibieron niñas y niños entre la segunda mitad del siglo XX y comienzos del XXI.

El capítulo se organiza de la siguiente manera. En primer lugar, explicaremos de qué se trataba la orientación agrícola en la escuela primaria durante las décadas iniciales del siglo pasado. En segundo lugar, revisaremos cuál era la relación entre la escuela de General M. Campos y su zona de influencia, así como también el impacto que tuvo en la dinámica escolar la crisis económica y agroclimática entre la década de 1930 e inicios de la siguiente. En tercer lugar, reconstruiremos las medidas estatales esbozadas para atenuar los efectos del contexto crítico, lo que explica en parte las tareas forestales y hortícolas que se desarrollaron en la escuela. En cuarto lugar, analizaremos cómo se incentivaron dichas tareas en el ámbito del nuevo edificio escolar que se inauguró en 1951, lo que implicó cambios y continuidades en los decenios siguientes respecto de las experiencias previas. En los apartados finales abordaremos de qué manera se comenzaron a desplegar, a partir de la década de 1980, las “técnicas agropecuarias” en la Escuela N.º 133. Si bien el vínculo de la institución con las prácticas agrícolas se remontaba a sus inicios, es preciso explicar dicho

despliegue entre fines del siglo pasado y comienzos del XXI para poder comprender la influencia que tuvo esa orientación específica en algunas acciones del alumnado en la localidad y en la participación de esta institución educativa en distintas ferias de ciencias desde la década de 1990 hasta la actualidad.

¿En qué consistía la orientación agrícola en las escuelas primarias?

Para responder a esta pregunta, no alcanza con centrar la mirada en instituciones educativas. Es preciso también tener en cuenta el papel del Ministerio de Agricultura de la Nación (MAN), ya que sus técnicos interactuaban con el magisterio en diversos lugares del país para favorecer la orientación agrícola en las escuelas primarias. Es decir, dicha orientación no era exclusiva del Territorio Nacional de La Pampa, porque remite a las iniciativas impulsadas desde el MAN y el Ministerio de Instrucción Pública, este último luego convertido en Ministerio de Educación. Más aún, es preciso agregar que desde mediados del siglo XIX –y hasta comienzos del XX– la agricultura fue considerada por un sector de la élite intelectual argentina como una actividad “civilizadora”, encargada de redimir al país y colocarlo en un lugar destacado en el concierto internacional, según ha planteado el historiador Tulio Halperin Donghi (2005). Domingo F. Sarmiento era uno de ellos, y avalaba la idea de relegar a la ganadería criolla a un lugar secundario para hacer del cultivo del suelo el principal objetivo económico. En ese marco, fue creado en 1871 el Departamento de Agricultura, dependencia que adquirió rango de Ministerio en 1898 y se convirtió en el MAN. Y no resulta extraño que, a inicios de la siguiente centuria, se intentara incentivar las actividades y prácticas agrícolas desde la infancia, razón por la cual las escuelas (en especial las rurales) tenían un rol primordial.

Tal era el interés que despertaba el tema en esa época, que el ingeniero agrónomo Hugo Miatello, quien luego trabajaría en el MAN, publicó en 1899 un libro cuyo título era *Pedagogía del trabajo agrícola en la escuela primaria*. En la prensa pampeana solían insistir en la necesidad de que se orientara hacia la agricultura a los niños y las niñas desde las escuelas primarias, como por ejemplo se planteó el 23 de noviembre de 1902 en el periódico *La Provincia*, editado en General Acha. Pero la primera iniciativa formal para la extensión de la enseñanza agrícola en la instrucción general de todo el país tuvo lugar en diciembre de 1912. En esa ocasión, Tomás Amadeo, como referente de Enseñanza Agrícola del MAN, y Abraham Mendieta, inspector seccional de escuelas primarias de los Territorios Nacionales –en representación del Consejo Nacional de Educación–, firmaron un acta de colaboración recíproca. En ese texto se afirmaba que la divulgación de la instrucción agrícola en esas escuelas era uno de los objetivos de la enseñanza agraria extensiva. Para Amadeo, este tipo de instrucción ejercería una influencia decisiva en los infantes, quienes mediante la incorporación de hábitos de trabajo y aficiones rurales se inclinarían a esas ocupaciones, lo que fomentaría el afianzamiento de la población agraria, según afirmaba este especialista del MAN en su libro *La enseñanza y la experimentación agrícolas en la República Argentina*, publicado en 1916.

Los técnicos estatales que frecuentemente interactuaban con el magisterio en las escuelas eran los denominados agrónomos regionales, quienes se ocupaban de recorrer el Territorio, organizar cursos temporarios, lecciones y campos de experiencias, así como de visitar las escuelas y vincularse con niñas, niños y sus docentes para difundir saberes relacionados con agricultura, ya sea a través de publicaciones del MAN o de charlas que ellos mismos brindaban. Además, en muchos casos colaboraron con el magisterio para la conformación de los “clubes agrícolas” de niñas

y niños, a partir de los cuales procuraban incentivar su interés por la agricultura, la cría de animales de granja o la forestación. En lo que respecta a la Escuela N.º 133, veremos más adelante que esta última iniciativa tuvo buenos resultados en algún momento.

Para sintetizar, podría decirse que cuando comenzó a funcionar la escuela dirigida por Inchauspe, a inicios de la década de 1920, el tema de la práctica agrícola y ganadera formaba parte de las iniciativas en materia educativa. En un contexto en el que la actividad económica del Territorio pampeano dependía especialmente de la producción cerealera, se consideraba que la enseñanza de nociones sobre agricultura en las escuelas primarias repercutiría beneficiosamente en la formación de la niñez, pero también era una forma de llegar a las familias agricultoras, en las que muchas veces había personas que no tuvieron la posibilidad de acceder al sistema educativo. Existía, en parte, la convicción de que al “orientarlos” para la vida agrícola aprenderían a querer la tierra y la podrían cultivar con mayor eficiencia. Tal es así que, según se puede observar en *El Monitor de la Educación Común*, en su edición del 31 de diciembre de 1920, los programas analíticos para las escuelas de los Territorios Nacionales incluían desde el primer grado inferior nociones básicas sobre hortalizas, cereales, plantas forestales y frutales. Más aún, en los grados siguientes se instruía sobre las principales zonas cerealeras del país, la industria frutícola, el cuidado y la protección de las plantas y, en las escuelas en las que estaban dadas las condiciones, se brindaba instrucción “práctica” sobre preparación de la tierra para la siembra, utilización de los abonos, jardinería, horticultura, plantación de árboles y utilización de herramientas agrícolas. La realización de cultivos sencillos en las escuelas dependía de la disponibilidad de terrenos adecuados para ello; si eso no era posible, se preveía la visita a chacras, granjas o estancias cercanas. Sin embargo,

estos objetivos que se plasmaban en los programas no siempre podían llevarse a cabo.

Las maestras y maestros, por su parte, también solían trasladarse con el alumnado a las estaciones ferroviarias cuando a estas llegaban los llamados trenes-escuela del MAN, los cuales tenían como fin divulgar conocimientos sobre diferentes temáticas, como por ejemplo granja, avicultura o forestación. Para ello, el MAN contaba con el apoyo de las empresas ferroviarias estatales y privadas (que prestaban vagones), pero también con la asistencia de los agrónomos regionales. En las actividades organizadas por estos últimos, como la selección y limpieza de semillas de cereal mediante maquinaria especializada, era frecuente encontrar a las escuelas con sus alumnos. No existen registros escolares que permitan afirmar que el alumnado de la Escuela N.º 133 haya asistido a este tipo de actividades, pero cabe señalar que en marzo de 1926 circuló por la zona un tren con un equipo para la selección mecánica de semillas, servicio organizado por el MAN y que estaba a cargo del agrónomo regional con asiento en Santa Rosa, Domingo Dávila. Este último había solicitado a las escuelas de la zona que fomentaran entre los educandos la siembra de semilla seleccionada, y es probable que desde las instituciones educativas se trasladaran a las estaciones ferroviarias en marzo de ese año para ver funcionar el equipo seleccionador y escuchar a Dávila cuando visitó Perú, Hucal, Bernasconi, Villa Alba, Jacinto Arauz, Guatraché, General M. Campos, Alpachiri, Rolón, Macachín y Doblas, entre otras localidades. Detalles al respecto se pueden hallar en el diario *La Autonomía* en su edición del 23 de marzo de 1926. Desde luego, este tipo de actividad podía resultar interesante incluso para los agricultores de la zona de General M. Campos, quienes tal vez asistieron también a la estación en esa oportunidad, ya que la vida económica de esa población dependía de la

dinámica agrícola. Veamos a continuación de qué manera esto marcó los orígenes de la Escuela N.º 133.

Campo y escuela: características del alumnado e impacto de la crisis agrícola

En el *Libro histórico* de la escuela quedó registrado que en 1922 la institución comenzó a funcionar con 43 niñas y niños que se habían inscripto, cifra que creció año a año en la década de 1920. Eso se puede ver claramente al revisar los números: en 1923 la institución tenía una inscripción de 53 personas, cifra que en 1924 ascendió a 60, en 1925 a 68, en 1927 a 75, en 1928 a 83 y en 1929 a 96. Pero como la Escuela N.º 133 dependía de las dinámicas del agro, porque la mayoría de su alumnado vivía en el campo, los años que eran malos en lo que respecta a la producción afectaban a la institución escolar. Ello era así porque, como muchas veces advertían los inspectores de escuelas, las familias que enviaban allí a sus hijas e hijos no eran, en muchos casos, propietarios de las tierras que trabajaban. Eran colonos que arrendaban una determinada cantidad de hectáreas, con lo cual si la cosecha era mala no les alcanzaba para abonar las deudas contraídas durante el año agrícola y tampoco el arriendo, razón por la cual debían abandonar la zona y buscar nuevos horizontes. En 1930 la inscripción cayó a 73 y en 1931 a 72, producto sin dudas de las malas condiciones climáticas entre 1929 y comienzos del decenio siguiente, para recuperarse a partir de entonces y alcanzar los 91 en 1936, año este bastante aceptable en cuanto a rendimientos. Pero luego volvió a caer: 82 en 1937 y 74 en 1938. Toda la década de 1930 fue muy crítica para el agro en el este del Territorio Nacional de La Pampa, pero 1938 sin duda fue uno de los años más duros. La sequía azotó a la región durante todo el decenio, lo que explica en parte que la cantidad de inscriptos en la escuela de General M.

Campos fuera menor en 1939, cuando tenía 82 niñas y niños, que una década antes.

Es decir, los reveces agrícolas afectaban directamente la dinámica de la escuela, pero las grandes distancias y las malas condiciones climáticas también. Según se lee en la página 3 del *Libro histórico*, había sido trabajoso finalizar la inscripción de niñas y niños en 1922, ya que sus padres eran “colonos cuyos domicilios quedan lejos de la planta urbana”. En el *Libro de censo de la Escuela N.º 133* figuran 22 personas inscriptas, en 1922, que recorrían entre 3 y 6 kilómetros para asistir al establecimiento, ya que tenían la residencia en el campo. Entre esas personas se contaban Jorge Herlein, Francisca Clemente, Bacilio Clemente, José González, Rosario González, Antonio Sanchez, José Sanchez, Leonor Gutiérrez, Marcelino Gutiérrez, Clemente Señas, Amelia González, Julia Martin, Eusebia Martin, Esteban Martin, Agapito Martin, Josefa Martin, Pilar Martin, Victorino Sierra, Fulgencio González, Adelina Ramos, Eloina Ramos y Emilia Ramos. En este último libro se puede ver también que la situación era la misma en 1929, cuando por ejemplo Isabel, Eloy y Ángel Sierra recorrían un kilómetro y medio para poder llegar a la escuela, en tanto que otros, como Juan Schetchtel, tenía que viajar 3 kilómetros con tan solo 7 años de edad. Pero había quienes venían de más lejos, como Margarita, Mónica y Antonio Roth, que vivían a 4 kilómetros, mientras que Marta A. Lafitte, con 12 años, recorría 8 kilómetros y traía a su cargo a su hermano de 10 y a su hermana de 7. Es claro que a las familias rurales les interesaba que sus retoños se educaran, por eso las niñas y niños de la zona se trasladaban hasta la escuela a pie, si la distancia no era mucha, a caballo, en carro o sulky si el campo estaba más distante. ¿Cómo no iban a destacar los inspectores de escuelas, como solían hacerlo, que los días de lluvia o con viento muy intenso las niñas y niños de la escuela no asistían a clase por vivir en el campo?

Los días 16 y 17 de marzo de 1931 un inspector pasó por la escuela de General M. Campos y dejó registrado que el director de la escuela era José Antonio Papa Rúa, que trabajaba secundado por la maestra Rosa D. de Bartolomé. Pero lo más interesante es que caracterizaba el medio en el que funcionaba la institución educativa: según sus palabras, la localidad era “un contado grupo de casas, que constituye, digamos así, el vecindario de la Escuela N.º 133”, a la que asistían “numerosos niños de las chacras próximas”. Como señalamos previamente, la década de 1930 fue sumamente crítica, ya que a la debacle del sistema económico mundial se le sumó, en el caso del Territorio pampeano, la extrema sequía. Esto afectó a la producción cerealera, por eso el inspector que llegó a la escuela en agosto de 1934 advirtió que la movilidad del alumnado había sufrido alteraciones en los últimos años porque estaba “subordinada a los resultados de la cosecha”. Y agregaba: “algunos colonos han abandonado la zona después de reiterados fracasos”, con lo cual las aulas en la escuela estaban menos pobladas. El mismo representante estatal identificaba en la zona urbana un predominio de personas de procedencia española, italiana y criolla, pero no dudaba en afirmar que en la zona rural la abrumadora mayoría eran alemanes de Rusia.

En junio de 1938 otro inspector de escuelas visitó la institución, que entonces estaba dirigida por la maestra Nélida Elsa R. de Gentiluomo, y le tocó un día lluvioso, lo que explicaba, según escribía, la “asistencia deficiente”. El alumnado, según este, “en su inmensa mayoría” provenía de “la colonia agrícola que rodea a la estación”. Esto, al mismo tiempo, implicaba que la inasistencia escolar podía vincularse con el propio ciclo agrícola. Por ejemplo, el inspector que visitó la escuela en noviembre de 1938 señalaba que Gentiluomo le había informado que la asistencia era buena, pero que a partir de ese mes el alumnado de la campaña comenzaba a faltar “por haberse iniciado los trabajos de la estación”, es

decir, la cosecha, que comenzaba en los últimos meses del año y concluía en los primeros del año siguiente. Por supuesto, los malos resultados productivos tenían un impacto decisivo para las escuelas rurales, y en el caso de la Escuela N.º 133 esto se puso de manifiesto en ese complejo contexto. La persona encargada de inspeccionar la institución en 1939 afirmaba que el local que José María Martocci alquilaba al Consejo Nacional de Educación para el funcionamiento de la escuela no reunía las condiciones óptimas, ya que era “estrecho e incómodo”, lo que había obligado a la población local a ofrecer un salón extra para que funcionara la institución, pero este estaba distante varias cuadras. Esa falta de espacio adecuado impedía que 15 personas, quienes debían hacer 5º grado, pudieran asistir a clases. Esto se convirtió en un reclamo constante por parte de los inspectores desde ese momento y hasta comienzos de la década de 1950. Pero la crisis agrícola hacía las cosas más difíciles aún. El inspector escribía lo siguiente el 5 de agosto de 1940:

La población de Gral. M. Campos es pequeña y su progreso hállese detenido por los años malos de las colonias que la rodean, por cuyo motivo sus habitantes no aumentan ni se edifican nuevas viviendas. Esta situación afecta sensiblemente la vida escolar, ya que no se puede encontrar un edificio que contenga a todo el alumnado, por lo que dos grados funcionan en el edificio alquilado y el tercero en un salón cedido por la Cooperadora, a varias cuadras uno del otro.

No es casual que en esa coyuntura, mientras que el sector agrícola se encontraba agobiado por la sequía, Gentiluomo reclamara la necesidad de un comedor, tal como le indicó al inspector en noviembre de 1941. Según este último, la petición de la directora se debía a “la pobreza de la zona”, y existía la posibilidad de que el comedor funcionara en dependencias de la Comisión de Fomento, “una eficiente colaboradora de la escuela”, de acuerdo

con el inspector. No es claro si la petición de la maestra tuvo consecuencias inmediatas, ya que en 1942 Gentiluomo insistió en su reclamo porque el comedor escolar era una “institución muy necesaria dada la pobreza de los pobladores de la colonia debido a las malas cosechas”, según escribía el inspector. Y en marzo de 1943 el inspector otra vez advertía que la directora estaba “empeñada” en crear un comedor para atender la situación del alumnado de escasos recursos que llegaba desde las chacras, “cuya mala situación financiera es conocida”, en palabras del inspector. La Comisión de Fomento y la Cooperadora de la escuela apoyarían, según nuestro informante, esa “feliz iniciativa” de la maestra. Lo que queda claro es que la crisis agrícola se hacía sentir muy fuertemente en el sureste pampeano.

Las autoridades del Territorio Nacional de La Pampa debieron tomar cartas en el asunto, y entre fines de la década de 1939 e inicios de la siguiente impulsaron medidas para atenuar los efectos de la crisis agroclimática, en especial para frenar en la medida de lo posible la intensidad de los vientos pampeanos. De ese modo, era factible reducir de cierto modo la erosión eólica. En ese marco, el fomento de las actividades hortícolas y de la forestación se convirtieron en un elemento clave de la agenda del gobernador Miguel Duval, cuya gestión se extendió entre 1939 y 1946. Veamos en el próximo apartado qué ocurrió al respecto en la Escuela N.º 133 entre estos años y la fundación del novel edificio que se inauguraría en 1951.

Iniciativas estatales ante la crisis: la actividad forestal y la creación de una huerta

Los años finales de la década de 1930 y los primeros de la siguiente hablar de sequía en el Territorio era plantear el problema de la erosión eólica, lo que implicaba la “voladura” del suelo en un

espacio productivo que presentaba vientos intensos en ciertos momentos del año. Ello afectaba al sector rural, y por eso los gobernadores del Territorio comenzaron a insistir en la formación de los niños y niñas del campo en materia agrícola desde la escuela primaria, así como también en la necesidad de que el MAN creara una escuela de agricultura en la región. Pero esto último no se concretó de inmediato, con lo cual la instrucción en las aulas escolares se convirtió en la mejor opción en tal sentido. El gobernador Duval, a quien ya mencionamos, estaba convencido de que era fundamental “orientar hacia el campo” en las escuelas rurales, porque, según sus palabras, la niñez del agro en el Territorio vivía “con la vista puesta en la ciudad y las espaldas dando al campo”. Por eso, para Duval cada escuela rural debía “convertirse en una granja” y cada niño “en un futuro granjero”, según afirmaba en su *Memoria* de gobierno publicada en 1940.

A su vez, dicho gobernador impulsó la cuestión forestal como un tema relevante para su gestión, ya que consideraba que contribuiría a disminuir los efectos del viento en el suelo. Con ese fin, desplegó una intensa campaña de forestación en todo el Territorio, y para ello tuvo la colaboración de los agrónomos regionales del MAN. El objetivo que tenía, según las ideas de esa época, era modificar el clima a partir de la plantación de árboles. Era una manera de reemplazar con especies arbóreas foráneas las enormes masas de bosque nativo (caldenal) que se habían eliminado en el marco de la expansión cerealera previa. Por esa razón, afirmaba que era preciso “despertar, mantener y estimular el amor al árbol en los habitantes de estas tierras, desde la más tierna infancia”. Para eso, organizó una campaña de propaganda entre julio y septiembre de 1939 y envió circulares para que se fomentara el arbolado a través de municipios y comisiones de fomento, dependencias policiales, agronomías regionales, la prensa territorialiana y las escuelas. El resultado de la campaña, según datos oficiales,

fue la creación de 26 viveros forestales en escuelas y municipios, cifra que en 1940 ascendió a 68. Asimismo, Duval estableció por resolución el 24 de septiembre como fecha para la celebración del Día del Árbol en todo el Territorio, festividad que se realizaba en la región desde comienzos del siglo XX pero que, a partir de entonces, adquirió una mayor relevancia.

No resulta sorprendente que, en ese marco, en el *Libro de visitas de inspección* se pueda constatar que, pese a las limitaciones que afrontaba por funcionar en instalaciones distantes una de la otra, la directora Gentiluomo hubiera impulsado las prácticas agrícolas, la jardinería, la plantación de árboles y la elaboración de almácigos, tal como observó el inspector que recorrió las instalaciones el 11 de noviembre de 1940. En una visita que se realizó a fines de ese mismo mes, este informó también que el 17 de noviembre de 1940 la Escuela N.º 133 había organizado la Fiesta del Árbol, actividad a la que asistieron las autoridades locales y otras personas del pueblo. Este tipo de actividades, al parecer, no se discontinuaron, sino todo lo contrario. Al promediar 1945, el inspector dejó asentado en el *Libro de visitas de inspección* que las prácticas agrícolas se plasmaban en un pequeño jardín y una huerta, e incluso que el director, Patricio Rodríguez, tenía intenciones de conformar un vivero a fin de difundir “el cariño por el árbol”. Es probable que la iniciativa del nuevo director estuviera impulsada por el incremento del personal de la escuela, que en ese momento estaba integrado también por Omar G. Sempio y Juan Martocci, quienes secundaban a Rodríguez. No obstante, el inspector señalaba también que en la institución hacían falta recursos, entre ellos útiles de huerta y jardinería. Pero esas carencias no eran motivo para abandonar las acciones: a mediados de 1946, según planteaba el inspector, en la Escuela N.º 133 ya se había creado el “club de niños jardineros” con “propósitos de índole experimental y práctica y con el fin de cultivar el amor a las plantas”.

Más aún, el personal de la institución educativa había aportado a la formación de un “parque infantil” en la localidad.

Desde la década de 1940, como se corrobora en las fuentes documentales, existía una huerta en la escuela de General M. Campos. Por supuesto, las tareas que se llevaban adelante eran perfectibles: por eso, en pos de una enseñanza más “práctica y sencilla” y menos “libresca y enciclopedista”, el inspector de escuelas sugería en mayo de 1948 que en la Escuela N.º 133 se realizaran prácticas agrícolas de manera más “intensiva”. Como recomendación, agregaba que desde el centro educativo se contactarían con el MAN para solicitarle a dicha cartera los folletos que editaba, ya que la lectura de ese material sería útil para formar a niños y niñas, orientaría las actividades en la escuela y engrosaría los volúmenes que existían en la biblioteca de la institución. En definitiva, lo que quería decir es que de ese modo se contribuiría a formar la juventud rural del mañana y, con ello, se mejorarían las prácticas en el agro de la zona. En marzo de 1949 se iniciaron los trabajos de construcción del edificio destinado a la escuela, tema que se aborda en otro capítulo de este libro, y en julio de ese mismo año el inspector de escuelas recalca en su informe que el personal de la institución debía darle continuidad de manera regular a las prácticas agrícolas, en especial para inculcar el cariño a las plantas, ya que, en palabras del inspector, “nuestra Pampa necesita ser reforestada”. E insistía en que en la manzana en la que se estaba construyendo el edificio para la Escuela N.º 133 ya podían empezar a plantar árboles, y su argumento entonces era “la belleza y la alegría espiritual que las plantas nos proporcionan”. Al parecer tomaron la sugerencia del inspector, ya que Marcial Waimann, que terminó la escuela en 1954, recuerda que, además de hacer quinta (o huerta), cuando el novel edificio se estaba construyendo ellos iban con el maestro Anisio Herrero a colocar plantas en el predio y a regarlas. Desde luego, esta iniciativa se

vinculaba con las acciones desplegadas desde fines de la década anterior, pero la cuestión del arbolado se intensificó en el marco del primer gobierno de Juan D. Perón, ya que en 1948 se sancionó la Ley de Defensa de la Riqueza Forestal (N.º 13273) y ello tuvo injerencia en las medidas políticas de las autoridades pampeanas.

Para fines de la década de 1940 debió ser más fácil desarrollar tareas vinculadas con las prácticas agrícolas, debido a que el equipo docente era más amplio y trabajaban en la escuela, además del director Rodríguez, las maestras Selva Sanders, Dorotea de Díaz, Genoveva M. de Pló, Juana del Carmen Cornejo y el maestro Anisio Herrero. Las capacidades del cuerpo docente se habían incrementado, si comparamos con las décadas iniciales cuando la escuela tenía menos personal. No obstante, algunas cuestiones no se habían modificado. Una de ellas era el peso numérico de los alemanes de Rusia entre el alumnado escolar. Otra, muy significativa también, estaba dada por la manera en la que incidían los años críticos en términos productivos en lo que respecta a la dinámica de la escuela, al punto que, en algunos casos, ello limitaba la movilidad de niñas y niños entre el campo y la localidad. El *Libro de visitas de inspección* es un registro documental de enorme valor para observar dichas cuestiones. En 1950 allí registraban que la población del campo era mayoritariamente de origen "ruso-alemán", y que las niñas y niños eran "predominantemente de este origen, hasta constituir casi la totalidad". El inspector señaló que General M. Campos conformaba un "pequeño núcleo urbano", pero agregaba que en su gran mayoría los infantes provenían de la zona rural.

Esto último era tan evidente que, a poco de haberse inaugurado el edificio para la escuela en 1951, los caballos formaban parte de la cotidianeidad de la institución. En julio de 1952 el inspector señalaba que la asistencia era "inferior a la que se registra en tiempos normales". La causa principal se debía a la "falta de

medios de movilidad, producida por la sequía que azotó la zona”, ya que los dos años iniciales de esa década se caracterizaron por la falta de lluvias en una extensa zona de las pampas argentinas. Esa situación, en el medio rural que circundaba a la localidad, según informaba el inspector de escuelas, había diezmado la caba-llada, y los animales que continuaban en pie no estaban en condi-ciones de trasladados a niñas y niños hasta el pueblo. Pero cuando la situación mejoraba estos eran un recurso esencial para llegar a las aulas. Carlos Alberto Señas, quien comenzó la escuela en 1950, recuerda que viajaba con sus hermanas en sulky hasta General M. Campos, en tanto que Marcial Waimann relata que solía ir hasta el pueblo a caballo o caminando, y cuando iba a pie era usual encon-trarse en el camino con Mario Maino, otro alumno, y terminar el viaje juntos hasta el lugar en el que funcionaba la escuela. Por su parte, Maino, que nació en 1938 y terminó la escuela en 1953, relata que había muchos que vivían en los campos cercanos y venían a la escuela caminando, como por ejemplo los hermanos de apellido Schestel. Aunque también él recuerda que en muchos casos te-nían que faltar a clase para ayudar con las tareas rurales.

Por su parte, Mirtha Noemí Otarola, que vivía a unos 10 kiló-metros del pueblo, era hija única e hizo la escuela en General M. Campos entre 1953 y 1960, siempre viajó hasta el pueblo en sulky: cuando comenzó, a los 6 años de edad, la mamá la llevaba has-ta la tranquera del campo vecino y, desde allí, partían rumbo a la escuela con Eva y Clemente Schiel, quienes vivían cerca; una vez que fue más grande, la situación se invirtió y ella fue la encargada de manejar el sulky para llevar a Horacio y Hugo Schiel, que eran otros vecinos cercanos. Durante su etapa al frente del sulky, no hubieran podido llegar hasta la escuela sin la predisposición de su caballo tobiano, que era conocido al parecer entre el alumnado. Ahora bien, pero los caballos no eran los únicos animales de gran-ja que rondaban la escuela, ya que había otros que resultaban un

tanto dañinos para que la huerta prosperara, como veremos en el próximo apartado.

El edificio nuevo: entre flores, plantas jóvenes y... iaves de corral!

En marzo de 1951 se le hizo entrega formal del nuevo edificio escolar al director Rodríguez, con la indicación de que las clases debían iniciarse en esa institución. Desde luego, debió ser una enorme responsabilidad para el equipo docente, aunque también una alegría por contar con un edificio propio para la enseñanza primaria en la localidad. Eran muchas las tareas pendientes que requerían atención, entre ellas terminar el arbolado que se había iniciado en la etapa de construcción, proveerse de una fuente de agua y cercar el terreno para evitar el ingreso de animales que, como veremos aquí, vagaban por las calles del poblado. El novel edificio contaba con cinco aulas, casa para la persona a cargo de la dirección, otra casa para maestras y un tinglado para aperos, según conta en el texto del inspector que visitó la escuela en 1950, antes de que se concluyera la obra. Pero el predio no estaba cercado de la manera adecuada, a ojos de este último, por eso él se arrogaba la atribución de sugerir, entre otras cosas, lo siguiente:

Cercar el predio escolar con alambre tejido y no liso como está actualmente, para impedir la entrada de animales, aves principalmente, que ambulan en las inmediaciones y entorpecerán toda obra de huerta, jardinería, etc.

Al parecer, las gallinas asediaban la escuela desde el momento de su edificación, según consta en esa fuente, a las que se sumaban a veces otros animales, como veremos a continuación. Este mismo inspector recomendaba intensificar las prácticas agrícolas con el alumnado, aunque reconocía que hasta ese momento

el magisterio local no había tenido las mejores condiciones edilicias para hacerlo. Y destacaba, además, que en el predio en el que funcionaría el nuevo edificio se habían realizado plantaciones de árboles, esfuerzo que se debía sostener en el tiempo, por eso sugería trazar un plan para colocar los árboles en el terreno. Pero al ser un poblado pequeño, con una amplia zona rural circundante, no resultaba extraño que los animales domésticos circularan por la calle. En mayo de 1951, a escasos meses de haberse iniciado la actividad en el edificio de la Escuela N.º 133, la persona que visitó la institución insistía en que no alcanzaba con el alambrado de 6 hilos que cercaba el predio, ya que diversos animales ingresaban a la escuela. Por eso, decía en su texto que era necesario...

cerrar el terreno escolar con un murete de mampostería o alambre tejido, para impedir la entrada de animales –aves, ovejas y hasta cerdos– que deambulan por las calles, ya que hay que tener en cuenta que es ésta una pequeña población con más características rurales que urbanas.

Como se puede ver, el comentario del inspector era claro: la escuela se erigía en un medio caracterizado por la dinámica rural, por eso era preciso evitar que ingresaran los animales (él se refería a ovejas, cerdos y aves de corral, como gallinas, patos y gansos) si se pretendía construir una huerta y cultivar el jardín para que haya flores. No era extraño que circularan esos animales, ya que el propio Patricio Rodríguez, al completar y enviar la *Segunda Encuesta sobre el habla regional* de 1950, afirmaba que la institución estaba enclavada en un medio rural y que, además de perros, ovejas, caballos y vacas, en el pueblo era usual que la gente tuviera gallinas, patos, pavos y gansos. Ahora bien, para que la huerta y el jardín prosperaran, también era prioritario proveerse de agua para riego, por eso en su visita de 1951 el inspector destacaba, a su vez, que se había levantado una alta torre en la que instalarían un tanque de 10.000 litros de agua, el que se abastecería, según

consta en el *Libro de visitas de inspección*, a través de un bombeador. Ello garantizaría la provisión de agua para las diferentes tareas vinculadas con forestación y prácticas agrícolas, pero insistía también el inspector en que se necesitaban más herramientas para trabajar en la huerta.

Sin embargo, no fue sencillo que las plantas prosperaran en los primeros años. La forestación se retrasó en los albores de la nueva escuela debido a la sequía que afectó a la Provincia Eva Perón, como se denominó al ex Territorio Nacional de La Pampa durante la etapa 1951-1955. Todo el año 1951 y una parte de 1952 fueron particularmente difíciles en ese sentido, y la forestación del predio no había surtido los efectos esperados, razón por la cual en 1953 redoblaron los esfuerzos, según informaba el inspector. A su vez, ya en 1952 la Cooperadora escolar hacía lo posible por juntar dinero para comprar alambre tejido y cercar, al menos, la huerta de la escuela. Evidentemente no alcanzó esa recaudación para cerrar todo el predio con ese tipo de alambrado, como habían sugerido previamente, pero en septiembre de 1953 el patio de la institución contaba con un terreno cercado que se usaba para huerta. Las gallinas podían sortear el alambrado de seis hilos, pero el tejido provisto por la Cooperadora era ya una barrera infranqueable para las aves maliciosas, con lo cual ya no podían obstruir la evolución de las actividades hortícolas de los escolares. No había sido tarea fácil, pero las principales enemigas de la huerta y el jardín de la Escuela N.º 133 i habían sido derrotadas!

El maestro Herrero se ocupaba en ese momento de orientar las tareas del alumnado en ese sentido, ya que en el informe de mayo de 1953 se indicaba que las tareas de jardín, huerta y arbolado estaban bajo su dirección. Según se lee de puño y letra del inspector, estas se desarrollaban “eficientemente dentro de las posibilidades materiales de que se dispone”. A esas actividades también se sumaba una “intensa campaña” de difusión del 2º Plan

Quinquenal que entonces implementaba el gobierno nacional, en el que la enseñanza de la agricultura y la ganadería tenía un lugar importante. En septiembre del mismo año la inspección observó que no solo las prácticas agrícolas de huerta y jardín se hacían de manera regular, sino que también se había intensificado el arbolado del predio. La tarea hortícola se llevaba a cabo en el terreno cercado con el alambre tejido que antes mencionamos, con lo cual se evitaba que el laborioso trabajo de niñas y niños se pierda a partir de la acción de aves de corral que, en palabras del inspector, “deambulan por las calles de este pequeño pueblo aún no bien urbanizado”. Sin duda por esas actividades que se desarrollaban, el propio Herrero recordaría retrospectivamente, cuando en la década de 1990 le hicieron una entrevista, que, además de matemáticas y lengua, se hacía “mucho trabajo manual”. Y agregaba, en primera persona, que él era “un enamorado del trabajo rural”, según sus palabras textuales.

En los últimos meses de 1953, según se especifica en abril de 1954 en el *Libro de visitas de inspección*, se habían colocado árboles en los laterales sur, oeste y norte de la Escuela N.º 133, más precisamente eucaliptus. Y en el costado este de la institución habían plantado jalapas, en este caso con fines claramente ornamentales, por las particularidades de esas plantas. Los eucaliptus habían “prendido” casi en su totalidad, y estaban tanto dentro como fuera del perímetro de la escuela. Rápidamente la manzana en la que estaba la institución educativa debió cambiar la fisonomía del lugar, ya que, como se puede ver en la siguiente fotografía, cuando la escuela estaba en etapa de construcción no se pueden observar grandes arboledas en sus alrededores.

Imagen 32

Imagen de General M. Campos en los inicios de la década de 1950, con la Escuela N.º 133 al fondo a la derecha. Repositorio fotográfico de Federico Martocci.

Además, de manera casi inmediata las inmediaciones de la escuela adquirieron un ritmo cotidiano en el que la procedencia rural de niñas y niños se ponía de manifiesto. Una alumna de esa época, cuyo nombre es Mirta Martocci, quien comenzó la primaria en 1954, recuerda que la esquina de las actuales calles Felipe Iglesias y Sarmiento se caracterizaba por ser el lugar en el que ataban los caballos –en el alambrado de la escuela– y dejaban los sulkys o carros muchos de los que venían del campo. Con el desarrollo de las plantaciones de eucaliptus, el lateral de la escuela que daba a la actual calle Felipe Iglesias se convertiría en un lugar de sombra para los animales, que permanecían atados y ensillados mientras que las niñas y niños estaban en la escuela, según recuerdan Mirtha Noemí Otarola y Luis Iglesias.

Como se puede ver en la siguiente imagen, que forma parte del archivo fotográfico de la Escuela N.º 133 pero lamentablemente no sabemos quiénes son las personas que allí aparecen, se observa en segundo plano a un niño con guardapolvo que está alisando al caballo que tiene un sulky atado, probablemente para ir a la escuela junto con las otras niñas vestidas de blanco.

Imagen 33



Fotografía de 1956. Archivo de la Escuela N.º 133.

Al promediar la década de 1950 no se había alterado el peso del alumnado rural en la institución. En junio de 1955 el inspector justificaba que los días en los que la visitó había una asistencia menor que en los anteriores porque le tocaron jornadas de llovizna e intenso frío, con lo cual quienes debían trasladarse desde el campo no concurrieron. Y en octubre de 1956 la persona que la visitó afirmó en el *Libro de visitas de inspección* que, teniendo en cuenta “el medio en que se desenvuelve”, esta podía “considerarse

rural". Al menos hasta finales de dicho decenio, si creemos en la palabra de los inspectores que se acercaron a la institución para informar a las autoridades educativas, en la Escuela N.º 133 se desarrollaban actividades de huerta y se cultivaba con esmero el jardín.

Entrada ya la década de 1960, a pesar del cambio en la dirección de la escuela, algunas iniciativas tenían clara continuidad. Por ejemplo, en 1963, luego de que asumiera el cargo de directora en 1961 Juana del Carmen Cornejo de Torres (más conocida en el pueblo como Juanita, o la señora de Torres), desde la inspección se destacaba que los árboles "en pleno desarrollo" y los jardines "bien distribuidos y cuidados" hacían de la escuela "un ambiente alegre y reconfortante". Tal como se advierte en la siguiente foto, el frente de la escuela estaba poblado de abundante vegetación, la que se observa detrás de Lila Funes, Selva Funes y Dora N. Barroso de Maino (paradas de izquierda a derecha), maestras que posan allí junto al busto de Domingo F. Sarmiento en 1962.

Imagen 34



Maestras con una importante arboleda de fondo. Archivo de la Escuela N.º 133.

Entre las actividades que realizaba el alumnado, el inspector se refería al cuidado del museo escolar, la realización de teatro de títeres y de sombras y la atención de la huerta, aunque no abundaba en describir a esta última ni tampoco es seguro que se localizara en el mismo terreno que se había alambrado una década antes. Para 1966, sin embargo, podemos ver que el informe de inspección se detiene en la arboleda y los jardines de la institución educativa, pero nada se dice respecto de la huerta, su estado o la localización. Esto invita a pensar que quizás se había dejado de atender, o bien que ya no formaba parte de las actividades complementarias de niñas y niños. De todos modos, si eso ocurrió, no fue por mucho tiempo, como veremos en las páginas siguientes.

Desarrollo del arbolado, caída gradual del alumnado rural e inicio de las “técnicas agropecuarias”

La Escuela N.º 133 no perdió su alumnado de origen rural de un año para otro. Sin embargo, entre las décadas de 1960 y 1980 habría diferencias notables en ese sentido. Y esto no es casual, ya que en el curso de esos decenios tuvieron lugar transformaciones de enorme importancia en el agro en todas las provincias de la región pampeana. Uno de los cambios fue el progresivo abandono del campo como lugar de residencia permanente y el traslado de las familias (de manera total o parcial) a los centros urbanos más cercanos. El agro comenzaba a despoblarse de a poco, y General M. Campos no fue la excepción en ese sentido, aunque probablemente el proceso fue algo más tardío en La Pampa si lo comparamos con otras provincias. Lo cierto es que, además, los medios de movilidad se modificaron, como veremos enseguida.

Pero en 1959, si revisamos en detalle el *Libro de censo de la Escuela N.º 133*, nos encontramos con un equilibrio entre las niñas

y niños que estaban en edad escolar y vivían en la zona urbana y aquellas personas que tenían residencia en el campo. Eran 54 las niñas y niños que formaban parte del primer grupo, entre quienes figuraban apellidos como Iglesias, Maino, Roth, Novak, Martocci, Jacobo, Kamalosky, Sierra, Meder, Yeger, Slozzer, Godoy, Pelayo, Ruiz, Wrede, Weiman, Otarola, Konrat, Scarola, Schumascher, Torres, Rodríguez, Kuhn, Augusto y Díaz. Eran 57 las niñas y niños que llegaban desde el campo: allí se destacaban los apellidos Otero, Schestel, Schumascher, Roth, Rovein, Groh y Machuca. Pero entre los que vivían en la zona rural, según aclaraban en el libro, había un grupo “fuera de radio” que estaba mucho más alejado: Horacio Martín estaba a 10 kilómetros de distancia, María E. Gerk, José A. Gerk y Felisa L. Gerk a 5 kilómetros, Néstor C. Costilla a 12 kilómetros y medio, Graciela Z. García, Hugo R. García, Irma D. Señas y Oscar I. Anheliger a 1 legua y media, Alberto E. Lehr, Juan E. Lehr, Erico H. Lehr, Aníbal Raúl Lehr, Elvira M. Schmidt, Delia M. Schmidt, Julio A. Schmidt, Silvia E. Schmidt, Clara T. Schmidt, Juan C. Schmidt, Ofelia M. Schmidt, Felipe V. Schmidt, Juan J. Schmidt y María T. Schmidt a 1 legua, Mirtha N. Otarola, Horacio S. Schiel y Hugo Schiel, Ricardo O. Consiglio, Rosa M. Consiglio y Osvaldo E. Consiglio a 2 leguas, Nilda B. Widerman, Héctor O. Widerman, Carlos O. Yurk a 2 leguas y media, Elsa L. Khin, Lidia H. Khin, Agustina Khin y Rosa N. Khin a 3 leguas.

El porcentaje de alumnado de la planta urbana irá ascendiendo con el correr del tiempo, pero, a su vez, los medios de movilidad también cambiaron. Por ejemplo, Dora Alicia Martínez, maestra de la Escuela N.º 133 durante la década de 1980, recuerda que previamente había trabajado entre 1975 y 1979 en la Escuela de la Colonia La Florida, pero cuando esta última se cerró –en 1979– iba una camioneta de la Comisión de Fomento de General M. Campos a buscarla a ella y a sus alumnos hasta La Florida para trasladarlos hasta la Escuela N.º 133 (y luego los volvía a llevar el

mismo vehículo hasta La Florida). El carro tirado por caballos era, de manera progresiva, reemplazado por los medios de locomoción que funcionaban a motor, lo que también permitía a las familias rurales que contaban con vehículos trasladadas a sus retoños hasta la localidad.

Pero lo que se nota bien a través de los registros fotográficos es la evolución del arbolado de la institución educativa. Si comparamos la primera fotografía que insertamos a continuación, tomada durante las actividades realizadas en el marco de la inauguración del busto de Sarmiento –en 1956–, con la otra de un acto llevado a cabo ya durante la etapa de la dirección de Juana del Carmen Cornejo de Torres, eso se pone de manifiesto.

Imagen 35



Actividad realizada en el patio de la escuela en el marco de la inauguración del busto a Sarmiento. Archivo de la Escuela N.º 133.

Imagen 36

Acto realizado ya durante la dirección de Juana del Carmen Cornejo de Torres. Archivo de la Escuela N.º 133.

La tarea de quienes plantaron y regaron esos árboles entre las décadas de 1950 y 1960 rendía sus frutos. Asimismo, de manera un tanto paradójica, al mismo tiempo que el alumnado rural descendía en los decenios finales del siglo pasado las actividades que se vinculaban con prácticas agrarias se institucionalizaban mucho más. Estas últimas, tal como ya señalamos, estuvieron presentes desde los orígenes de la escuela, por eso existió una huerta en la institución antes de que se inaugurara el edificio educativo en 1951, que luego se materializó en un espacio cercano para frenar el avance de las aves de corral que destrozaban la tarea del alumnado. Pero fue en la década de 1980, más precisamente el 12 de marzo de ese año, cuando se instauraron, debido a la orientación educativa en algunas escuelas de la provincia, las denominadas “técnicas agropecuarias”. Esto ocurrió por la disposición N.º 186/1980 de cambio de modalidad. En el *Libro histórico* de la escuela se registra que en 1980 se realizaban, en horario de tarde, actividades coprogramáticas, que se iniciaron el 2 de mayo

de dicho año. Entre estas últimas estaba incluida “técnicas agrarias”, según se lee en esa fuente. Quien las tuvo a su cargo durante 1980 fue la maestra Perla E. Martocci, que era la docente de 5° grado en ese momento. En la siguiente fotografía se la observa junto con el alumnado trabajando en la huerta, que estaba ubicada atrás del comedor de la institución y tenía un cerco de alambre tejido, según se puede advertir. Ocupaba unos 20 metros cuadrados, aproximadamente.

Imagen 37



La maestra Perla E. Martocci con el alumnado durante pleno trabajo en la huerta. Repositorio fotográfico de Federico Martocci.

Pero en 1981, según el mismo *Libro histórico*, su denominación cambió y también lo hizo la persona a su cargo. Ese año, la actividad coprogramática figura como “técnicas agropecuarias”

y la dictaba Dora B. Riera, a quien sucedió, en 1982, Azucena B. Freidenberger de Gómez. A partir de 1983, y hasta obtener su jubilación en 2013, en ese espacio se desempeñó Aníbal Raúl Lehr, un egresado de la institución que, a su vez, se había formado como Perito Agrónomo en la Escuela Agrotécnica de Rivera y Bachiller Agrotécnico en Coronel Vidal y Miramar, en provincia de Buenos Aires, títulos que obtuvo en 1971 y 1974, respectivamente.

De ese modo, un niño que recorría diariamente varios kilómetros desde el campo hasta el pueblo para asistir a la escuela, se convertía así en uno de sus docentes, más precisamente en el *maestro de huerta*, como sería recordado por muchas y muchos infantes que “habitaron” las aulas de la Escuela N.º 133 durante su niñez. Aquí comenzó una nueva etapa, en la que nos concentraremos a continuación.

La huerta escolar: entre el trabajo con la tierra y los interrogantes científicos

El 21 de marzo de 1983 Lehr comenzó a desempeñarse como interino en dicho cargo. Cuando la escuela de General M. Campos pasó a ser de jornada completa, en marzo de 1984, el cargo de Técnicas Agropecuarias se levantó y, luego, volvió a crearse de manera formal el 14 de junio de ese mismo año, con una carga horaria de 15 horas semanales, 5 más de las que tenía previamente. El mismo docente continuó al frente del espacio como interino, hasta 1989, y a partir de entonces como titular hasta que se jubiló. Para la escuela era algo relativamente nuevo, aunque no podemos desconocer las experiencias anteriores que analizamos en otros apartados, ya que pasaba a ser jornada completa y las “técnicas agropecuarias” se institucionalizaban. Esto permitió que, por ejemplo, tuviera continuidad en el tiempo y el espacio de la huerta adquiriera mayor protagonismo en el predio de la institución. El

pequeño lugar en el que habían trabajado Perla E. Martocci, Dora B. Riera y Azucena B. Freidenberger de Gómez se convertiría en una parte sustancial de la manzana en la que se encuentra la escuela, pero ya no en ese lugar. El programa que comenzó a funcionar en ese decenio era más amplio y se inspiraba en ciertas experiencias desarrolladas en otros países, como por ejemplo en Honduras. Como se advierte en la siguiente foto de la promoción 1986, en la que posan junto con parte del equipo docente, ya estaba alambrado y en funcionamiento uno de los sectores de la huerta (al fondo y a la derecha de la foto).

Imagen 38



La promoción 1986, junto con el equipo docente, entre quienes se encuentran Beatriz Weinberger, Rosa Meder, Dora Martínez, Alicia Álvarez, Silvia Stalldecker, Perla Martocci, Aníbal Raúl Lehr, Rubén Galeano y Nora Amer. Archivo de la Escuela N.º 133.

Asimismo, fue necesario utilizar el antiguo tinglado que se construyó en 1951, y que en algún momento se cerró con paredes, ya que sería preciso guardar allí las herramientas y, más adelante, criar gallinas

para obtener huevos y también para consumir su carne. Las gallinas ya no invadían la huerta, como ocurría en la década de 1950, sino que se criaban con fines específicos y el alumnado intervenía en dicho proceso. La idea principal, según recuerda el docente a cargo, fue realizar proyectos y adaptar los contenidos. Primeramente, se comenzó con el traslado y ampliación de la huerta, y se empleó para ello un espacio que estaba en el predio desde los orígenes del edificio propio. Se instaló el gallinero y, después, con previa presentación de un proyecto, se instaló el invernadero. De esa manera, poco a poco toda una esquina del terreno escolar adquirió una fisonomía característica y comenzó a tener una intensa actividad que acercaba a niñas y niños a las tareas agropecuarias, ya sean hortícolas, de crianza de animales de granja o vinculadas con la forestación y el parqueizado. Aquí se pueden ver dos momentos de ese desarrollo, una fotografía de pleno trabajo escolar al promediar la década de 1990 y otra en la que Lehr está acondicionando el invernadero con sus alumnos en 2005.

Imágenes 39 y 40





Un sector de la huerta escolar en dos momentos distintos: a mediados de la década de 1990, cuando aún no estaba el invernadero, y en 2005. Archivo de la Escuela N.º 133.

Desde los primeros años, en este espacio se impulsó la participación en la feria de ciencias escolar y en algunos concursos de monografías que organizaba la Subsecretaría de Producción y Recursos Naturales del gobierno de La Pampa. Un ejemplo al respecto es el de 1991, cuando alumnos de 6º año de la escuela obtuvieron el tercer premio con el trabajo titulado *El suelo, su decisión de manejo de cara al futuro*. Luego, en 1992, se presentó la monografía *Lucha contra la fiebre aftosa en la provincia de La Pampa*, con alumnos de 7º año, y en otras instancias se participó con trabajos sobre temáticas como las reservas forrajeras y el cooperativismo.

En lo que respecta a Feria de Ciencias, la Escuela N.º 133 comenzó a participar en 1976, siempre a partir de proyectos relacionados con problemáticas locales y zonales. En las siguientes fotografías se puede observar a niñas y niños de la institución durante esos eventos, en el primer caso de 1979 y en el segundo de 1981.

Imágenes 41 y 42



Presentaciones en Feria de Ciencias en 1979 (arriba) y 1981 (abajo).
Archivo de la Escuela N.º 133.

A partir de la etapa en la que Lehr impulsó el espacio de “técnicas agropecuarias”, él señala que persistentemente hubo un gran grupo de docentes y no docentes que apoyó y colaboró de manera sistemática en lo que refiere a las actividades realizadas para presentar trabajos en instancias de Feria de Ciencias. De ese modo, fue posible alcanzar resultados positivos y, en todas las ocasiones, el objetivo en definitiva era dejar algo para la localidad. Entre estos últimos aportes, se pueden mencionar por ejemplo el invernadero, el parque de plantas nativas y el parque ecológico.

Desde 1993 se comenzó a participar en instancias locales, zonales y provinciales de Feria de Ciencias, y en ocasiones se obtuvieron excelentes resultados incluso en las presentaciones de carácter nacional. A continuación, se detallan los proyectos que fueron sucediéndose en diferentes años, en los que se trabajaba conjuntamente con el alumnado, y se mencionan las instancias alcanzadas.

1993

“Crianza artificial del ternero”, 6° año: zonal y provincial

1994

“Huerta orgánica”, 5° año: zonal y provincial.

“Una máquina de poner huevos”, 6° año: zonal y provincial.

“Una propuesta para salvar a mi pueblo”, 7° año: zonal y provincial.

1995

“Lombrices Californianas”, 5° año: zonal y provincial.

1996

“Plata dulce”, 7° año: zonal y provincial.

1997

“Productos lácteos”, 6° año: zonal y provincial.

1998 –Feria Zonal organizada por la Escuela N.º 133–.

“Papel a mano”, 4° año: zonal y provincial.

"Plantas aromáticas", 5° año: zonal y provincial

"Pobres guachos", 6° año: zonal y provincial.

"Creciendo en colores", 1° año: zonal y provincial.

2000 –Feria Zonal organizada por la Escuela N.º 133–.

"Ayudemos a la naturaleza", 5° año: zonal y provincial.

"Papel a mano", 6° año: zonal y provincial.

"Tofu ¿Q...eso?", 8° año: zonal, provincial y nacional.

2002

"Ayudemos a la naturaleza", 6° año: zonal y provincial.

2003 –Feria Zonal de Ciencia y Tecnología organizada por la Escuela N.º 133–.

"Ayudemos a la naturaleza", 7° año: zonal, provincial y nacional.

"Tala versus chala" 5° año: zonal.

"Isotermas paralelas", 6° año: zonal y provincial.

"El pueblo en historia", 4° año: zonal.

2004

"Sombras nada más", 5° año: zonal y provincial.

"Del Japón a La Pampa", 6° año: zonal y provincial.

"Técnicas de germinación de *prosopis caldenia*", 8° año: zonal, provincial y nacional.

2005

"Sombras nada más", 6° año: zonal y provincial.

"Que...su?", 7° año: zonal y provincial.

2006

"Desechos + alimento", 8° año: zonal, provincial, nacional e internacional del Mercosur.

"Lacto-suero como fertilizante", 6° año: zonal y provincial.

"Aprendemos jugando", zonal.

2007 –Feria Zonal de Ciencia y Tecnología organizada por la Escuela N.º 133–.

“Construyo para aprender jugando”, zonal y provincial.

“Naturaleza en acción”, 7° año: zonal y provincial.

“El camino de la lana”, 7° año: zonal.

“Desecho +alimento”, 8° año: zonal y provincial.

“Fertilac”, 7° año: zonal, provincial y nacional.

2008

“Deformaciones en prosopis caldenia”, 4° año: zonal y provincial.

“Fertilac II”, 8° año: zonal, provincial y nacional.

2009

“Deformaciones en prosopis caldenia II”, 5° año: zonal y provincial.

“El poder de la piretrina”, 5° año: zonal y provincial.

2010

“Deformaciones en prosopis caldenia III”, 6° año: zonal, provincial y nacional.

“El poder de la piretrina”, 6° año: zonal, provincial y nacional.

2014

“Manitos que hablan”, 2° año: zonal y provincial.

2019

“Juego para aprender matemáticas”, 1° año: zonal y provincial.

Como se puede observar, la actividad fue muy intensa en este sentido entre la última década del siglo XX y la primera del XXI. Los trabajos presentados incluían, por mencionar solo algunos, experiencias con prácticas de germinación, cultivo de diferentes plantas, cría de diversos animales (como terneros y codornices) y concientización sobre la importancia de preservar el medioambiente. Aquí insertamos algunas imágenes de esas experiencias en feria de ciencias, que incluía la instancia de presentación en

los eventos, desde luego, pero cada trabajo se realizaba de manera colectiva con los niños y niñas de los cursos que participaban, como se advierte por ejemplo en la foto en la que el alumnado está atendiendo los terneros.

Imagen 43



Los alumnos Gómez y Dittler, junto con Lehr, en la instancia nacional de Feria de Ciencias realizada en Tucumán. Archivo de la Escuela N.º 133.

Imagen 44



Alumnado atendiendo a los terneros en 1998. Archivo de la Escuela N.º 133.

Además, desde el área de técnicas agropecuarias se trabajó en horticultura con diversas prácticas y talleres sobre utilización de verduras y distintas frutas, tanto frescas como en conservas. También se llevaron a cabo encuentros de niñas y niños horticultores. En conjunto con personal del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), con técnicos del Ministerio de la Producción y con otros profesionales en materia agronómica, se visitaron basureros con tratamientos de residuos, lombricarios y plantas de reciclado.

En cuanto a la avicultura, se desarrolló la crianza de gallinas ponedoras y de pollos parrilleros, lo que permitía obtener productos de calidad para el consumo humano. A través de la articulación con el INTA, se solían repartir desde la institución escolar pollitos para criar (como ponedoras o para consumo familiar) y semillas

para huerta en la localidad de General M. Campos. Pero también se trabajó en lo que refiere a forestación, en especial a partir de la colocación de árboles de variadas especies en distintos lugares del pueblo, o inclusive con acciones para difundir la relevancia y los beneficios de las plantas en la planificación urbana.

Los cambios acaecidos entre 1951, cuando comenzó a funcionar el edificio escolar propio, y comienzos de la presente centuria fueron muy notables. No solo la localidad de General M. Campos adquirió un mayor desarrollo urbano, sino que también la huerta de la institución asumió un papel fundamental en la formación del alumnado local. Inclusive el espacio en el que se desarrollaban las "técnicas agropecuarias" alcanzó una impronta de tal magnitud que incentivó a niñas y niños para hacer sus primeros pasos en materia de investigación científica. En 2011 se comenzó a construir el edificio del Colegio Crucero Gral. Belgrano en la localidad, lo que implicó, además, reorganizar el espacio en el predio escolar y trasladar la huerta a otro lugar. Por eso, en el 2012 se instaló el invernadero en la parte del patio ubicada frente a la calle Sarmiento, cerca del lugar en el que al promediar el siglo XX se estacionaban los carros, sulkys y caballos de quienes viajaban desde el campo para asistir a clase. Pero sin duda una imagen puede decir mucho más que mil palabras, como indica el dicho popular. En los albores de la actual centuria, el alumnado de General M. Campos experimentaba un viaje en sully cuando visitaba en 2004 la granja "La lomita", en Santa Rosa, como se puede ver en la fotografía. Cientos de niñas y niños habían dependido durante buena parte del siglo XX de ese medio de transporte para llegar a la escuela en dicha localidad, pero probablemente los entusiastas infantiles de la imagen no lo sabían. Ojalá que este capítulo, y el libro en general, sea útil para que las generaciones actuales y venideras conozcan un poco mejor la historia de su escuela, que es una orgullosa escuela centenaria.

Imagen 45



Alumnado de la Escuela N.º 133 en la granja "La lomita", Santa Rosa.
Archivo de la Escuela N.º 133.

Un vecindario a disposición: el apoyo social a la institución educativa

María José Billorou, María Angélica Kette y
Ana R. Gisler

La Asociación Cooperadora “Domingo Faustino Sarmiento”

Desde los orígenes de la escuela, el vecindario movilizado adhirió fuertemente a todas aquellas iniciativas que apuntalaran su desarrollo institucional y la colaboración con sus alumnos. Las primeras cooperadoras escolares del Territorio Nacional de La Pampa se constituyeron por la acción de los vecinos, en 1915, en Santa Rosa, ciudad capital del Territorio, para dar respuesta a las necesidades de los alumnos pobres.

Las cooperadoras pampeanas se organizaron bajo una doble dinámica, los docentes las impulsaron, acorde a las políticas generadas por las autoridades educativas, al mismo tiempo que las pequeñas comunidades buscaron responder a los requerimientos de los sectores más vulnerables de su población, especialmente, en la década de 1930, por los efectos de la dura crisis agroclimática, una sequía prolongada y los cambios en los mercados

internacionales de productos primarios que afectaron a la economía de la región.

Las autoridades educativas nacionales elaboraron una serie de reglamentaciones para impulsar su formación. El 20 de junio de 1932 se dictó una completa reglamentación que generalizaba la existencia de las sociedades; cada escuela debía formar la propia que se ocuparía de dotar material al establecimiento, a los alumnos ropa, calzado y merienda, a mejorar la concurrencia escolar, a aumentar los libros de biblioteca y participar activamente en las celebraciones de los actos patrios. Para ello, se estableció la participación obligatoria de los docentes en el seno de la Comisión Directiva de cada una de las instituciones.

Estos cambios impactaron fuertemente en General Campos, una pequeña comunidad agropecuaria, a lo que se sumó la vulnerable y precaria situación edilicia escolar; factores que hicieron necesario institucionalizar esta colaboración y apoyo. El 23 de abril de 1933 se reunieron en la Escuela un grupo de vecinos, en presencia del director Juan B. Morales, y resolvieron la creación de la Sociedad Cooperadora, cuyo presidente fue Juan Facca, José Demari como vicepresidente, Juan B. Morales secretario, Heriberto Elisiry prosecretario, Rafael Álvarez tesorero, Rodolfo Masarotti profesor, en tanto que sus vocales fueron Adolfo Maino, Feliciano Costilla, Eugenio Lafitte, Victor Mendaza y como suplentes Juan Lafitte y Gabino Sierra. Los revisores de cuentas fueron Juan Martocci y Pedro Larrea. De esta manera, eligieron la primera Comisión Directiva, formada exclusivamente por hombres, aprobaron sus estatutos y establecieron el monto de la cuota mensual. El director se convirtió en secretario acorde a las reglamentaciones educativas. La primera medida que llevaron adelante fue la instauración de la copa de leche, la entrega de pan y leche a los alumnos; esta iniciativa tomada de ejemplo de los

incipientes servicios de alimentación desarrollados las grandes ciudades del Litoral, y en la comunidad santarroseña.

Sin embargo, esta primera Comisión tuvo corta vida y, el 29 de marzo de 1936, se reunieron nuevamente para reorganizarla.

Comisión Directiva

1936

Presidente: Juan Facca

Vicepresidente: Nicolás Salmerón

Secretario: Heriberto Elisiry

Prosecretario: Felipe Priotto

Tesorero: José Denari

Protesorero: Adolfo Maino

Vocales: Eugenio Lafitte, Pedro Larrea y Juan Lafitte

Revisores de cuentas: Juan Saénz y Carlos Priotto

Suplentes: Dioniso López, José Cabrero y José Schechtel.

Si observamos su constitución, los nombres de los vecinos se repitieron; sin embargo, en su integración no hubo docentes. Al mismo tiempo se organizó, dentro de la institución, una Comisión Pro-Edificio constituida por Nicolás Salmerón presidente, Juan Facca vicepresidente, Heriberto Elisiry secretario, Felipe Priotto prosecretario, José Denari tesorero, Adolfo Maino, Dioniso López, Rodolfo Massarotti como vocales y Carlos Priotto, Eugenio Lafitte como revisores de cuentas. Precisamente, la idea de esta entidad era acentuar las acciones para la concreción de un edificio propio.

Sus esfuerzos se orientaron, desde el primer momento de su creación, a fortalecer la institución escolar mediante la organización de reuniones populares. Así, las fiestas mayas, realizadas el 24 y 25 de mayo, se convirtieron en una fecha fija en el calendario

festivo de la Asociación. La recaudación obtenida en 1936 les permitió la adquisición de ropa para los escolares, guardapolvos, tricotas, pantalones medias y zapatillas, libros para la biblioteca escolar, recientemente creada, y materiales de trabajo para el aula, cuya estrella fue un microscopio.

En 1939, nuevamente se hizo necesario el restablecimiento de la Comisión Directiva; situación que evidencia las dificultades para la organización institucional en una localidad tan pequeña que atravesaba las repercusiones de la crisis. Bajo la presidencia de Mario Suarez, Bernardo Álvarez como vicepresidente, Víctor Gentiluomo secretario, Ricardo Jacobo prosecretario, Juan Facca tesorero, Ángel C. Martocci protesorero en tanto sus vocales titulares fueron Elsa Gómez de la Torre, María Esmeralda Schanton, Juan Lafitte, Victor Mendaza y Victoriano Sniger: en tanto los vocales suplentes Adolfo Maino, Eugenio Lafitte y Gabino Sierra. Los revisores de cuentas fueron Miguel González Barreiro y Rafael Alvarez. La incorporación de mujeres, por primera vez en la toma de decisiones, respondió a su condición de maestras; de esta manera, se ajustaron a la normativa vigente.

A la agenda de actividades, se sumó, en los últimos días de noviembre, la preparación de bailes populares, y en algunas ocasiones, festivales artísticos escolares. Las ganancias obtenidas se distribuyeron entre la Cooperadora, la Comisión Pro- Edificio Escolar; y para demandas puntuales, así, en los años 1941 y 1942, una parte se destinó a la Comisión Pro Monumento a San Martín.

Una nueva política pública en pos del cuidado de la salud física y moral de la niñez en edad escolar, especialmente en las provincias y en los territorios nacionales, se materializó en 1938 a través de dos nuevas herramientas. En primer lugar, se creó la Comisión Nacional de Ayuda Escolar, presidida por el subsecretario de Justicia e Instrucción Pública; en segundo lugar, se inició en mayo el trámite legislativo para la sanción, el 14 de octubre de 1938, de la

ley de "Protección a los niños en edad escolar. Instituciones complementarias de la educación común" (N.º 12558).

Una de las principales líneas de acción de la Comisión, se orientó al sostenimiento de los servicios alimentarios, a través de la recepción y utilización de los subsidios estatales, al mismo tiempo que generaban sus fondos propios. En este contexto, la directora solicitó incesantemente a las autoridades, desde 1941, la creación de un comedor escolar en base a la situación económica de los pobladores, en tanto una gran cantidad del alumnado provenía de las chacras vecinas que habían sufrido una transformación de su realidad económica en los últimos años, aspecto que también se aborda en el capítulo de Federico Martocci y Aníbal Raúl Lehr en este mismo libro. A pesar del apoyo recibido por la Comisión de Fomento y la Asociación Cooperadora, el pedido no prosperó.

Las cooperadoras jugaron un rol central para ejecutar las nuevas políticas de protección social, por lo tanto fue necesario readecuar el funcionamiento de las instituciones a las nuevas exigencias. El 3 de septiembre de 1943, de acuerdo con el Acta de la Asociación, se aprobaron los nuevos Estatutos, presentados por Nélida Romanello de Gentiluomo, que fueron remitidos a la Comisión Nacional y a la Inspección.

Una serie de tareas protagonizadas por los mismos alumnos, funciones de teatro de títeres, partidos de fútbol con localidades cercanas, se introdujeron para la recaudación de fondos durante esos años.

El comedor escolar en marcha

Nuevamente fue necesaria una restitución de las autoridades ante la renuncia de las anteriores y la ausencia de renovación, durante el año 1945; en esta ocasión, el director Patricio Rodríguez

se incorporó como asesor. Las primeras decisiones, una vez lograda su normalización, se orientaron a la adquisición de elementos necesarios para la vida escolar, libros de textos para los estudiantes que no podían costearlos, una bandera, discos, un proyector para utilizar con fines educativos y disponer la creación del cine escolar. A partir de la inscripción de socios y de la realización de las fiestas mayas, en conmemoración de la Revolución, se logró obtener el dinero suficiente para solventar, desde el 15 de junio, la Copa de leche que incluyó la entrega de un panecillo. Al mismo tiempo se iniciaron una serie de gestiones con la Inspección Seccional y el gobernador del Territorio, Miguel Duval, para la consecución de un subsidio de la Comisión Nacional de Ayuda Escolar en pos de su financiamiento. Finalmente, el 1 de abril de 1946, debido al éxito de las diligencias, se le otorgó a la Asociación el monto de 180 pesos para la apertura de un Comedor Escolar en los locales del ferrocarril.

La acción de la Cooperadora fue esencial para su funcionamiento, gracias a ella, se compró una cocina, una olla de catorce litros, utensilios de cocina, platos, cubiertos y dos mesas, ya que el dinero estatal era insuficiente. En 1948, alcanzó los 250 pesos para atender los servicios alimentarios para cuarenta y cinco alumnos; el comedor atendido por los docentes, según las palabras del Inspector en su Informe, debía ser un "un centro de actividad social donde el niño reciba de sus maestros una enseñanza práctica en el orden educativo". Sin embargo, a pesar del aumento, se debía cubrir un déficit, ante el peligro de reducir el número de niños y niñas asistentes.

Hacia 1951, ante la dificultad de sostenerlo y la disminución de la necesidad de asistencia, se transformó nuevamente en un refrigerio, con el otorgamiento de leche, pan y dulce. Finalmente, un año después, desapareció.

El novel edificio y los desafíos renovados

La inauguración del nuevo edificio, logró anhelado desde sus orígenes, implicó un desafío para la Asociación. En primer lugar, la Comisión Pro-Edificio, creada desde 1933, le donó, en 1950, todos los fondos y haberes consolidados en su seno, con la condición de que una parte se destinara a la adquisición de una manzana de terreno, adyacente al inmueble escolar, para la creación de un campo de deporte y de un espacio de juegos infantiles.

Imagen 46



Festejo del cumpleaños de la hija del maestro Anisio Herrero, en el que se pueden ver a niños y niñas en los juegos del patio escolar. Archivo de la Escuela N.º 133.

En segundo lugar, distintas condiciones surgieron para el sostén escolar, como ya hemos explicado en el capítulo anterior, el pago de una parte de su remuneración a la portera María

Francisca “Chiquita” Martocci implicó una costosa erogación sostenida durante largos años. En 1959, la entrega de un subsidio de mil pesos por parte del gobernador de la provincia, se destinó al mejoramiento del sueldo de quien era en ese momento la portera.

En tercer lugar, el mantenimiento del nuevo inmueble supuso distintas obligaciones: los artículos de limpieza, la consecución de agua potable comprendió el mantenimiento de la bomba, su combustible y cuidado, así como la calefacción. La parquización del predio escolar requirió, igualmente, de la compra de plantas para su evolución.

Con el paso de los años, la edificación necesitó de múltiples reparaciones; en pos de este objetivo la Asociación Cooperadora elevó solicitudes de ayuda financiera tanto a las autoridades educativas, encarnadas en la figura del Inspector, como a las provinciales. Sin embargo, con los fondos propios resultado de las múltiples actividades organizadas se llevaron adelante múltiples obras, entre ellas, cabe destacar el escenario y la cancha de básquet.

La modernización de los servicios se impuso y su concreción demandó un enorme esfuerzo, tanto logístico como financiero; desde 1964 se inició la renovación de la instalación eléctrica por etapas, en una primera el patio cubierto, la entrada y la dirección. En una segunda, las aulas. La calefacción, también demandó una renovación total, las viejas estufas cuyas exigencias de leña eran onerosas y demandantes de gran esfuerzo, en tanto implicaron conseguir la leña, trasladarla del campo, acumularla en el predio escolar y luego, de acuerdo a las necesidades, colocarlas en cada estufa de cada aula, fueron reemplazadas desde mediados de la década de 1960 por pantallas de gas. La obra precisaba una cantidad de materiales, garrafas, reguladores, pantallas; para ello, la Asociación solicitó un subsidio a la Legislatura provincial. Asimismo, la provisión de agua urgió una sustitución tanto

de las cañerías como del motor que impulsaba el bombeador. En 1967 la institución firmó un convenio con el Consejo Nacional de Educación para realizar un plan de obras edilicias que se renovó en 1972. Las autoridades provinciales colaboraron con el mantenimiento del edificio en diversas oportunidades, como por ejemplo en marzo de 1968, cuando presupuestaron los costos y otorgaron la partida correspondiente para su ejecución.

La dinámica escolar, del mismo modo, planteaba otras necesidades cotidianas para la labor de la Cooperadora: materiales necesarios para las clases, cuadernos, lápices, tizas, ilustraciones, utensilios para la huerta, temperas, mapas y botiquines. En algunos casos, elevó pedidos a los noveles organismos provinciales; de esta manera, los guardapolvos y las zapatillas a la Secretaría de Bienestar Social, los materiales deportivos a la Dirección de Educación Física.

Al mismo tiempo, desde 1964, se reimplantaron los servicios alimentarios a través de la Copa de Leche en un esfuerzo conjunto de la Sociedad Cooperadora que aportaba el pan, los padres la leche y la colaboración del vecindario para el cacao y el azúcar. A partir de 1968, recibió un subsidio del gobierno de La Pampa, de cien mil pesos, para su sostenimiento.

El trabajo de los docentes fue fundamental, tanto de apoyo de las iniciativas como de gestión, dentro de la Comisión Directiva, al asesoramiento de la Directora, Juana Cornejo de Torres se sumó la acción decidida de María Marta de la Fuente y Nelsa Ofelia Clemente como revisoras de cuentas.

Los eventos emprendidos para la recaudación de fondos, acorde al calendario ya consolidado, las fiestas mayas y julias y la finalización del curso escolar, gozaron cada vez de mayor importancia y complejidad. Como ejemplo podemos describir los festejos realizados entre el 6 y 9 de julio de 1967 que incluyeron rifas, torneo de truco, muss y canasta, función cinematográfica, torneo

de atletismo y baby fútbol, velada folklórica, almuerzo, baile popular y la organización de torneo de Basquetbol entre dos equipos de clubes santarroseños –Estudiantes y All Boys en el Club Unión–. Gran parte de las ganancias conseguidas, se utilizaron para la construcción de canchas de baby fútbol y fútbol infantil en la Escuela, inauguradas en agosto durante la celebración del día del niño. Las veladas teatrales, de distintos grupos de fuera de la localidad, también se constituyeron en actividades relevantes durante estos años.

El cambio de categoría de la escuela, a partir de 1975, a una institución de “jornada completa” implicó la reapertura del comedor escolar; de esta manera fue imprescindible reacondicionar los espacios escolares para su funcionamiento, compra de mesas, construcción de la despensa. Este espacio, con la transferencia posterior de la Escuela a la provincia y su progresiva consolidación en esa condición desde 1984, se constituyó en central en la cotidianeidad de la vida institucional.

El comedor en los últimos años

Silvia Stalldecker

Solventado por la Municipalidad, desde 1984, ofrecía el almuerzo a los niños que acudían desde el campo y a los alumnos de escasos recursos. La atención del mismo recaía siempre en los docentes que se turnaban para colaborar en el cuidado de los niños y a su vez, guiar las formas de comportamiento durante la comida.

En el año 2011, el comedor se incluyó en los gastos de funcionamiento de la institución, y por lo tanto, como es lo que corresponde, puede asistir todo alumno que lo desea, y así el número aumentó considerablemente. De esta manera, se

reestructuraron los espacios y la organización horaria. Se implementó una dieta saludable, balanceada y muy variada con la ayuda de nutricionista. En 2022, se incluyó el Nivel Inicial al comedor.

La Cooperadora de la escuela provincial

El traspaso de los ámbitos de dependencia, de nacional a provincial, acentuó las ya existentes relaciones con las autoridades pampeanas. Una gran parte de los esfuerzos se orientaron a embellecer la institución, en 1980, con la colocación de una verja en todo el frente. Siete años después, con la instalación de la vereda gracias a la obtención de un subsidio provincial.

Al mismo tiempo, la Asociación colaboró con la contratación de personal auxiliar de limpieza para complementar el plantel, una tarea que realizó desde sus orígenes; de esta manera, en 1984 se empleó a Mirta Guevara para estas actividades. Unos años después, sus fondos se orientaron a la limpieza de los vidrios de toda la institución, dos veces por mes, así como al pago de una ayudante para el mantenimiento del comedor.

El sostén de determinados espacios y actividades concentró gran parte de las energías, como por ejemplo el mantenimiento del jardín, para lo que fue imprescindible la compra de una cortadora de césped, a lo que se sumó, una vez inaugurado con motivo del setenta y cinco aniversario, el parque ecológico “Juana del Carmen Cornejo de Torres”, ubicado en la manzana lindante. La fotocopiadora se transformó en una necesidad, invaluable a través de los años, que requirió arreglos y renovación con un formidable esmero.

La convivencia con el Colegio Secundario, hizo posible compartir gastos entre ambas Asociaciones Cooperadoras, especialmente para obras de infraestructura importantes; en 1991 los enrejados de las ventanas de los baños para darles mayor seguridad; si como cinco años después la reforma completa de las instalaciones eléctricas. Esta renovación posibilitó la compra y la puesta en funcionamiento, desde 1994, de ventiladores a lo largo de todos los espacios escolares.

Otra gran obra a la luz de las transformaciones de la provincia y la localidad involucró la llegada de gas natural, en 1992, a General M. Campos. Ello hizo posible la conexión para la Escuela; en tanto implicó una acción estructural de gran envergadura, recién se finalizó en 1996, gracias a la entrega de un subsidio ministerial provincial.

Las innovaciones tecnológicas, tanto en las formas de enseñanza como en la gestión escolar, representaron la colaboración incondicional del organismo para su compra, en pos del beneficio institucional, como proyector de diapositivas, reproductor de videos radiograbador, pasacasete, computadoras, videos y libros. La biblioteca escolar también se benefició, en este período, no solo con nuevo material sino con estanterías.

Como ya hemos señalado en otro capítulo, la consolidación del nivel inicial con su obligatoriedad desde 1992, determinó su mudanza a la antigua casa de los maestros que debió ser refaccionada para admitir a un número considerable de alumnos, en un primer momento, solo con los recursos disponibles por la Cooperadora.

El Plan Social Educativo, una política compensatoria creada por el Ministerio de Educación Nacional, desde 1993 hasta 1999, buscaba resolver las problemáticas educativas relacionadas con la fragmentación social y la desigualdad de oportunidades educativas de casi cuatro mil escuelas en todo el país. La iniciativa tuvo como objetivo subsanar las diferencias socio-económicas existentes tanto entre distintas regiones del país como al interior de cada una de ellas. Estas políticas englobadas bajo esta denominación

abarcaban un conjunto diferenciado de modalidades de intervención. La mayor parte de los recursos de este plan se orientaron a mejorar la infraestructura edilicia y el equipamiento didáctico del tercio de establecimientos educativos más pobres del país. A partir de su incorporación, en 1994, dentro de la línea de mejoramiento de infraestructura escolar, una parte de los fondos disponibles se destinaron a la fundación de una sala para el nivel inicial, junto con otras dos aulas y anexos para el nivel primario. La Asociación fue la responsable de la ejecución y de la rendición del subsidio.

Las refacciones constantes y la manutención edilicia fueron una responsabilidad que, de manera frecuente, recaía entre las obligaciones de los miembros de la Cooperadora. El arreglo de los techos, la disposición de un termo tanque, la pintura de aberturas, la restauración de frente y la limpieza del tanque de agua formaban parte de la agenda de tareas cumplidas durante los veranos, con el dinero de la Sociedad, por el portero Pedro Jacobo Kollman, que era, a su vez, miembro activo del cuerpo. La colaboración en la realización de los viajes de estudio se constituyó en otra labor a la que se destinó gran parte de las ganancias alcanzadas.

El festejo de las bodas de diamante fue una excusa para poner la Escuela a tono en todo su esplendor, la pintura de la totalidad del inmueble, un año antes, en 1996, se pudo realizar gracias a la colaboración de la Cooperativa Eléctrica de Guatraché y de la donación de la provincia.

Las nuevas responsabilidades de manejo tanto de subsidios como de fondos nacionales y provinciales implicaron la adecuación de los estatutos a las leyes vigentes sobre formación de sociedades cooperadoras escolares; asimismo, desde 1994, fue necesario su registro en la Dirección de Promoción Comunitaria del Ministerio de Bienestar Social.

El establecimiento del Tercer ciclo y del Nivel Polimodal intimó la elaboración de obras de gran envergadura. Por lo tanto,

se presentaron dos proyectos de diferentes estudios de arquitectos a las autoridades provinciales, responsables de la elección. El compromiso de la gestión de los fondos provenientes de Nación, a partir de 1998, recayó en una unidad ejecutora local, constituida, a tal fin, por la presidenta de la Sociedad Cooperadora "Domingo Faustino Sarmiento", Cristina Garrone, el tesorero Miguel Müller y el portero Pedro Jacobo Kollman.

A lo largo de los años, en cada momento, en cada obstáculo y desafío la Asociación Cooperadora "Domingo Faustino Sarmiento" sostuvo la acción de la Escuela N.º 133, de esta manera, General Campos acompañó, sostuvo y se enorgulleció, a cada paso, de la labor educativa.

La Asociación en el siglo XXI

María Angélica Kette y Ana R. Gisler

Las Asociaciones Cooperadoras cumplen un rol fundamental al contribuir con bienes y servicios que de otra forma serían inaccesibles y, en este caso, la Cooperadora Escolar brinda asistencia a la Institución en cada necesidad que va surgiendo.

Desde 2016, año en que comienzo a desempeñarse como directora, María Angélica Kette, se convoca a las familias para conformar una nueva Comisión Cooperadora, es decir renovarla. La asistencia a la reunión fue mínima, por lo tanto, la directora se acercó a algunas familias y así se logró constituir una Asociación con la correspondiente Personería Jurídica, única en la Coordinación de Macachín. Esta comisión se fue renovando cada dos años como lo establece su Estatuto y con algunos pormenores funcionó adecuándose a la atención de todo lo que la Escuela fue requiriendo.

De esta forma se fueron haciendo de cargo de arreglos mínimos y urgentes, pagos de servicios menores y se fueron adquiriendo bienes para facilitar el bienestar de todos, por ejemplo, aires acondicionados y televisores para cada aula.

Al comienzo se organizaban reuniones para decidir sobre las actividades a realizar y el destino de los fondos recaudados, pero era muy difícil convocar a la Comisión por cuestiones de tiempos y horarios. A lo largo del tiempo estas reuniones fueron reemplazadas por un grupo de WhatsApp, lo que resultó sumamente cómodo para funcionar, no obstante, hubo reuniones en especial con las principales autoridades como presidente, tesorera y secretaria.

Las decisiones casi siempre fueron unánimes y el trabajo resultó muy llevadero, más aún, viendo los logros y haciendo ver al resto de las familias lo que se había alcanzado con esa colaboración. Cabe destacar que todas las familias, en mayor o menor medida, contribuían a la Cooperadora Escolar en las actividades que ésta proponía.

Siempre se tuvo en cuenta que lo recaudado era volcado a la Institución para beneficio de todos y cada sector de la misma recibía la atención que necesitaba, desde las aulas, cocina, comedor, patios, tareas administrativas, depósitos, etc.

Nuestra Cooperadora es una institución que acompaña constantemente la labor docente sea desde el aspecto edilicio como así también con aportes para la adquisición de libros, material didáctico, concreción de experiencias educativas fuera del ámbito educativo. Se mantiene una relación directa y estrecha que es beneficiosa para la comunidad educativa.

Es fundamental, como en cualquier organización, escuchar las voces de todos en las propuestas de acciones a efectuar y también es esencial acordar a qué se destinará el dinero

recaudado. La participación de todos hace a la continuidad en el tiempo de estas organizaciones.

La Asociación de ex alumnos

Pero no solo padres y vecinos ayudaron a la institución educativa, ya que sus exalumnos formaron una agrupación propia para mantenerla y favorecerla. De esta manera, se fundó en 1946, según el Registro de Actas y Estatutos, bajo la idea de “una sociedad de amigos, una agrupación fraternal a la que la escuela presta calor hogareño, y que da a la escuela, con el entusiasmo noble y desinteresado de los jóvenes, el instrumento efficacísimo para realizar una obra cultural de proyecciones incalculables”.

Comisión Directiva

1946

Presidente: Osvaldo Pelayo

Vicepresidente: Bernardo Álvarez (hijo)

Secretario: Víctor R. Massarotti

Tesorero: Juan José Facca

Vocales: José Vega, Octaviano A. Sobles, Marcial Iglesias y Juan Kletzel.

Dos años después, en la renovación de autoridades Lidia Sáenz fue su presidenta. En sus inicios contó con cuarenta socios; a pesar del pequeño número, desarrollaron una amplia labor y contribuyeron al sostenimiento de la Copa de Leche. Realizaron numerosas donaciones: bandera de ceremonias, imprenta escolar, tocadiscos, radio, premios para las fiestas de fin de curso, de cuadro de próceres para la galería de la escuela.

Su preocupación por el mantenimiento de los jardines, mediante la colaboración con el arbolado y las plantas de adorno, la compra de una manguera y el trazado de los caminos de jardines en hormigón y portland, se concretó, diez años después de su fundación en la disposición del busto a Domingo Faustino Sarmiento en su seno. De este modo, el 11 de septiembre, en conmemoración del Día del Maestro, se inauguró, con una gran concurrencia de vecinos de la localidad y delegaciones de los pueblos próximos, Guatraché, Alpachiri y Santa Teresa. En este acto, la presidenta de la Comisión de Ex Alumnos, María C. Sierra, hizo entrega de la donación.

Imagen 47



Alumna interviene en el acto de inauguración del busto donado por la Asociación de ex Alumnos. Archivo de la Escuela N.º 133.

Esta institución, de acuerdo con el Informe del Inspector, en 1966, “colabora eficazmente con la Cooperadora”; por lo tanto, al aunar voluntades ambas Asociaciones potenciaron su labor y se convirtieron en un baluarte, reconocido por docentes y alumnos, de la Escuela N.º133.

Las voces de quienes se educaron en sus aulas. Un *puzzle* de relatos que forjan memorias

Anamaria Macedo y Gabriela Marina Señas

El sentimiento de pertenencia a un sitio se forja cuando ese espacio impacta en la vida cotidiana de cada persona. En muchos casos, eso ocurre de forma negativa o positiva con las instituciones escolares. Al expresarse verbalmente suele escucharse hablar de “mi escuela” con un sentido de pertenencia creado y compartido. Es así que cuando se habla de instituciones educativas que corresponden a localidades pequeñas, el impacto en la construcción de la pertenencia es aún mayor ya que se suma la noción de comunidad como un hilo conductor en la relación entre personas e instituciones. En palabras de Mirta Zaida Lobato (2020), la concepción de comunidad se vincula con múltiples significados que le van a otorgar aquellos partícipes de la misma, donde intereses comunes o historias compartidas terminan por unificar sentimientos y experiencias.

En diálogo estrecho con la noción de comunidad, impacta el ejercicio de la memoria. La forma en que la sociedad recrea el pasado configura el sentido de historia y pertenencia social. La

resignificación del sentido que se le asigna al pasado es constante y siempre depende del vínculo que cada individuo ha entablado con un espacio, una anécdota o una relación. La forma y la intensidad al recordar siempre obedecerán a esos lazos que estrechamos en el ayer. De este modo, no hay una verdad absoluta que no pueda ser cuestionada e interpretada de diferentes modos de acuerdo a la memoria, sus silencios y olvidos (Nora, 1998; Revel, 2005).

La educación es reconocida como un derecho humano fundamental, cuyos pilares principales se corresponden con el aprender a conocer, a hacer y a ser. Es decir, desde una visión transdisciplinaria donde hay interrelación que permite contribuir a la acción de educar. De hecho, educar significa construir un *ethos*, es decir, fundar una sociedad sobre la base de principios que promueven la libertad, la vida y los derechos, en las dimensiones individuales y colectivas. En este sentido, el *ethos* es la columna vertebral de lo social y está atravesado por la cultura, las prácticas comunitarias y, en un sentido educativo, por la pedagogía. La manera de lograr transferir y transformar la opinión recibida y perfilar el futuro (Aguilar Sahagún, 2001 y Cajiao, 2001).

Diferentes elementos de las trayectorias impactan en la reflexión que cada individuo crea de acuerdo a la memoria en las experiencias escolares. No solo se relacionan con el espacio institucional sino también con los contextos socioculturales. Las personas suelen recordar las prácticas y los espacios de enseñanza a la hora describir su formación y la memoria de su propia biografía. Por este motivo, analizar y escuchar las voces de quienes han pasado por una escuela resulta pertinente si se quiere referir a ella. Las construcciones escolares, desde experiencias individuales, son símbolos que impactan en toda comunidad (Benito, 2011).

Si el pampero sopla en La Pampa trae arena, cardos y memorias

Las cosas, los objetos, son solo elementos concretos con determinadas características y funciones hasta que el ser humano las impregna de sentido. Una escuela es un espacio físico, ubicado en un cierto lugar y con una construcción pensada para albergar a los educandos. Tal vez al tomar una foto solo observemos su fachada, los verdes que la rodean, los carteles o las aberturas. Pero la escuela y especialmente "la escuela" es una de las instituciones que mayores sentimientos despiertan en las personas, ya que ahí ha transcurrido alguna parte de su vida.

La historia de una escuela se completa con las voces de aquellos que la vivenciaron y poder recuperar las trayectorias ayuda a comprender su presente. A partir de sus voces y el uso de la memoria se intentará reflejar como han sido las experiencias de sus estudiantes. Es posible nombrar varios relatos de ex alumnos, será de utilidad rescatar su voz para conocer sobre recorridos diversos que terminaban en un mismo sitio, la escuela. Diferentes lugares: "que las casillas de la estación", "que lo de Villegas", "lo de Martocci", ¿Una escuela nueva? Las y los estudiantes transitaron por diferentes espacios hasta llegar al año 1951 cuando se inauguró el nuevo edificio donde funciona en la actualidad la Escuela N.º 133 de General M. Campos. Desde luego, no serán las mismas las memorias de aquellas personas que transitaron su escolaridad en la escuela que hoy continúa en funcionamiento, que aquellas que, en cambio, lo hicieron en los lugares previos, espacios que entre 1922 y 1951 acogieron a una multiplicidad de niñas y niños. Por ejemplo, entre estos últimos seguramente el recuerdo de la casilla en las cercanías de la Estación del ferrocarril debe ser un *lugar de la memoria* con mucha significación, puesto que la Estación en sí misma, además, constituía un verdadero espacio

de sociabilidad en la pequeña localidad, como se puede observar en la fotografía donde escolares y otras personas se reunieron allí para despedir a niños de la Escuela N.º 133 que viajaron a Buenos Aires en 1948.

Imagen 48



Personas en la Estación del ferrocarril que despiden a los niños que viajaron a la ciudad de Buenos Aires. Archivo de la Escuela N.º 133.

El recorrido hasta llegar a la escuela era a veces en bici, caminando, a caballo, en sulky o con lluvia, y pantalón corto si eras varón, por la minoría de edad. Al arribar todavía no había calefacción y muchas veces el frío terminaba en un sabañón que se expresaba en el cuerpo. Si tal afección se ubicaba en los dedos de las manos, indefectiblemente la caligrafía era objeto de observación por parte del maestro. Pero qué mejor que acercarse un rato antes de entrar a clase para jugar a la pelota. Podía gustar o no la escuela,

pero es claro que el camino hasta llegar era interesante. Las y los compañeros compartían juegos, conversaciones y travesuras, la posibilidad de una inasistencia era muy escasa.

A la distancia, por el camino de la vía, a una o hasta tres leguas, arribaban estudiantes al pueblo para ingresar a clase, el clima siempre condicionaba los días de escolaridad. En verano asistían de mañana por el calor y en invierno de tarde por el frío. Muchas veces los deberes eran resueltos en el camino para no perder tiempo y tener un rato de juego con la pelota de trapo donde el guardapolvo funcionaba de arco. Los manchones sucios de tierra y el estar al rayo del sol, importaban muy poco ya que primaba la diversión, tampoco los retos de las maestras al ingresar a clase. Quienes asistían desde el campo integraban un grupo cada vez más grande que se reunía durante el trayecto a la localidad. Además, la permanencia en la escuela, en una primera instancia, no era obligatoria lo cual facilitaba las inasistencias. Las maestras y directivos buscaban estrategias de aprendizaje variables.

En las antiguas casillas del ferrocarril se dictaron las primeras clases, con fuertes rivalidades respecto al superclásico de Boca y River, disputas resueltas en algún que otro recreo al jugar a la pelota. A raíz de la gran demanda de estudiantes y las condiciones del espacio, los grados escolares comenzaron a funcionar en habitaciones de vecinos de la localidad que cedieron sus instalaciones para la enseñanza. El idioma tuvo un rol particular, ya que en un principio la situación era compleja para las maestras entre tantos apellidos difíciles de escribir producto de otros idiomas todavía muy presentes, como por ejemplo el ruso-alemán. Una tarea ardua fue que se pueda comprender e introducir a los grupos en las actividades propuestas cuando existían aún diferencias idiomáticas. Al regresar a sus casas, padres y madres tampoco podían hacer demasiado, ya que el idioma difería para ellos también. A medida que avanzamos en la historia de la escuela se

incrementó la población local y nativa por lo que muchas familias se instalaron en el pueblo y el lenguaje comenzó a unificarse.

A la “nueva escuela” muchos habitantes de la localidad y futuros alumnos pudieron verla en construcción lo cual generó una gran alegría y “chochera”, la espera para poder ingresar y comenzar la asistencia allí era enorme. Nunca habían visto una obra de esa dimensión que encima era para ellos y ellas, estudiantes del pueblo que iban a poder disfrutar de ese nuevo espacio de aprendizaje y recreación. Guardapolvo, cartuchera de chapa, tela o madera, portafolios y quizás, alguna pelota de trapo en el bolsillo conformaban la representación de cada estudiante. Estos elementos solían acompañar toda la vida escolar del alumno, ya que adquirirlos antes de que se deterioraran no entraba en los planes familiares, ni por economía ni por costumbre.

La estructura del edificio nuevo permitió que los espacios cumplieran un rol específico. No solo las aulas donde las maestras trabajaban con los grupos sino también la zona para estacionar, atar los sulkys y caballos, dedicarse a las tareas agrícolas y ganaderas o disfrutar de los recreos y la distensión. Ex alumnos recuerdan que en aquel entonces la gran mayoría arribaba desde el campo, en el pueblo eran pocas las residencias. Hacia la derecha del ingreso a la escuela, en el lugar asignado, abajo del eucalipto, los caballos quedaban atados al menos cuatro horas al día sin desensillar y muchos estudiantes cabalgaban sin recado “a cuero”. En ciertas ocasiones, a padres y madres les ha tocado trasladar a cada estudiante a la escuela para evitar peligros e incertidumbres respecto al arribo. Con la llegada del doble turno que implicó pasar más horas dentro de la institución escolar, muchas familias optaron por ir a vivir al pueblo para facilitar la movilidad. Para brindar un ejemplo de la situación descrita son retomados los relatos de Marcial Waimann, Mirtha Noemí Otarola y María Cristina Torres:

“A pesar de la humildad, la pobreza que había se estudiaba siempre. Estudiar, siempre. Había mucho respeto. Yo hasta el último año a caballo, a pie o bicicleta si no estaba rota. (...) Nos juntábamos en el camino, siempre. Donde estudiaba me quedaba a una legua y algo, casi nadie vivía en el pueblo, no había mucha gente, ni casas” (Marcial Waimann, 2024).

“Yo vivía, acá al lado de la quesería. Cuando arranqué me traían los Schiel, mi mamá me llevaba hasta la tranquera y me traían ellos. Tenía seis años. (...) Después, venía en sulky, buscaba en el camino a otros compañeros. Siempre en sulky. Después tuve el 4L blanco. Atrás dejábamos los sulkys y los caballos debajo del eucalipto, yo tenía un caballo tobiano. (...) Lo dejaba atado las cuatro horas con un bozal que mi papá me preparaba” (Mirtha Noemí Otarola, 2024).

“Alguna que otra vez se desbocó alguno, entraban a correr por las calles, les agarraba una locura y no los podían parar. Para nosotros fue un susto. Nos sacaba de nuestro esquema, tan tranquilos” (María Cristina Torres, 2024).

La contemplación hacia el edificio nuevo generaba inquietudes, miedos e intrigas, se veía un espacio enorme, ya no uno habitacional. Muchas personas participaron de la obra y la construcción, si bien nadie se podía acercar por los peligros que implicaba, varios estudiantes junto con el maestro de ese entonces, se ocuparon de plantar diferentes especies de plantas para que crezcan alrededor de la institución. En palabras de Carlos Alberto Señas (2024),

“Antes de inaugurarse nos mostraron todos los grados y yo quedaba mirando, no sabíamos qué hacer. La puerta era rendillas, estaba toda rota, entraba todo el polvo del pampero cuando soplabá. Las ventanas rotas porque vidrios casi nunca había, piso de ladrillo, la calefacción nuestra eran las medias, pulóveres que tejían las madres durante el invierno. En las casillas, era como un depósito” (Carlos A. Señas, 2024).

Las primeras promociones de estudiantes recuerdan que desde los inicios de clases en el edificio actual se participaba de espacios destinados a la lectura, la matemática u otro tipo de asignatura curricular, también se les enseñaban distintas labores como por ejemplo, coser, bordar y arreglar ropa. Actividades de utilidad, no sólo pensadas para las mujeres de manera estereotipada por las distinciones de género, sino que también para los hombres que se encontraban próximos al servicio militar. En los recreos, si era necesario se ayudaba a entrar leña para las estufas donde algunos preferían jugar con sus fierritos y tirar elementos en particular para causar una oleada de olores no muy gratos en el edificio. Además, el funcionamiento de la estufa permitía tostar la porción de pan otorgada a media mañana.

El sitio de la antigua caballeriza se remodeló para ser destinado a la quinta donde se localizó la huerta. Estudiantes y docentes buscaban agua en latas para poder regar y dar cuidado del espacio. La práctica fuera de las aulas fue una actividad que ocupó un rol central en el proceso de enseñanza, y cada ex alumno recuerda la pasión y el compromiso con el cual el profesor Anibal Raúl Lehr, caracterizado por su paciencia, desempeñó su labor como docente de la institución. Respecto a la huerta, se trabajó con canteros, limpieza del terreno, cortado de pasto, despeje del espacio en caso de hacer falta, punteado, entre otras actividades. Si bien,

el docente a cargo permitía que se tienden intervalos de distracción producto del compromiso de cada estudiante:

“Si sacábamos todos los yuyos y atendíamos a los pollos nos regalaba 20 minutos para ir a jugar al fútbol, lo que era impagable. Raúl era un tipo predispuesto, con buena onda. Exigente pero siempre entendía a los estudiantes. Lo recordamos con cariño. Hasta llevaban los botines, era un clásico una vez a la semana” (Fernando Schiel, 2024).

A las actividades relacionadas con el suelo y la agricultura se sumó la cría de pollos, ganado y hasta codornices que tenían como objetivo la participación en distintos encuentros de ciencia. El proceso de faena de las aves también se relacionó con la venta y la recaudación de fondos a través de rifas para viajes escolares o festividades de la institución. Esta última, brindó a cada estudiante la posibilidad de participar en distintos encuentros enriquecedores relacionados con la ciencia y el aprendizaje significativo. Por ejemplo la concurrencia a Feria de Ciencias u olimpiadas como una práctica donde no solo debían estudiar sino también comprometerse a exponer y viajar en caso de obtener algún tipo de mención o premio. Estudiantes que han pasado por la escuela recuerdan el compromiso que implicó este tipo de participaciones y el acompañamiento que tenían para la intervención en estas experiencias.

En relación con el deporte, las competencias de atletismo y el vóley junto con encuentros en localidades vecinas forman parte de la sumatoria de recuerdos. En los actos escolares les tocaba a una gran multitud participar, caracterizarse y protagonizar las escenas bajo la dirección artística de las maestras. El escenario se ubicaba al fondo de la galería y era el espacio donde se ponían en práctica las obras y actos propuestos.

Imagen 49



Escenario de la Escuela. Archivo de la Escuela N.º 133.

A las propuestas descritas se suma la jornada de fin de año donde exponían las actividades realizadas y el recorrido anual. El rol de la maestra Coca en labor y Alicia en música son rescatados para poder describir las exposiciones. Un clásico de la escuela fue el famoso cuadro con la cara de un caballo o un caldén en cobre. Además de los objetos y representaciones que se hacían para el día de la madre o fechas conmemorativas con cajas de palos de helado. Un evento importante era la selección de la carpeta más prolija de labor para ser expuesta en la jornada. Aquella elegida se volvía protagonista y para enriquecer su presentación era encuadrada lo cual permitía aumentar su tamaño y presencia. Las docentes se ocupaban de revisar y evaluar la prolijidad, redacción y decorar cada detalle de esa carpeta extraordinaria.

Imagen 50

Archivo de la Escuela N.º 133.

Una pieza importante de este *puzzle* de memorias escolares está integrada por cada docente. El rol de estos se caracterizaba por una paciencia infinita que se evidencia en la conmemoración a quienes han educado en las aulas de la escuela donde es reconocido su trabajo. Muchos estudiantes recuerdan detalladamente nombres y apellidos de docentes, ya que han volcado una total dedicación en su labor durante el proceso de enseñanza. Es así que hay detalles, ya sea en el aula o fuera de ese espacio, que arriban a la memoria de estudiantes para ser comentados. Por ejemplo, existen recuerdos de la ayuda durante las clases a niñas y niños que no lograban terminar las actividades o, en caso de faltar, se enviaban las tareas correspondientes. Si alguien necesitaba ayuda, ya sea sobre las materias, la escucha o resolver inconvenientes

entre estudiantes, la solución incluía la intervención de gran parte del cuerpo docente. El compromiso de la institución y la tarea pedagógica se asumió desde un lugar donde fue primordial dictar clases en cada aula, pero también pensar en cómo ayudar a estudiantes que necesitaban un poco más de atención. Característica que se evidencia en la participación conjunta entre personal de la institución, estudiantes y familias a la hora de recaudar dinero para algún viaje, buscar colaboraciones, acompañar y responder ante las demandas estudiantiles que surgían.

Como en toda escuela, la diferencia de edad se hacía presente, los más grandes hacían bailar al compás de sus intenciones a los más pequeños y muchos recuerdan las travesuras que implicaba la diferencia de edad en un contexto escolar donde varias actitudes y “morisquetas” estaban permitidas. Molestar a los demás, escaparse del aula, no querer trabajar en clase, esconderse en los recreos y la burla entre compañeros son características típicas de los comportamientos. Es una labor constante la del docente que intenta mejorar a través del diálogo el vínculo entre quienes integran el espacio educativo. Seguramente en cada grupo hay algún que otro personaje al que recuerda la mayoría por sus hazañas inquietantes.

Al tocar el timbre, en la punta de la galería se desplegaba una gran fila para poder adquirir el sándwich de pan que tocaba de acuerdo al recreo. Matías Schiel (2024), recuerda: “Teníamos pan del Tito, se sentía el olor a tuco del comedor y veníamos a mojar el pan. Se hacía larga la mañana después de eso”. Aún hoy, la escuela cuenta con un espacio destinado al comedor donde estudiantes se quedan a almorzar en caso de considerarlo, no es una opción obligatoria pero gran parte lo hace. Además, algunas docentes también participan del comedor, en especial, porque muchas viajan desde otras localidades para poder dar clases en la escuela. Mientras el olor a tuco recorría las instalaciones al acercarse el

mediodía, no es olvidable una mención especial para la sopa de entrada, la variedad de comidas y los postrecitos de vainilla con cacao arriba. Y, por supuesto, la presencia de la cocinera Ofelia Novak de Navarro, quien durante muchos años elaboró variedad de comidas para el alumnado que asistía al comedor. A ella luego la sucedió María Magdalena Schenkel de Sept en esa importante tarea.

Imagen 51



Archivo de la Escuela N.º 133.

Imagen 52



A la derecha, Ofelia. A la izquierda, María. Archivo de la Escuela N.º 133.

Imagen 53



María en la cocina de la escuela. Archivo de la Escuela N.º 133.

La escuela como lugar de memoria

A partir de una audiencia de las distintas trayectorias escolares de ex alumnos y alumnas de la Escuela N.º 133 se puede rescatar el modo en que el recorrido por la institución ha impactado en la vida de cada estudiante, transformándose en un espacio que permanece en sus memorias. No importan las diferencias etarias ni los vínculos que han trascendido la escolaridad, el recuerdo de la escuela se ha fijado en gran parte de la comunidad que se vinculó y lo hace aún hoy con la institución. Esa relación puede ya no ser como estudiante pero sí como abuela, abuelo, mamá, papá o simplemente ex alumno lo cual implica un cúmulo de sentimientos desplegados sobre la escuela.

Algunos conocieron otros edificios destinados a las clases, otros simplemente fueron parte del actual y para unos pocos la escuela ya funciona de acuerdo a las reformas que la separan del jardín y el secundario. Sin embargo, la convivencia continúa en una manzana de la localidad como una forma de transitar por la escolaridad en un espacio concreto del pueblo que posee un significado propio que se relaciona con el concepto de comunidad y trabajo en conjunto. La Cooperadora, los actos escolares, los viajes a Lihué Calel, Córdoba, olimpiadas, Feria de Ciencias, las despedidas por jubilaciones, los egresos, las pérdidas y el cariño, que importante esto último. Entre tantos cambios generacionales el respeto y el cariño continúan su ardua tarea de formar personas que luego, como en muchos casos, han logrado otros propósitos como profesionales. Es así, que ex alumnas y alumnos son docentes, farmacéuticos, contadores, productores, arquitectas, entre otras profesiones.

“Recuerdo el viaje de séptimo y uno a Buenos Aires, todo comenzó por la visita a la planta de la Serenísima y de ahí surgió visitar otros lugares. El guardapolvo blanco, los actos, son como imágenes que se me vienen a la cabeza. No recuerdo experiencias negativas o algo que pueda contar que no me haya gustado, siempre fue agradable. La pase bien, se me vienen a la mente los recreos, el jugar al elástico, a la soga, me acuerdo de eso también, el corte un poco al aula, salir al recreo y jugar” (Paola Consiglio, 2024).

Imagen 54



Otro de los tantos viajes realizados por alumnas y alumnos de la escuela. Archivo de la Escuela N.º 133.

Sobran recuerdos y no alcanzan las palabras...

“Cada vez que paso cerca de mi escuela, los recuerdos vuelven fuertes y me sacuden el corazón. ¿Será que cuando uno es chico vive cada momento con mayor intensidad, sin los apuros de un reloj tirano que nos altera la paz cuando somos ya adultos? ¿Será por eso que cuando recordamos nuestra infancia, esos recuerdos son tan profundos como los instantes que hemos vivido en tal pasado?

Paso por allí y al ver el patio embaldosado, mis rodillas parecen volver a sentir la aspereza de las baldosas. Mis compañeros y yo solíamos correr como unos enajenados al escuchar la campana y salir al recreo, y los raspones eran parte cotidiana en las travesuras y juegos. En el extenso patio había algunas hamacas, aros para colgarse y un muy disputado tranvía, que todos pedíamos usar. La diversión se complementaba con el clásico fútbol, el elástico o la payana, que generaba algunos torneos y muchas hojas de cuaderno terriblemente impresentables.

La galería larga podía ser testigo de variados eventos, algunos propios de la vida escolar y otros con apertura a la comunidad. En esa galería descubrimos con curiosidad serpientes, arañas, otros bichos o antigüedades en la gran vitrina marrón; formábamos en prolijas filas para ingresar a las aulas o para irnos a nuestros hogares. Con un kiosquito en 7° grado vendíamos en los recreos las exquisiteces que nos hacían nuestras mamás para reunir dinero y poder irnos de viaje de estudio. También allí se escuchaban sin cesar las palabras de advertencia: ¡en la galería no se corre!

Imagen 55



Personal docente de la institución en la galería de la escuela en 2012. De izquierda a derecha: Claudia Schamber, Adriana Pantanetti, Mariela Weinberger, Alicia Álvarez, María Ofelia Rost (ya jubilada para ese momento), Anahí Costoya, Claudia Schneider, Gabriela Schmidt, Silvia Stalldecker, Aníbal Raúl Lehr, Marcela Puhl, Susana Horn, María Angélica Kette, Fabiana Gutiérrez, Verónica Álvarez y José Luis Sánchez.

Al fondo, participamos de los actos usando el escenario y muchos de los chicos siempre queríamos integrar algún número presentado o incluso decir una poesía o las palabras de presentación de la efeméride. Me viene a la memoria un hecho risueño que nos ocurrió cuando íbamos a sexto o séptimo grado. Teníamos una especie de grupo musical con algunos compañeros y solíamos preparar alguna canción para los actos. En guitarra Ladio Clemente, Damián Schiel y yo, acompañando con el bombo mí hermano Claudio. En un acto antes de actuar

le pedí a Ladio que me afinara la guitarra porque yo aún no había aprendido, y al poco rato volvió del aula en donde estaban los instrumentos diciéndome que ya estaba lista. Cuando subimos para actuar, no hizo falta tocar más que un acorde para darme cuenta de que la mía sonaba espantosamente horrible y no tuve más opción que simular toda la canción, ante la mirada sorprendida de mis compañeros. Nadie en el público se dio cuenta. Mi compañero le había errado de guitarra y yo supe lo que era hacer *playback*.

Las maestras se dedicaban con vocación a la tarea de acompañarnos en el aprendizaje y las respetamos mucho. Han cambiado mucho las metodologías y las estrategias pedagógicas, y si hoy les cuento a mis hijas o mis alumnos que en primer y segundo grado aprendíamos matemáticas con ataditos de palitos o fósforos usados formando decenas y centenas, sospechan de mi credibilidad... ¡Si habremos pasado minutos valiosos de juego armando los dichosos ataditos con lanas que nos daban las mamás! ¡Y ni hablar de las letras recortadas de diarios y revistas que había que llevar para armar palabras! O los mapas cal-ca-dos, con papel de calcar. Aprendías o aprendías, a fuerza de pasar tiempo sentado dedicado a esos menesteres.

La escuela era de jornada completa; entrábamos a las 8 am y salíamos a las 16 pm. Al mediodía muchos chicos nos quedábamos en el comedor de la escuela, luego asistíamos a las materias especiales y la hora para hacer los deberes. En mis retinas se guardan muchas imágenes de esos momentos: la cocinera Ofelia y sus comidas tan ricas; los platos de acero inoxidable que sonaban como una batalla campal a la hora de juntarlos; el piano de la profe Alicia y las danzas que tanto me gustaban; las labores (manualidades) que hacíamos con mi mamá, la Coca. La materia "Economía Doméstica", que nos

encantaba porque aprendíamos a cocinar y nos comíamos el producto final; el profe de Educación Física y las destrezas que me costaban; los canteros de la huerta y mi terror a agarrar un sapo cuando el profe Raúl nos indicaba sacar los yuyos. Además de todas las maestras que tuve, de las que aprendí tanto y que nos enseñaban con el ejemplo.

Si tuviera que definir con una palabra lo que caracteriza a la Escuela 133 es “unión”. A través de los años todos los protagonistas de su historia, alumnos, docentes, familias, porteros, se complementaron en sus respectivas tareas para que la institución funcionara con el único objetivo de representar un lugar cálido para albergar a los estudiantes y ayudarlos a crecer. Toda la comunidad, además, cobijó siempre a la escuela, al colaborar con su funcionamiento cotidiano y las reformas que se llevaron a cabo en varias oportunidades.

La escuela ha visto crecer a muchas generaciones de niños que con el tiempo fueron profesionales y trabajadores en muy diferentes contextos. Algunos volvieron al pueblo y otros no, pero estoy segura que todos guardan en su corazón ese paso especial por la escuela y todos continúan valorando, como lo hago yo, el hecho de haber sido educados en un lugar tan especial” (Gabriela Marina Señas, 2024).

Cuántas historias personales, risas y vivencias recorren el pasado de la Escuela N.º 133 de General M. Campos. Sin embargo, las voces de quienes han concurrido a sus aulas continúan presentes en aquellos que pueden contar anécdotas y recordar en sus relatos a quienes ya no están. Es imprescindible recordar que el diálogo con el presente se mantiene constante, ya que las niñas y niños que en la actualidad transitan su escolaridad le vuelven a otorgar vivencias de manera ininterrumpida.

Poesía de un ex alumno de la Escuela N.º 133

Nuestra escuela

l
Por recordar, yo canto,
o por cantar va entrándome el
ayer.
El recuerdo es pianista y
caprichoso.
Recordar es querer,
y el querer, un espanto y un
encanto:
agridulce tonada sin reposo.
Así como en la chapa, un día
lluvioso,
el agua toca notas gota a gota
y gota a gota en el ayer me
pierdo,
el piano del recuerdo
toca tonos de triunfo y de derrota
si se habla de la escuela:
¿Como atar tanta tiza que está
rota
o que es polvo dormido en la

rayuela?

¿Cómo vuelvo a ser niño sin que
duela?

II

Basta con recorrerla en la
memoria.

En la esquina, ligustros (hoy
tapial).

En lo alto, la palmera.

La Dirección ...no se entraba con
gloria.

¿Qué pensamos aquella vez
primera
que vimos el museo tras el cristal?

La cocina y la puerta, afuera, al
baño.

Ahí nomás se formaba
la fila ante el canasto del festín:
un pan rico, si el hambre te
mataba;

con suerte, queso y dulce (¿o ya me engaño?).

Camino al escenario, el aserrín:
era señal de que faltaba poco.

El piano taciturno.

Pasar al mástil si tocaba el turno.

Ahora siento que toco
mis útiles y llega

la maestra

y reniega

porque hay un revoltoso en otro
banco.

El paisaje minúsculo de tierra
que hospeda la bolita
(noble deporte que consagra al
manco
y al de la mano diestra)
no tiene el gran prestigio
que tiene el muro donde solo hay
guerra.
Allí se agita
el velero, la prueba del prodigio:
Más de un rey se humilló en su
reino gráfico.
El salto de la soga. La payana.
La sutil geometría del elástico
La mancha, camaleón de mil
colores.
Mas allá de visiones y de olores,
es el oído el don que me
transporta
al guardapolvo abril de una
mañana:
un sutil eco verde. La campana.

III
Me llama la campana.
Suelto a Belgrano, al electrón, los
mapas,
Suelto a Pitágoras, ique el mundo
rueda
en la pelota de esta gris mañana!
La niebla va quitándose las capas.
Las baldosas esperan a quien

pueda
llegar primero y estrenar la
cancha.
La misteriosa torre
que ulula de palomas:
canción de cuna a la hora de la
siesta.
Tallar un corazón, comerse
coma...
"¿Vas al baño otra vez?"
"¡Prenda al que corre!"
Si bien con suma y resta
la escuela el mundo ensancha,
¿quién habrá sido el último en ser
mancha?

IV
De la niebla a la onda galería
y al aula; la mochila, al banco
verde.
Campana. En fila, y ritmo el que
recuerde
la aurora en forma de águila y
poesía.
La risa de un primer amigo es
guía;
La soledad, si no hay con quien se
acuerde.
Las hojas ganan tinta, el árbol
pierde
una hoja de ilusión día tras día.
Un golpe, un diez, un chiste, una

mirada,
las fracciones, la huerta, unas
banderas,
el ahorcado, una historia en varios
tomos.
Ganancia son. Y una derrota
amada:
perdimos algo aquellas
primaveras
y buscarlo hoy nos hacer ser quien
somos

V
¿A dónde fue la tarde de esa risa?
Liviana como brisa... ¿Quién se
acuerda?
El día que me muerda
de nuevo ese recuerdo, iré sin
prisa.
Sabré olvidar mi nombre y
colores.
Iré bien ignorante,
me sentaré adelante,
y volverá a ser larga la mañana.
Cometeré otra vez esos errores...
Ahondaré en cada instante,
todo será gigante.
Viajar será mirar por la ventana,
y toda mi esperanza, una
campana.
¿Dónde anda el eco del coro que
fuimos?

Uno a uno, partimos.
Quizá en la escuela aún sopla
aquella brisa.

Daniel Schechtel

Bibliografía

- AAVV. (2011). *Centenario de General Manuel Campos*, Pitanguá, Santa Rosa.
- Aguilar Sahagún, A. (2001). Ethos profesional y ethos cívico: bases de una ética en construcción, *Revista ITESO*, N.º 50, Jalisco.
- Arias Bucciarelli, M. (2009). Otros espacios para pensar la ciudadanía: los territorios nacionales. *Revista Nordeste*, 29, pp. 171-183.
- Ascolani, A. (2012). La escuela primaria rural en Argentina. Expansión, orientaciones y dificultades” en *Revista Teías*, vol. 13, N.º 28.
- Asquini, N. y Pumilla, J. C. (2008). *El Informe 14. La represión ilegal en La Pampa (1975-1983)*, Editorial Voces-EdUNLPam, Santa Rosa.
- Benito, E. A. (2011). Más allá del espasmo del presente. La escuela como memoria. *História da Educação*, vol. 15, N.º 33, pp. 10-30.
- Bertoni, L. (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Bilbao, D. (1998). Silencio, olvido, memoria. Los derechos humanos en La Pampa, en *La dictadura militar en La Pampa*, Subsecretaría de Cultura, Santa Rosa, pp. 1-19.
- Billorou, M. J. y Sánchez, L. (2011). La Pampa: por el cambio en la educación”, en Lluch, A. y Di Liscia, M. S. (eds.) *Historia de La Pampa II. Sociedad, política y economía de la crisis del treinta al inicio de un nuevo siglo*, EdUNLPam, Santa Rosa, pp. 131-149.
- Billorou, M. J. y Sánchez, L. (2014). Escuelas, maestros, inspectores. La dinámica del sistema educativo en el Territorio de La Pampa. 1880-1930”, en Lluch, A. y Salomón Tarquini, C. (eds.)

- Historia de La Pampa I. Sociedad, política, economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1952), EdUNLPam, Santa Rosa, pp. 409-443.
- Bloch, M. (2006). *Introducción a la Historia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bohoslavsky, E. y Soprano, G. (eds.) (2010). *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 hasta la actualidad)*, Prometeo-Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.
- Brizzi, A. L. (2022). Los museos escolares en Argentina. El caso de la Escuela Normal Superior N.º1 de Rosario", *Res Gesta*, N.º 58, pp. 122-141.
- Cajiao, F. (2001). Sociedad Educadora, *Revista Iberoamericana de Educación*, N.º 26.
- Cucuzza, H. R. (comp.) (1996). *Historia de la educación en debate*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires.
- de la Hera Pérez de la Cuesta, A. (2018). Dalmacio Vélez Sarsfield. Real Academia de la Historia. <https://dbe.rah.es/biografias/75832/dalmacio-velez-sarsfield>
- Di Liscia, M. S. (2004). Médicos y maestros. Higiene, eugenesia y educación en Argentina, 1880-1940", en Salto, G. y Di Liscia, M. S. (eds.) *Medicina y educación en la Argentina: imágenes y prácticas (1880-1940)*, EdUNLPam, Buenos Aires.
- Ferreyra, G. V. (2016). La educación durante los años peronistas. El Consejo Nacional de Educación y las orientaciones pedagógico-didácticas destinadas a los maestros (1948-1949), en *REMS*, año 9, N.º 9, junio, pp. 10-30.
- Finocchio, S. (2013). Un tesoro inexplorado: los periódicos escolares en la Argentina", *História da Educação*, vol. 17, N.º 40.
- Fiorucci, F. (2012). El campo escolar bajo el peronismo 1946-19552. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, vol. 14, N.º 18, pp. 139-154.

- Garavaglia, J. C. (2000). A la nación por la fiesta: las fiestas *mayas* en el origen de la nación en el Plata, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, N.º 22, pp. 73-100.
- Gutiérrez, T. V. (2007). *Educación, agro y sociedad. Políticas educativas agrarias en la región pampeana (1897-1955)*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- Gutiérrez, T. V. (2011). Políticas de educación agraria en la Argentina. El caso de la región pampeana, 1875-1916", en Civera, A., Alfonseca Giner de los Ríos y Escalante, C. (coords.) *Campesinos y escolares: la construcción de la escuela en el campo latinoamericano (siglos XIX y XX)*, El Colegio Mexiquense A.C. y Miguel Angel Porrúa.
- Halperin Donghi, T. (2005). *Una Nación para el desierto argentino*, Prometeo, Buenos Aires.
- Lacquaniti, L. G. (2021). El "gaucho criollo" y los debates sobre el canon literario. Los premios de la Comisión Nacional de Cultura en la década del treinta en Argentina (1935 -1943), *Prohistoria*, año XXIV, N.º 36, pp. 1-32.
- Lobato, M. Z. (ed.) (2020). *Comunidades, historia local e historia de pueblos. Huellas de su formación*, Prometeo, Buenos Aires.
- Lluch, A. (2014). Presupuesto, fiscalidad y construcción estatal en el Territorio Nacional de La Pampa (1886-1940), en Mases, E. y Zink, M. (eds.) *En la vastedad del "desierto" patagónico... Estado, prácticas y actores sociales (1884-1958)*, EdUNLPam-Prohistoria, Santa Rosa.
- Lluch, A. y Comerci, M. E. (2011). La economía de La Pampa: una perspectiva de largo plazo (1930-2001), en Lluch, A. y Di Liscia, M. S. (eds.) *Historia de La Pampa II. Sociedad, Política y Economía de la crisis del treinta al inicio de un nuevo siglo*, EdUNLPam, Santa Rosa.

- Maluendres, S. (1993). De condicionantes y posibilidades: los agricultores del sureste productivo del Territorio Nacional de La Pampa, en Mandrini, R. (coord.) *Huellas en la Tierra. Indígenas, hacendados y agricultores en la Pampa de los siglos XVI al XX*, IEHS-UNICEN, Tandil.
- Nora, P. (1998). La aventura de los lieux de mémoire, en Cuesta Bustillo, J. (ed.) *Memoria e historia*, Akal, Madrid.
- Perrupato, S. D. (2013). Historiografía y educación peronista: un estado de la cuestión sobre historia de la educación durante el primer peronismo, en *Revista Historia y Espacio*, N.º 40, febrero-junio, pp. 149-216.
- Revel, J. (2005). La carga de la memoria: historia frente a memoria en Francia hoy, en Revel, J. *Un momento historiográfico: trece ensayos de historia social*, Manantial, Buenos Aires.
- Santos Lepera L. (2012). Las manifestaciones colectivas de duelo frente a la muerte de Eva Perón (Tucumán, 1952), *Boletín Americanista*, vol. LXII, pp. 161-180.
- Sardi, V. (2011). *Políticas y prácticas de lectura. El caso Corazón de Edmundo De Amicis*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires.
- Spinelli, M. E. (2011). La desperonización: una estrategia política de amplio alcance (1955-1958). *historiapolitica.com*
- Zink, M., Moroni, M., Asquini, N. y Folco, M. E. (2011). Historia política, orden institucional y construcción de ciudadanía en La Pampa, en Lluch, A. y Di Liscia, M. S. (eds.) *Historia de La Pampa II. Sociedad, Política y Economía de la crisis del treinta al inicio del nuevo siglo*, EdUNLPam, Santa Rosa.
- Zink, M. (2014). Del quiebre democrático a la provincialización: un largo recorrido, en Lluch, A. y Salomón Tarquini, C. (eds.) *Historia de La Pampa. Sociedad, Política y Economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000 AP a 1952)*, EdUNLPam, Santa Rosa.

Fuentes

- Amadeo, T. (1916). *La enseñanza y la experimentación agrícolas en la República Argentina*, Dirección General de Enseñanza e Investigaciones Agrícolas, Ministerio de Agricultura de La Nación, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, Buenos Aires.
- Berdiales, G. (1964). *Nuevo y viejo libro de mis amigos*, Instituto Amigos del libro argentino, Buenos Aires.
- Berdiales, G. (1964). Semblanza de Pedro Inchauspe: compañero, amigo, hermano 1896-1957, en Inchauspe, P. *Reivindicación del gaucho*, Plus Ultra, Buenos Aires.
- Berdiales, G. e Inchauspe, P. (1921). Corazón. Adaptación escénica al ambiente nacional del libro de E. de Amicis", en *El Monitor de la Educación Común*, año 40, N.º 586, pp. 56-64.
- Berdiales, G. e Inchauspe, P. (1933). *Jugando*, Kapelusz, Buenos Aires.
- Berdiales, G. e Inchauspe, P. (1934). *Tierra virgen: método gradual de lectura*, Kapelusz, Buenos Aires.
- Berdiales, G. e Inchauspe, P. (1936). *El libro de la Patria*, Kapelusz, Buenos Aires.
- Berdiales, G. e Inchauspe, P. (1938). *Actividades y conocimientos. Texto de lectura para primer grado superior*, Kapelusz, Buenos Aires.
- Berdiales, G. e Inchauspe, P. (1942). *Nuevo Mundo. Libro de lectura para 5º grado*, Kapelusz, Buenos Aires.
- Berdiales, G. e Inchauspe, P. (1942). *Voces de hombres. Lecturas para la 3ª sección de escuelas de adultos*, Kapelusz, Buenos Aires.
- Biblioteca Nacional de Maestros (2017). Recordamos la figura del Gral. José de San Martín. <http://www.bnm.me.gov.ar/novedades/?p=20311>

- Bozzo, A. (1965). *Puntos de partida para el ordenamiento lechero de la Provincia de La Pampa*, Ministerio de Economía y Asuntos Agrarios, Programa de Promoción Agropecuaria, N.º 1, Santa Rosa.
- Carpetas de 25, 50 y 75 Aniversario*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Carrizo, J. A. (1977)[1953]. *Historia del Folklore Argentino*, Biblioteca Dictio, Buenos Aires.
- Censo General del Territorio Nacional de la Pampa (1942)*. Tomo I, Población, Gobernación de La Pampa, Ministerio del Interior, Buenos Aires.
- Comisión Nacional de Cultura (1944). *Comisión Nacional de Cultura. Su labor en 1943*, Casa Jacobo Peuser, Buenos Aires.
- Duval, M. (1940/1941). *Memoria. Período de Gobierno 1939-1940. Memoria. Período de Gobierno 1940-1941*, Gobernación de La Pampa, Santa Rosa.
- El Monitor de la Educación Común* (1922). Sección oficial. Creación de escuelas en territorios, año 42, N.º 591, p. 119.
- El Monitor de la Educación Común* (1928). Año 47, N.º 671.
- Segunda Encuesta sobre el habla regional* (1950). Consejo Nacional de Educación, Buenos Aires.
- Estadística agrícola (1964-1974)* (1975). Dirección General de Estadística, Provincia de La Pampa, Santa Rosa.
- Estatutos y Notas Asociación Ex Alumnos*, 1946, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Gallardo, A. (1920). La enseñanza primaria en los Territorios Nacionales, en *El Monitor de la Educación Común*, año 38, N.º 569, pp. 105-120.
- Gallardo, A. (2003). *Memorias de Ángel Gallardo*, El Elefante Blanco, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1936). Vueltratrás, en *La Prensa*, s/d, Buenos Aires.

- Inchauspe, P. (1938). *Vueltatrás y otros cuentos para niños*, Kapelusz, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1953)[1939]. *Allá en el sur. Cuentos de la Patagonia y de la Pampa*, Colmegna, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1944) [1936]. *Pequeña biografía de Dalmacio Vélez Sarsfield*, Imprenta Linari, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1942). *Voces y costumbres del campo argentino*, Santiago Rueda Editor, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1947). *San Martín, el maestro*, Colmegna, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1947). *Las pilchas gauchas*, C. Dupont Farre, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1953). *Más voces y costumbres del campo argentino*, Colmegna, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1955). *El gaucho y sus costumbres*, Ambar, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1955). *Diccionario del Martín Fierro*, C. Dupont Farre, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1956). *La tradición y el gaucho*, Guillermo Karft Limitada, Buenos Aires.
- Inchauspe, P. (1968). *Reivindicación del gaucho*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.
- La Autonomía*, 1926, Santa Rosa.
- La Capital*, 1941, Santa Rosa.
- Libro de actas de la Asociación Cooperadora "Domingo Faustino Sarmiento", 1933-1999*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Libro de actas del personal, 1951-1965*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Libro de actas del personal, 1965-1971*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Libro de actas (1982-1998)*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Libro de actas, 2009*, Escuela N.º 133, General M. Campos.

- Libro de censo de la Escuela N.º 133 -1922-1960-*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Libro de crónica de actos públicos y fiestas, 1922-1972*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Libro de novedades, 1931-1970*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Libro de novedades diarias, 1990-2008*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Libro de visitas de inspección, 1922-1966*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Libro histórico*, Escuela N.º 133, General M. Campos.
- Lluch, Andrea (ed.) (2005/2006). *Memorias de Gobernadores del Territorio Nacional de La Pampa. Siglo XIX y 1900-1920*, vol. I y II. Ministerio de Cultura y Educación del Gobierno de La Pampa-EdUNLPam, Santa Rosa.
- Lluvias, 1921-1965* (1966). Dirección General de Estadísticas y Censos, Ministerio de Economía y Asuntos Agrarios, Gobierno de La Pampa, Santa Rosa.
- Miatello, H. (1899). *Pedagogía del trabajo agrícola en la escuela primaria*, Establecimiento Tipográfico La Agricultura, Buenos Aires.
- Organización de cooperativas escolares* (1954). Ministerio de Educación, Buenos Aires.
- Pérez Virasoro, E. (1938). *Memoria presentada al Superior Gobierno de La Nación años 1936-1937*. Talleres Gráficos de la Gobernación de La Pampa, Santa Rosa.
- Sarmiento, D. F. (1846). *Método de lectura gradual*, Imprenta de los Tribunales, Santiago.
- Sarmiento, D. F. (1875). *Bosquejo de la Biografía de D. Dalmacio Vélez Saarsfield*. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/bosquejo-de-la-biografia-de-d-dalmacio-velez-saarsfield-sic-0/>

Tello, E. A. (1942). *Toponimia araucana del Territorio de La Pampa*. Talleres Gráficos Pazos, Ingeniero Luiggi.

Entrevistas realizadas

- Álvarez, Alicia. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Barroso de Maino, Dora, N. (2024). Entrevista realizada de manera presencial en su domicilio. General M. Campos.
- Chiampán, Rocío. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Consiglio, Paola L. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Costoya, Marcela Anahí. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- De la Fuente, M. Marta. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- García, María del Carmen. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Gisler, R. Ana. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Gómez, Emanuel. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Guebel, I. Camila. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Horn, B. Susana. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Iglesias, P. Luis. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Jacobo, Amalia M. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.

- Kette, María Angélica. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Kollman, Pedro Jacobo. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Konrad, Renzo. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Konrat, R. Oscar. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Lehr, Aníbal Raúl. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Maino, Mario. (2024). Entrevista realizada de manera presencial en su domicilio. General M. Campos.
- Martínez de Schlosser, Dora A. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Martocci, Mirta N. (2024). Entrevista realizada de manera presencial en su domicilio. General M. Campos.
- Novak, Ofelia M. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Otarola, Mirtha N. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Pantanetti, Adriana. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Prost, Analía. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Rost, M. Ofelia. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Schenkel, M. Magdalena. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Schenkel, M. Magdalena. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Schiel, Noemí. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.

- Señas, C. Alberto. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Señas, Gabriela M. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Sept, C. Daniel. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Schiel, Fernando. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Schiel, Matías. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.
- Staldecke, Silvia O. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Torres, María Cristina. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Waimann, Marcial. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Weinberger, Mariela Pilar. (2024). Entrevista realizada en las instalaciones de la Escuela N.º 133. General M. Campos.
- Weinberger, Beatriz. (2024). Entrevista realizada mediante formulario en papel. General M. Campos.

Sitios web

- Blog: La Plata, 27/04/2016 (Publicado en *Revista El Lunar*, ejemplar N.º 15, de 06/2016). Link: Escritor Costumbrista: DON PEDRO INCHAUSPE - ¡Un Nombre Que No Hay Que Olvidar! (<https://carlosraulrisso-escritor.blogspot.com/>)



El libro historiza los orígenes y la consolidación de la Escuela N.º 133, un establecimiento educativo que comenzó a funcionar en 1922 y pronto se convirtió en una institución de enorme importancia para la localidad de General M. Campos. Por sus aulas pasaron las niñas y niños de ese pueblo, pero también quienes provenían de la zona rural aledaña, como se verá en esta obra colectiva. Aquí se analizan diferentes aspectos vinculados con la vida escolar, entre ellos la relación de la escuela con la sociedad, las características del establecimiento educativo, el perfil del alumnado y del cuerpo docente, las memorias que han forjado sus egresadas y egresados de distintas generaciones, así como también los cambios y continuidades que se desplegaron en el curso de sus 100 años de historia. Estas páginas, en definitiva, revisan la trayectoria de una institución que se desplegó *entre el campo y el pueblo* durante el siglo XX y hasta la actualidad.



Libro
Universitario
Argentino



UNLPam
Universidad Nacional de La Pampa